



Contigo me quedaría

Mercedes Alonso

AUTORA DE "CARLOTA EN LAS ALTURAS"

CONTIGO ME QUEDARÍA

MERCEDES ALONSO

A todos los invisibles, porque cada día lo seréis menos.

Nuestra voz es vuestra voz.

©Todos los derechos reservados

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Título: *Contigo me quedaría*

©Mercedes Alonso

Agosto 2015

Diseño portada: Jorge M. Quintas/Think in us (www.thinkinus.com)

Fotografía: Fotopets (www.fotopets.es)

INDICE

CAPITULO 1

SOBRE TUS PASOS

CAPITULO 2

EN UN ESTANQUE DE LIBELULAS

CAPÍTULO 3

PREFIERO EL TRAPECIO

CAPITULO 4

UN ALMA DE PAPEL

CAPITULO 5

MORDER EL POLVO

CAPITULO 6

COMBUSTIÓN

CAPITULO 7

LOS CÍTRICOS AMANTES

CAPITULO 8

ESTAMOS AHÍ

CAPITULO 9

CIERRO LA NOCHE

CAPITULO 10

EN LOS DESIERTOS POR HABITAR

CAPITULO 11

ROSA DE ALEJANDRÍA

CAPITULO 12

COMO QUIEN DA UN REFRESCO

CAPITULO 13

SOLO UN POCO

CAPITULO 14

ARDIÓ MI MEMORIA

CAPITULO 15

ZAPATERO

CAPITULO 16

CON LOS HOMBRES AZULES

CAPITULO 17

POR RESPIRAR

CAPITULO 18

SUAVE, SUAVE

CAPITULO 19

SERENA BARCA

CAPITULO 20

NUNCA EL TIEMPO ES PERDIDO

CAPITULO 21

JUNTO A TI

CAPÍTULO 22

DEL BOSQUE DE TU ALEGRÍA

CAPITULO 23

SUEÑO 28

CAPITULO 24

NO ESTES TRISTE

CAPITULO 25

LO QUE ME DISTE CUANDO NADA PEDÍ

CAPITULO 26

PRENDÍ LA FLOR

CAPITULO 27

LA MEDIA VUELTA

CAPITULO 28

CARBÓN Y RAMAS SECAS

CAPITULO 29

SOBRE EL OSCURO ABISMO EN QUE TE MECES

CAPITULO 30

SOMOS LEVEDAD

CAPITULO 31

PROVINCIA DE RIO NEGRO

CAPITULO 32

ALEGRE COMO UNA MOSCA ANTE UN PASTEL DE BODAS

CAPITULO 33

LA SOMBRA DE UNA PALMERA

CAPITULO 34

ME HE SENTADO A ESPERAR

CAPITULO 35

COMPASIÓN Y SILENCIO

CAPITULO 36

TODOS AMAMOS DESESPERADAMENTE

CAPITULO 37

BUSCO CIELOS

CAPITULO 38

ÉRAMOS

CAPITULO 39

SUBO ESCALAS, BAJO ESCALAS

CAPITULO 40

MIENTRAS OBSERVO AL AFILADOR

CAPITULO 41

CREYENTE BAJO TORRES DE ALTA TENSIÓN

CAPITULO 42

PÁJAROS DE BARRO

CAPITULO 43

SABRÁS QUE ANDAR ES UN SENCILLO VAIVÉN

CAPITULO 44

CAMINARÉ

CAPITULO 45

LOS ERRANTES

CAPITULO 46

SIN QUE SEPAS DE MÍ

CAPITULO 47

UNA TARDE DE SOL

CAPITULO 48

A SAN FERNANDO, UN RATITO A PIE Y OTRO CAMINANDO

CAPITULO 49

EN UNA PLAYA CALMA

CAPITULO 50

SALDREMOS A LA LLUVIA

CAPITULO 51

LO QUIERO TODO

CAPITULO 52

SOMBRA DE LA SOMBRA DE TU SOMBRERO

CAPITULO 53

UN AÑO Y OTRO AÑO

CAPITULO 54

EL CLUB DE LOS AMANTES DESAIRADOS

CAPITULO 55

ESTOY ALEGRE

CAPITULO 56

SI TE VIENES CONMIGO

CAPITULO 57

CABALGAR LA ETERNIDAD

CAPITULO 58

CONTIGO ME QUEDARÍA

EPILOGO

ES MEJOR SENTIR

LISTADO DE CANCIONES

AGRADECIMIENTOS

CAPITULO 1

SOBRE TUS PASOS

Un grupo de hombres las rodeaban. Iban armados y no parecían demasiado amables. Sus miradas desprendían un odio que hubiese hecho temblar a cualquiera, pero Ruth y Úrsula no tenían miedo. Hacía muchos años que ambas mujeres se enfrentaban a ese tipo de situaciones y aunque sabían el riesgo al que se exponían, no estaban dispuestas a permitir que aquellos hombres se salieran con la suya.

Las circunstancias eran dramáticas. Un par de hombres sujetaban al galgo para impedir que escapase, a pesar de que el animal estaba en los huesos y parecía bastante débil. No hacía falta más que echarle un somero vistazo para darse cuenta de que estaba muy asustado. Sus ojos esquivaban las miradas y había en ellos una nota de terror que denotaba la mala vida que había llevado hasta el momento.

Junto a ellos, había otros tres hombres contemplando la escena que se desarrollaba ante sus ojos y que debía parecerles muy divertida, pues reían a carcajadas. El galgo, un precioso ejemplar negro con una mancha de color blanco en el ojo derecho, llevaba una cuerda alrededor del cuello. No era una cuerda cualquiera, sino un dogal con el que pretendían acabar con su vida colgándole de un árbol.

Ruth y Úrsula no estaban allí por casualidad, días atrás habían encontrado en aquel mismo lugar de los Montes de Toledo un par de perros ahorcados. Lo habían denunciado a la Guardia Civil y aquella

mañana volvieron al lugar de los hechos esperando encontrar a los bastardos que hicieran aquello o a otros de su misma calaña, que acabada la temporada de caza, se dispusieran a dar aquel mismo final a sus perros.

Todos los años se repetía la misma historia tras la temporada de caza y era frecuente encontrar galgos muertos o abandonados en lamentables condiciones. La caza de liebre con galgo, que podía parecer de una belleza sorprendente en un principio, ocultaba una faceta negra que mucha gente desconocía. En muchas ocasiones, los animales eran sometidos a una vida de maltrato terrible y al llegar febrero, miles de galgos eran cruelmente asesinados o abandonados a su suerte.

Aunque el rostro de las mujeres aparentaba tranquilidad, ninguna de ellas se fiaba de aquellos hombres. Ellos eran cinco, tenían armas y muy pocos escrúpulos, pero no se marcharían de allí sin impedir que acabaran con la vida de un inocente animal que, además, parecía tener una lesión en una de las patas traseras.

—¿Por qué no dejáis que nos llevemos al perro? —preguntó Úrsula con voz serena.

—Este perro es mío y haré con él lo que me salga de los cojones. Ninguna mujer va a venir a decirme lo que tengo que hacer con mis perros —respondió uno de los hombres que sujetaba la cuerda que el asustado galgo llevaba alrededor del cuello.

—Nosotras podemos hacernos cargo de él —intervino Ruth—. Soy veterinaria, puedo curarle esa pata.

—¿Qué me daréis a cambio? —preguntó el hombre mirándolas con lascivia y provocando en ambas mujeres un escalofrío de miedo y asco.

—¡Vas a matarlo! —le espetó Úrsula perdiendo los nervios. Ella nunca se andaba por las ramas y su paciencia, tras más de quince años tratando con bárbaros de ese tipo, era bastante limitada.

—Es lo que voy hacer. Este perro ya no me sirve para nada y voy a colgarlo de un árbol —confirmó el hombre con voz de beodo, tirando de la cuerda y haciendo que esta se tensase en torno al cuello del animal provocándole un gemido de dolor.

—¡Hijo de puta! —exclamó Úrsula lanzándose contra él y arrancándole la cuerda de las manos—. Llama a la policía, Ruth, ellos sabrán qué hacer con esta pandilla de psicópatas asesinos.

Ruth pulsó el botón de llamada de su teléfono móvil. Hacía un rato que lo sujetaba en la mano con el número de teléfono de la Guardia Civil en la pantalla por si las cosas se ponían feas. Y se habían puesto feas, tal y como solía suceder en aquellas ocasiones

El propietario del perro reaccionó lanzándose contra Úrsula para recuperar a su perro mientras que el hombre que estaba a su lado se reía a carcajadas. Úrsula estiró el pie poniéndole la zancadilla y le hizo caer de bruces contra el suelo, volviendo a provocar la risa de sus amigos.

—¡Me las vas a pagar, puta! —vociferó el cazador intentando ponerse en pie, pero estaba demasiado gordo y borracho, por lo que tardó un rato en hacerlo.

—Cuando la Guardia Civil responda, díles que te pasen con Aurelio, es mi primo —se burló otro de los cazadores.

Ruth no hizo caso al hombre y cuando consiguió contactar con las autoridades les contó rápidamente lo sucedido y le indicaron que irían de inmediato.

—Ya vienen —informó Ruth—. Y no creo que lo que está

sucediendo aquí les parezca divertido.

—¡Ese perro es mío, zorras! —les insultó el dueño del galgo que, tambaleándose por los efectos del alcohol, comenzó a acercarse nuevamente a Úrsula.

Ruth se movió con rapidez poniéndose en medio de ambos y cuando el hombre levantó la mano con intención de golpearla, le dio un fuerte empujón tirándole de nuevo al suelo. Rojo por la rabia, permaneció tirado sobre la hierba mirándolas con cara de odio y murmurando palabras ininteligibles.

Sus amigos rieron de nuevo. Estaban borrachos y la situación debía parecerles extremadamente cómica. Afortunadamente les dio por reír y no por comportarse de forma agresiva, que era como solían hacerlo habitualmente.

El ruido del motor de un coche puso en alerta a los hombres que, asustados por la llegada de la Guardia Civil, huyeron hacia sus coches dejando atrás al perro. De los remolques que arrastraban los coches de los cazadores, escaparon los ladridos y aullidos de otros perros que probablemente llevaban horas allí metidos sin apenas espacio, sin agua y sin comida. Sus lamentos impregnaron el aire durante unos larguísimos segundos para después perderse en la lejanía.

Ruth y Úrsula intercambiaron una mirada de alivio por la prontitud con la que la Guardia Civil había llegado, aunque ambas lamentaron en silencio no poder hacer nada por esos otros perros que aquellos hombres arrastraban tras sus coches y que, tarde o temprano, correrían la misma suerte que había estado a punto de correr el galgo al que habían salvado la vida.

—¿Han llamado ustedes solicitando ayuda? —les preguntó uno

de los Guardias Civiles.

—Sí, he sido yo —respondió Ruth—. Nos hemos encontrado con unos cazadores que estaban a punto de ahorcar a este perro —les explico señalando al galgo que tenía las orejas hacia atrás y el rabo entre las patas—. Se lo hemos impedido, pero llevaban muchos otros perros en los remolques.

—Han huido al oír el motor del coche —les indicó Úrsula—, pero tenemos sus matriculas.

Sabían por experiencia que muchas de las denuncias formuladas nunca llegaban a ninguna parte, pero tenían que intentarlo. Algún día, entre todos los que se dedicaban a defender los derechos de los animales, conseguirían que aquellos actos fuesen castigados con la dureza que requerían para que no volviesen a producirse o fuesen menos numerosos. Quizá, ese día aún quedaba lejos, pero ese no era motivo para rendirse.

CAPITULO 2

EN UN ESTANQUE DE LIBELULAS

Ruth condujo hacia su clínica veterinaria acompañada de Úrsula y de su nuevo amigo. Estaba deseando echarle un vistazo a su pata trasera derecha, que a primera vista parecía estar rota.

Las radiografías mostraron una fractura de la cabeza del fémur. Probablemente el animal se había caído durante una carrera o golpeado contra algún obstáculo. Habría que realizar una artroplastia o finalmente el perro dejaría de utilizar esa pata y habría que terminar amputándola.

Ruth aprovechó para realizarle los test de leishmania y erlichia y le dijo a su amiga que el lunes le haría una analítica para obtener más datos de su salud antes de meterlo en el quirófano.

Después de aquello se fue a casa de su hermana Paula, que aquella noche daba una cena a la que asistirían algunos compañeros de trabajo de José, su marido. Ya podía imaginarse a aquel grupo de hombres y mujeres elegantemente vestido hablando de trabajo y finanzas, algo que a ella le resultaba siempre mortalmente aburrido.

Había planeado pasar por su casa para cambiarse de ropa, pero se había hecho tarde y Paula no toleraba la impuntualidad. Su hermana era solo un año mayor que ella, pero durante toda su vida había presumido y ejercido de hermana mayor y nunca perdía la oportunidad de sermonearla por cualquier motivo, ya fuese por su forma de vestir, por su trabajo o por su colaboración con algunas asociaciones protectoras de animales.

Aunque ambas habían crecido con perros en casa, Paula parecía haber olvidado aquella etapa de su vida y hacía años que se comportaba como si odiase a los animales. Eran dos mujeres muy diferentes, no solo físicamente, lo cual podía comprobarse a simple vista, también tenían caracteres muy distintos.

Ruth era una mujer alta, lucía una larga y rizada melena de color chocolate que enmarcaba su rostro anguloso, y sus ojos eran de color castaño oscuro. Su piel también era morena y su cuerpo delgado y fibroso.

Paula, por el contrario, era menuda, tenía unos rasgos delicados y dulces, sus ojos eran de un azul muy claro y su pelo, rubio natural, siempre lucía perfecto con un corte de pelo ultramoderno que su carísimo peluquero o estilista, como ella le llamaba, mantenía semanalmente. Años atrás, Paula había tenido sobrepeso, pero una rigurosa dieta y visitas diarias al gimnasio habían acabado con aquel problema.

—¡Otra vez tarde! —exclamó Paula nada más abrir la puerta mostrando abiertamente su enfado—. Y además, vienes llena de barro. ¿De dónde demonios has salido?

—Úrsula y yo acabamos de rescatar a un galgo de la horca —le explicó Ruth con tono tranquilo, haciendo caso omiso del evidente enfado de su hermana.

—¡Tú y los perros! Debí imaginarlo, ni siquiera eres capaz de olvidarlos durante un solo día y cumplir con tus obligaciones familiares —se quejó su hermana.

—Estoy cansada y hambrienta, cinco hombres de cromañón armados hasta los dientes nos han insultado y se habrían cargado a un animal indefenso si no llega a ser por nuestra intervención, ¿crees

que una cena con un montón de gente pija que no conozco de nada, me parece realmente importante? —Ruth estaba cansada de escuchar los reproches de su hermana constantemente y le resultó imposible quedarse callada.

—¡Ve a cambiarte de ropa! —le ordenó Paula ignorando sus últimas palabras—. Buscaremos algo en mi armario.

Ruth siguió a su hermana hasta el dormitorio y sintió unas repentinas ganas de soltar una carcajada. ¿De verdad Paula pretendía que se embutiera en uno de sus carísimos modelitos de la talla treinta y seis? Ella era casi veinte centímetros más alta y su cuerpo, lleno de curvas, solo podría reventar las costuras de cualquier prenda que le prestara.

—Toma, Pruébate esto. —Paula le tendió una camisa negra sin mangas y unos pantalones del mismo color y Ruth la miró atónita— ¿Quieres coger la ropa de una vez y ponértela?

—¿De verdad quieres que me ponga eso? Uso una o dos tallas más que tú y soy mucho más alta —se quejó Ruth.

—No voy a dejar que te presentes delante de mis invitados vestida de ese modo—dijo Paula dejando la ropa sobre la cama—. Además, son cosas de hace unos años, cuando pesaba unos kilos más que ahora.

Ruth se miró en el espejo de cuerpo entero que había en un rincón de la habitación. Después de pasar horas andando por el campo y tras las lluvias de los días pasados, tenía las botas y los pantalones llenos de barro y la sudadera, aunque limpia, no parecía el atuendo más adecuado para una cena formal. Por si fuera poco, tenía el pelo revuelto y encrespado y apenas quedaba nada de la coleta que se había hecho por la mañana. Recogió la ropa que había tirado

sobre la cama y se dirigió al baño bajo la atenta mirada de Paula.

—Te espero en el salón —le dijo su hermana saliendo de la habitación.

Ruth logró meterse en los pantalones, pero le costó un rato poder abrochárselos. En cuanto a la camisa, apenas pudo embutir sus pechos en ella y cuando finalmente lo consiguió, los botones estaban tan tensos que parecía que iban a estallar en cualquier momento.

Se soltó el pelo, lo peinó con los dedos y se aplicó un poco de brillo en los labios. Después regresó al dormitorio y se puso los zapatos que Paula le había dejado junto a la cama para completar su atuendo. Afortunadamente, ambas usaban el mismo número y no tendría que pasarse las siguientes horas encogiéndose los dedos.

Antes de salir de la habitación se miró nuevamente en el espejo y descubrió con sorpresa que a pesar de que el pantalón le estaba algo corto y la camisa le quedaba muy entallada, la carísima ropa de su hermana le sentaba bien.

Se encaminó hacia el salón con paso firme a través del laberíntico pasillo, respiró hondo un par de veces e intentó mentalizarse de que serían solo unas horas y después podría marcharse. Nunca le había gustado asistir a todas aquellas cenas y fiestas que Paula celebraba con demasiada frecuencia en su casa, pero a pesar de habérselo dicho un millón de veces su hermana seguía insistiendo en invitarla.

Paula se había casado con un hombre que disfrutaba de una buena posición económica y pretendía que Ruth, su hermana pequeña, siguiera sus mismos pasos. Aquellas cenas, que a Paula le encantaba organizar, tenían entre otros propósitos encontrar un cuñado a su gusto.

No sabía lo que la esperaba aquella noche y rogó porque pasara rápidamente y sin contratiempos.

CAPÍTULO 3

PREFIERO EL TRAPECIO

Desde la puerta del salón, Ruth miró hacia el interior de la estancia y vio a José, su cuñado. Estaba de pie charlando con tres de sus invitados, dos mujeres y un hombre de unos cuarenta años que vestían con elegancia y sostenían una copa de vino tinto entre las manos.

Paula estaba sentada en uno de los sillones que ocupaban parte del enorme salón. Junto a ella había dos hombres que la escuchaban con atención y sonreían ante sus comentarios. Ambos hombres contrastaban visiblemente entre sí. El que estaba más cerca de su hermana tenía una prominente barriga y lucía una calva incipiente que le hacía parecer mayor de lo que probablemente era. El otro, en cambio, parecía bastante alto, tenía ojos claros y profundos y una preciosa mata de pelo rubio algo despeinado que le caía sobre el ojo derecho de una forma muy sexy. Sus rasgos, casi perfectos, parecían haber sido tallados en su rostro por algún escultor de gusto exquisito.

Paula se levantó en cuanto la vio parada junto a la puerta y se acercó a ella luciendo una de sus perfectas y deslumbrantes sonrisas de anfitriona.

Su hermana sabía moverse con elegancia y gracia a pesar del altísimo tacón de sus zapatos y Ruth la miró con admiración sabiendo que nunca podría parecerse a ella, entre otras cosas, porque tenía asuntos mucho más interesantes de los que ocuparse.

—Os presento a Ruth, mi hermana pequeña —anunció a los

presentes cogiéndola del brazo y haciendo énfasis en la última palabra—. Ruth, estos son Juan, Cecilia, Alfonso, Lola y Javier.

Ruth saludó uno a uno a los invitados e intercambió con ellos algunas frases de cortesía. Se preguntó cuál de aquellos hombres sería el elegido por su hermana para acompañarla durante la cena y, aunque debería haberse sentido aliviada de que fuese el guapísimo Javier en lugar del hombre de la prominente barriga, no le gustó el descaro con el que este la miraba y mucho menos la sonrisa burlona que había dibujada en su rostro.

Una vez sentados a la mesa, lejos de relajarse se sintió más nerviosa. Hacía casi diez años que era vegetariana, algo que su hermana no entendía y que ridiculizaba ante todo el mundo cada vez que la ocasión se presentaba. No podía olvidar la última vez que asistió a una de aquellas cenas y le sirvieron un solomillo de ternera sanguinolento, que por supuesto se negó a comer, y Paula arremetió contra ella delante de todos sus invitados. La escena fue muy desagradable y Ruth no solo se levantó de la mesa echa una furia y se marchó a su casa, sino que estuvo casi un mes sin dirigirle la palabra a su hermana.

Aquella noche las cosas parecían haber cambiado e Inés, la cocinera, le sirvió una ensalada verde con frutos secos y queso que tenía muy buena pinta y a la que hincó el diente a penas se la pusieron delante.

Estaba dispuesta a no mantener conversación alguna con aquellas personas y rezó en silencio para pasar desapercibida, y para que su hermana no la vendiera delante de Javier y el resto de los invitados como si fuese un producto de la teletienda. Pero sus suplicas no fueron escuchadas.

—Y tú debes ser la intrépida veterinaria —le dijo Javier dirigiéndose por primera vez a ella.

—Soy veterinaria, pero no sé a qué te refieres con lo de intrépida —respondió mirándole con curiosidad y encogiéndose de hombros.

—Paula me ha contado que estás muy comprometida con tu trabajo y que no solo atiendes una clínica sino que colaboras habitualmente con algunas protectoras de animales —explicó él.

—Todo eso es cierto, aunque no entiendo qué tiene de intrépido.

—Supongo que lo más intrépido que ha hecho Paula en toda su vida es comprarse algún modelito en Zara —se burló él.

Ruth no pretendía seguirle el juego a ese hombre que la miraba como si pudiese ver dentro de ella o, mucho peor, debajo de su ropa, pero se sentía molesta con su hermana por obligarla a estar allí esa noche en contra de su voluntad y el comentario de Javier era bastante gracioso, además de acertado, así que, terminó soltando una sonora carcajada que hizo que Paula la mirase con desagrado. Conocía muy bien aquella mirada, su madre llevaba toda la vida mirándola de aquel modo, pero decidió ignorarla y seguir riendo.

—Ese comentario no ha sido demasiado amable —señaló Ruth.

—Pero tú te has reído.

—Sí, tienes razón. En realidad estoy un poco molesta con mi hermana y mi risa ha sido una pequeña venganza.

—Así que tú y Paula no os lleváis bien —concluyó él sin dejar de sonreír.

—Yo no he dicho eso —se apresuró ella a negar—. Es solo que Paula me ha obligado a venir esta noche y eso es algo que detesto.

—No pareces una mujer a la que alguien pueda obligar a hacer algo en contra de su voluntad —observó él mirándola de un modo que

cortaba la respiración y, aunque ella pretendía ignorar aquella mirada, se sintió atrapada en ella de una forma hipnótica.

—Paula puede ser muy persuasiva cuando se lo propone —le dijo sin poder apartar la vista de sus labios, que parecían estar hechos para ser besados.

—Supongo que tú también —susurró él acercándose a ella.

Ruth sintió su aliento en el oído y notó como su piel se erizaba. Volvió a reírse, aunque esta vez no fue porque su comentario le resultara gracioso, sino porque estaba nerviosa y no sabía de qué forma debía comportarse ante aquel hombre.

Paula volvió a fulminarla con la mirada. Parecía molesta porque estuviese disfrutando de la compañía de Javier, algo que no entendía ya que había sido idea suya invitarla aquella noche y presentarle a aquel hombre.

—Parece que os estáis divirtiendo —intervino Paula sin borrar la perfecta sonrisa de anfitriona de sus labios—. ¿Por qué no nos contáis eso que parece tener tanta gracia?

—Ruth acaba de confesarme que la habéis obligado a venir esta noche, pero no puedo creer que una mujer como ella se deje manipular de ese modo —dijo Javier ante la sorpresa de todos los allí reunidos.

—¿De verdad? —preguntó Paula aparentemente tranquila atravesándola con su mirada de hielo.

—En realidad yo no...—comenzó a decir Ruth, pero finalmente decidió callarse para no añadir más leña al fuego.

A partir de aquel momento Ruth se negó a volver a mirar a Javier y decidió ignorarle el resto de la noche, a pesar de los múltiples intentos por parte él de iniciar una nueva conversación.

¿Qué mosca le había picado para hacer semejante comentario delante de su hermana y sus invitados?

Aquel hombre no solo era peligroso, sino enormemente exasperante.

CAPITULO 4

UN ALMA DE PAPEL

—Espero que tengas una buena razón para llamarme a estas horas —le advirtió Ruth a su hermana mirando el despertador.

Eran las ocho de la mañana del domingo, el único día de la semana que Ruth podía dormir hasta tarde y, aunque Paula lo sabía, había decidido interrumpir su sueño con una llamada telefónica.

—Yo espero que tengas una buena explicación para lo que sucedió anoche—contraataco Paula.

—Si has llamado con la intención de sermonearme, lo siento, pero no me apetece escucharte en este momento. Tengo cosas mucho mejores que hacer.

—¿En que estabas pensando? —la ignoró Paula—. ¿Cómo se te ocurrió decirle a Javier qué te obligué a asistir a la cena? Me dejaste en ridículo delante de mis invitados, que por cierto, son también compañeros de José. Y Javier no solo es un compañero, sino el nuevo director de su empresa en Madrid y por lo tanto su jefe. Acaba de llegar de Barcelona, no conoce a nadie aquí y me pareció un bonito gesto invitarle— escupió Paula—. No sé por qué me molestó en presentarte a gente tan interesante, hablarles de ti y enumerarles todas y cada una de tus cualidades.

—¿Mis cualidades? —preguntó sorprendida.

—Sí, has oído bien —le confirmó Paula—. No puedo decirle a la gente que en realidad eres un desastre. Impuntual, cabezota, mal educada y obsesionada con los bichos de cuatro patas.

—Tu empeño en buscarme marido empieza a provocarme dolor de cabeza. Estoy perfectamente bien soltera y si algún día decido buscar pareja, no será un hombre engreído y prepotente como Javier.

—Javier no es engreído y mucho menos prepotente —se quejó Paula—. Y aunque tú eres una mal educada, cuando te marchaste tuvo la deferencia de decirme que le habías causado una grata impresión.

—¿Una grata impresión? —repitió Ruth—. Hacía siglos que no oía esa expresión.

—Eres una mujer afortunada. Deberías sentirte agradecida por su interés y aprovechar las oportunidades que se te presentan.

—Lo siento, Paula, pero Javier no me interesa. Y ahora, si no te importa, ¿puedo volver a dormirme?

—Duerme si eso es lo único que te importa, pero no creas que hemos acabado esta conversación —le advirtió su hermana colgando el teléfono sin despedirse, algo que sin duda, había heredado de su madre.

Intentó volver a dormirse sin éxito. La conversación con Paula, como siempre sucedía, había conseguido enfadarla y decidió levantarse e ir a visitar a Úrsula. Su amiga probablemente estaría en casa, en compañía de sus perros y cocinando deliciosos guisos para el resto de la semana.

Úrsula era su amiga desde hacía siete años. Se habían conocido cuando Ruth comenzó a colaborar con algunas protectoras y desde el principio habían congeniado.

Su amiga tenía treinta y siete años, solo tres más que ella, y hacia diez que había fundado Rescatados, una asociación dedicada al rescate y cuidado de animales abandonados de la que era

Presidenta. Además, era Inspectora de Hacienda, un trabajo de enorme responsabilidad que compatibilizaba con su labor en la asociación y que apenas la dejaba tiempo libre.

Cinco años atrás, Rescatados había construido un albergue donde en aquel momento vivían cerca treinta perros y al menos veinte gatos, aunque también se hacían cargo de otros más afortunados que vivían en casas de acogida mientras esperaban ser adoptados.

Rescatados contaba en aquel momento con veinte voluntarias bastante comprometidas y muy bien organizadas que se repartían las tareas de la asociación en función de sus conocimientos y del tiempo libre del que disponían. Había voluntarias dedicadas al mantenimiento del albergue y cuidado de los animales, un grupo que se ocupaba de las redes sociales, otro de la organización de eventos y mercadillos solidarios, y otro encargado de las adopciones y su seguimiento.

Úrsula hacía un poco de todo, aunque con el tiempo había aprendido a delegar y confiar en las demás compañeras, y últimamente parecía estar algo más relajada. Aún así, ella era la que más trabajaba y la que suplía los turnos de aquellas a las que a última hora les surgía un imprevisto. Y en muchas ocasiones acogía en su casa a algunos animales recién operados o a aquellos que eran aún demasiado pequeños para vivir en el albergue.

Siempre había mucho trabajo que hacer, especialmente en verano, cuando aumentaban los abandonos y la cifra de adopciones bajaba en picado, o en febrero, tras la temporada de caza, cuando el abandono de los perros utilizados por los cazadores crecía de forma espectacular.

Otro problema era conseguir recursos económicos para el mantenimiento del albergue y pagar las facturas veterinarias.

Rescatados, al igual que el resto de asociaciones con las que Ruth colaboraba, tenía unos elevados gastos veterinarios debido a las vacunas, test, analíticas, microchips y esterilizaciones de cada uno de los animales que llegaban al albergue. Eso sin contar con los tratamientos de los animales enfermos o las cirugías que muchos de ellos necesitaban. Todo ello mermaba enormemente los recursos de los que disponían y que conseguían principalmente asistiendo a mercadillos solidarios donde vendían todo tipo de cosas. Aunque también tenían socios, padrinos y madrinas que pagaban una cuota mensual, y mucha imaginación para sacar dinero hasta debajo de las piedras.

Ruth se sentía orgullosa de formar parte de aquello y aportaba todo el trabajo que podía, hacía precios especiales o les permitía pagar las facturas con comodidad. Le habría encantado poder hacer todo el trabajo gratis, pero tenía que vivir de algo, igual que el resto de voluntarias.

CAPITULO 5

MORDER EL POLVO

—No entiendo cómo se te ocurrió decirle a un invitado de tu hermana y tu cuñado que ella te había obligado a asistir a la cena — le dijo Úrsula a Ruth mientras servía café a su amiga que parecía desolada.

—Estaba enfadada con Paula. Nada más llegar empezó a sermonearme y me obligó a meterme en su ropa de la talla treinta y seis, aunque ella me dijo que era de cuando pesaba unos kilos más que ahora —explicó Ruth encogiéndose de hombros.

—No deberías seguirle el juego —le aconsejó Úrsula que conocía bien la relación que ambas hermanas mantenían y los quebraderos de cabeza que su amiga sufría por culpa de su metomentodo hermana.

—Tienes razón, pero Paula es exasperante y nunca se rinde. Cada vez que me niego a participar en una de esas farsas, me persigue durante días e incluso hace cómplice de sus maquinaciones a mi madre —respondió Ruth—. No van a parar hasta que me case con uno de esos hombres que ellas consideran apropiado para mí. Al final cederé para que me dejen en paz.

—Deberías hablar con ella seriamente. Tiene que entender que al igual que ella eligió el tipo de vida que quería llevar, tú tienes todo el derecho a elegir la tuya.

—No la conoces —se quejó Ruth—. No creo que pueda llegar a entender nunca que no quiero un marido rico capaz de

proporcionarme “una vida de princesa” según sus propias palabras.

—Supongo que tienes razón, pero no me gusta verte tan abatida por culpa de tu hermana y sus juegos de alcahueta.

—Lo sé y, aunque suene mal lo que voy a decir, me encantaría que tú fueras mi hermana. A veces miro a Paula y me parece una completa extraña —confesó Ruth.

—Tú y yo quizá no tengamos la misma sangre, pero somos hermanas —le aseguró Úrsula haciendo que se le formara un nudo en la garganta.

Ruth giró la cabeza hacia el jardín intentando combatir las lágrimas que empezaban a formarse en sus ojos y vio a Santi y a Ulrich corriendo sobre el tupido césped. Ambos se perseguían y jugaban alegremente ajenos a todo bajo la atenta mirada de D´artacan, el galgo que ambas habían rescatado el día anterior y al que habían bautizado con aquel nombre por su valentía. En aquel momento, D´artacan estaba tumbado en un cómodo cojín dentro de la cocina y a través de los ventanales contemplaba a sus dos nuevos compañeros con añoranza.

Santi era un galgo de color negro que había llegado a la vida de su amiga dos años atrás y Ulrich, un enorme mastín de color canela que poseía los ojos más bonitos que Ruth jamás hubiese visto, lo había hecho cuatro años antes.

Úrsula le dijo que D´artacan había pasado buena noche y que había comido bien, pero estaba muy asustado y cada vez que ella o su amiga intentaban acercarse huía de ellas.

—Mañana lo llevaré a la clínica para hacerle la analítica —le dijo Úrsula al ver que la mirada de su amiga se dirigía hacia el galgo.

—Sí, quiero operarle lo antes posible si todo está bien.

—No he podido quitarme de la cabeza a los otros perros. Supongo que vivirán en pésimas condiciones y quién sabe cuánto tiempo más lograrán sobrevivir.

Ruth asintió con la cabeza. Ella tampoco podía olvidar los aullidos lastimeros de aquellos otros perros que los cazadores llevaban en los remolques y si cerraba los ojos, podía imaginárselos malviviendo en cualquier cuchitril o incluso al aire libre, expuestos a las condiciones climatológicas más adversas, mal alimentados, descuidados y maltratados.

Había visto todo tipo de cosas durante los últimos años, pero jamás se acostumbraría a todo ese sufrimiento.

D´artacan, que probablemente había sufrido mucho a lo largo de su corta vida, no debía tener más de dos años, pero ahora estaba a salvo y esperaba que pronto estuviese completamente recuperado y preparado para su adopción.

—Prométeme que hablarás con Paula —comenzó a decir Úrsula—. Creo que esto ha ido demasiado lejos.

—Lo intentaré, pero sé que no dará resultado.

—Pues tendrás que obligarla a escucharte —dijo su amiga mientras servía más café—. La vida ya es lo suficientemente complicada sin necesidad de que la gente que nos rodea intente hacerla aún más difícil.

—No es el caso de Paula. Su vida no es nada complicada, al contrario, José es un marido maravilloso, la quiere muchísimo y le concede todos los deseos —explicó Ruth—, pero yo no quiero ese tipo de vida. Me gusta lo que hago y soy feliz.

—Eso es lo que debes decirle. Hay muchas formas de ser feliz y tú has elegido la tuya.

—Lo haré, te lo prometo —sonrió Ruth—. Gracias por escucharme.

Úrsula se levantó de la silla y abrazó a su amiga. Odiaba verla en aquel estado y sabía que, a pesar de sus consejos e intentos de animarla, no tenía una tarea fácil por delante.

CAPITULO 6

COMBUSTIÓN

La mañana estaba siendo muy ajetreada. La sala de espera de la clínica veterinaria estaba llena de gente y aunque Ruth contaba con la ayuda de Sonia, hacía poco tiempo que la joven se había licenciado y carecía de la experiencia necesaria para asumir grandes responsabilidades.

Leticia, una voluntaria de la protectora Axla, acababa de encontrar a un perro atropellado en la autovía A-5 y lo había llevado a la clínica. Ruth atendió la urgencia inmediatamente puesto que, aunque el animal parecía estar bien, temía que pudiese haber daños internos.

El perro, un mestizo de mastín de color canela a quien Leticia había bautizado con el nombre de Karma, había recibido un golpe en el costado derecho. Aparentemente no tenía ningún hueso roto, pero tenía un par de heridas que requerían puntos de sutura.

Ruth realizó una radiografía de tórax y un hemograma y descubrió con alivio que no había daños internos. Después desinfectó y cosió las heridas bajo la atenta mirada de Karma, que aguantó estoicamente el dolor sin quejarse en ningún momento.

—Ha tenido suerte —dijo Ruth acariciando al perro cuyos ojos desprendían una tristeza que partía el alma.

Karma no tenía microchip y nunca sabrían quien lo había abandonado, ni tampoco quien lo había atropellado dejándolo tirado en la carretera sin cerciorarse de los daños que le había causado.

—Necesita confianza y cariño —prosiguió Ruth mirando a Leticia, que era una persona enormemente sensible—. Espero que tenga suerte.

—Voy a llevarlo a una casa de acogida. Una voluntaria se ha ofrecido a cuidarlo mientras le encontramos una familia definitiva y allí estará bien atendido. En el albergue estamos saturados. Llegan perros cada día, en condiciones lamentables la mayoría de ellos, y no podemos abarcar más.

—Lo sé —le aseguró Ruth suspirando—. Debéis traerlo en unos días para quitarle los puntos. Entonces le vacunaremos y tendremos los resultados de la analítica —informó a Leticia— Perdona, es la costumbre, a veces olvido que sabes de esto tanto como yo.

Leticia sonrió a Ruth, hacía muchos años que se dedicaba a rescatar animales y conocía perfectamente cada uno de los pasos que había que dar cada vez que un nuevo perro o gato llegaba al albergue.

—Gracias por todo —sonrió Leticia ayudando a Ruth a bajar a Karma de la mesa de exploraciones.

—Ya sabes dónde encontrarme si surge algún problema o si tienes alguna duda. Y no te olvides de ponerle un collar isabelino para evitar que se lama las heridas y las infecte.

—De acuerdo, llevo uno en el coche.

Ruth acompañó a Leticia hasta la puerta de salida. La gente que esperaba comenzaba a impacientarse, así que se disculpó con todos ellos por el retraso e hizo pasar al siguiente a su consulta. Todas aquellas personas eran clientes habituales de la clínica, todos excepto uno que llevaba un cachorro de labrador en los brazos y que lucía una burlona sonrisa en sus labios que la hizo estremecer.

No sabía que estaba haciendo allí Javier, pero no le prestó la menor atención y volvió a sumergirse en el trabajo. Si quería algo tendría que esperar su turno.

A las 20:30 horas estaba despidiendo a su penúltimo paciente y le dijo a Sonia que podía marcharse. La joven estaba muy comprometida con su trabajo, aprendía rápido y estaba segura de que algún día sería una veterinaria extraordinaria, pero no le gustaba abusar de sus trabajadores y hacía media hora que debía haber terminado su jornada laboral.

—Aún queda una persona fuera y trae a un cachorro adorable — le informó Sonia.

—Yo me ocuparé de atenderle. Mañana tenemos un día ajetreado y necesitas descansar.

—De acuerdo —aceptó Sonia que parecía cansada tras un día de locos—. ¿Quieres que le haga pasar?

—Sí, gracias, Sonia.

Limpió la mesa de exploraciones mientras esperaba que Javier entrara con el cachorro. A penas un par de minutos después sus ojos se encontraron con los de él y no pudo evitar admirar su atractivo rostro, la soltura con la que se movía y la seguridad en sí mismo que desprendía.

—Hola, Ruth —saludó él sin borrar la sonrisa de sus labios.

—Puedes dejar al cachorro sobre la mesa —le indicó ella secamente.

Era una hembra que debía rondar los dos meses de edad y parecía una bolita de pelo. Estaba dormida y cuando Javier la colocó sobre la mesa abrió los ojos, bostezó y Ruth no pudo evitar sonreír.

—¿Cómo se llama? — le preguntó.

—Aún no tiene nombre. Es un regalo para mi sobrina que mañana cumple doce años.

—Los animales jamás deberían ser un regalo de cumpleaños y servir para satisfacer un capricho pasajero. Implican una enorme responsabilidad y no creo que una niña de doce años pueda o deba asumirla —le sermoneó Ruth con tono severo—. Además, hay muchos perros y gatos abandonados esperando a ser adoptados.

—Lo sé y estoy de acuerdo contigo, pero fue mi hermana quien me pidió que le regalase un perro a Clara. No lo habría hecho si no supiera con total seguridad que estará perfectamente atendida —explico él—. Solo me puso una condición, que fuera un cachorro.

—Otro error que cometen muchas personas —observó Ruth—. Pero echémosle un vistazo a esta pequeña.

Ruth comenzó la exploración de la cachorrita y le pidió a Javier la cartilla de vacunación comprobando que, tal como había pensado, ni siquiera tenía aún los dos meses, una edad demasiado temprana para separarla de su madre y hermanos.

Exploró, desparasitó y vacunó a la pequeña y selló la cartilla indicándole cuando debía volver a llevarla a la consulta. Todo parecía estar bien y no quería alargar más aquella visita.

—Supongo que tu hermana tendrá alguna clínica cerca de casa y te recomiendo que la lleve allí. Es lo más práctico, especialmente si alguna vez surge algún problema de salud o una urgencia.

—Le prometí a mi hermana que yo me haría cargo de los gastos veterinarios el primer año, así que seré yo quien decida dónde llevarla. Si no te importa, preferiría traerla aquí —le comunicó él—. Hace poco tiempo que he llegado a la ciudad y solo conozco a una veterinaria.

—Bien, ya veo. Haz lo que quieras, pero es frecuente que los cachorros tengan algún que otro problema y siempre recomiendo depositar la confianza en un veterinario cercano— insistió Ruth.

—Lo hablaré con mi hermana —aceptó él—. ¿Tienes tiempo para tomar algo?

—No, la verdad es que se ha hecho tarde y aún tengo un millón de cosas que hacer —mintió.

—¿Una cita importante?

—No, no tengo tiempo para citas. Y ahora, si me disculpas, tengo que recoger antes de marcharme —le dijo abriendo la puerta e invitándole a marcharse.

Javier volvió a sonreír, cogió al cachorro entre sus brazos y se marchó.

Ruth se sintió aliviada en cuanto le vio salir por la puerta. Desde el principio supo que era un hombre peligroso y su instinto no solía engañarla nunca.

CAPITULO 7

LOS CÍTRICOS AMANTES

Tenía cinco llamadas perdidas en el teléfono móvil, todas ellas eran de su madre y aunque supuso que no se trataba de nada grave, decidió devolverle la llamada.

—¿Dónde te metes? —inquirió su madre nada mas descolgar el teléfono—. Llevo todo el día llamándote y empezaba a estar preocupada.

—Hoy he tenido una cirugía, mamá. Me he pasado mucho tiempo en el quirófano y no he tenido tiempo de atender llamadas.

—Deberías hacerle caso a tu hermana y buscar a un hombre que cuide de ti —la sermoneó su madre.

—No necesito que nadie cuide de mí, se hacerlo perfectamente yo sola. —Ruth siempre daba la misma respuesta a su madre, que en cada ocasión repetía las mismas cosas, un viejo truco para desgastarla.

—¿Por qué no? No tendrías que trabajar tanto y podrías dedicar tu tiempo a hacer lo que quisieras.

—Ya hago lo que quiero. Me encanta mi trabajo, de hecho, es muy importante para mí, muchos más que buscar marido o salir de compras con amigas —le explicó con tono de cansancio.

—Tu hermana me ha dicho que dentro de unos días celebrará una fiesta en casa y, por supuesto, espera que vayas —cambió de tema su madre.

—¿Por qué no llama ella para decírmelo?

—Porque siempre le dices a todo que no.

—Eso no es verdad. El sábado por la noche organizó una cena en su casa con algunos compañeros de José y estuve allí —le aclaró Ruth—. Su obsesión por las celebraciones de todo tipo raya en la locura.

—Paula sabe lo que hace. Tiene contactos y buenas relaciones con personas de muy buena posición económica y social. Deberías aprovecharlo, sin embargo, no lo haces y hasta te permites ser grosera con el director de la empresa en la que trabaja tu cuñado. ¿En qué estabas pensando? —volvió a regañarla su madre.

Ruth suspiró largamente, estaba cansada de ser el centro de las críticas de su madre y de su hermana, pero no tenía tiempo para aquello y así se lo hizo saber a la mujer que le había dado la vida y que ahora se empeñaba en dirigirla.

—Lo siento, mamá, pero tengo que volver al trabajo. La perra a la que he operado se está despertando y debó comprobar cómo se encuentra.

—Llama a tu hermana para que te cuente todos los detalles de la fiesta— la ordenó.

—Lo intentaré.

—No lo intentes, hazlo. —Y colgó el teléfono sin despedirse, una costumbre que a Ruth le molestaba mucho y que su hermana también ponía en práctica constantemente.

Las conversaciones con su madre siempre versaban sobre los mismos temas. Las fiestas de su hermana, su soltería y el tiempo que dedicaba a su trabajo. Había intentado ignorarla, pero no podía y lo que comenzaba siendo una simple conversación entre madre e hija, terminaba convirtiéndose en una batalla en la que su madre siempre

quería gastar la última bala.

Su madre y su hermana no solo tenían un evidente parecido físico, sino que compartían el mismo carácter, los mismos gustos y hasta el mismo tono de voz. Era así desde que Ruth recordara y el paso del tiempo solo había conseguido hacerlas cada vez más parecidas. Solían quedar con frecuencia para comer y salir de compras. Años atrás la habían invitado a acompañarlas algunas veces, pero el poco tiempo que le dejaba el trabajo y el hecho de que la hacían sentir como una extraña, habían terminado disuadiéndola de salir con ellas.

Ruth sabía que tanto Paula como Teresa, su madre, seguirían la misma estrategia de siempre para que asistiera a la fiesta de su hermana. Ambas se turnarían para llamarla varias veces al día, le enviarían mensajes, se quejarían de lo mala hija y hermana que era y, finalmente, ella terminaría rindiéndose y haciendo lo que ellas querían para conseguir un poco de paz.

Su padre había fallecido dos años atrás. Desde entonces su madre hacía al menos un par de viajes al año y pasaba largas temporadas en su casa de la playa. Ruth no se sentía muy orgullosa de sí misma, pero disfrutaba de esas ausencias durante las que su madre estaba siempre muy ocupada saliendo con sus amigas o practicando un montón de actividades y apenas llamaba por teléfono.

Quizá era egoísta, pero para ella esas ausencias significaban un soplo de aire fresco y una persona menos con la que pelear cada día.

Su padre había sido la única persona de la familia que se había sentido orgullosa de ella y de su trabajo. Él había amado a los animales y era quien le había enseñado a amarlos y respetarlos. Muchas veces le resultaba incomprensible que un hombre como él,

cariñoso, entregado y muy respetuoso con todo el mundo, hubiese elegido a su madre para compartir su vida. Tal vez, después de todo, fuese verdad que los polos opuestos se atraen.

CAPITULO 8

ESTAMOS AHÍ

—Los resultados de la analítica de D´artacan han llegado y todo indica que su estado de salud es bueno —informó Ruth a Úrsula por teléfono.

—¡Menos mal! —exclamó su amiga sintiéndose muy aliviada por las buenas noticias—. En solo unos días ha cogido dos kilos de peso y no parece el mismo galgo que encontramos a punto de ser ahorcado.

—¿Qué tal se lleva con Santi y Ulrich?

—Muy bien. Darty deja incluso duerman junto a él, pero conmigo sigue exactamente igual, no permite que me acerque demasiado. Imagino que su vida hasta ahora ha debido ser un infierno y el contacto con humanos muy escaso y traumático.

—Espero que con el tiempo termine superando sus miedos —deseó Ruth.

—Santi también tenía mucho miedo cuando lo encontramos. Llevaba meses vagando por el campo y ya sabes que tuve que llamar a una empresa de rescate para poder cogerlo —recordó Úrsula—. Aún tiene miedo a los hombres, no puede evitarlo, pero con las mujeres es muy tranquilo y confiado.

—Sí, Santi ha cambiado mucho en todo este tiempo —estuvo de acuerdo Ruth—. Y en cuanto a Darty, voy a organizar la cirugía para esta semana. Llamaré a Curra para ver qué día tiene libre y te lo comunicaré de inmediato.

—Me parece perfecto.

—En ese caso pondré manos a la obra. Te llamo esta noche y te doy todos los detalles.

—De acuerdo, gracias por todo.

—No, no me des las gracias, me lo cobraré cuando tenga que pedirte que me hagas la declaración de la renta.

—Eso está hecho— rió Úrsula.

Cuando su amiga se fue, llamó por teléfono a Curra. Ambas habían sido compañeras en la Facultad de Veterinaria y su amiga era experta en traumatología. Siempre que se encontraba con una cirugía de ese tipo acudía a ella, que estaba encantada de poder echarle una mano.

Como suponía, en cuanto le contó a Curra que tendrían que realizarle una artroplastia a un galgo que habían rescatado de las manos de unos cazadores, esta se mostró entusiasmada con la idea de ayudarla y le dijo que disponía de un hueco en un par de días.

A medio día se dirigió al albergue de Rescatados. Cuatro de los perros que vivían allí habían contraído tos de las perreras y había que inyectarles un antibiótico durante una semana.

Shira, Clara, Kinder y Lestor estaban aislados para evitar que el resto se contagiase y cuando Ruth llegó la recibieron con gran alegría y alguna que otra tos. Tras inyectarlos el antibiótico y premiarlos con algunas galletas, se sentó en un rincón y los cuatro se tumbaron a su lado demandándole caricias y mimos.

En la clínica era habitual encontrarse con algunos perros que gruñían o incluso intentaban morderla por miedo y desconfianza, sin embargo, nunca le había sucedido con perros abandonados. Ellos siempre la recibían con cariño a pesar de que era quien los vacunaba,

curaba heridas y examinaba, y a pesar de que en la mayoría de los casos sus experiencias con humanos no habían sido buenas. Pero ellos no parecían guardar ningún rencor y eran nobles, cariñosos y fieles.

Ruth se sentía bien junto a ellos, que aceptaban su cariño con naturalidad. Allí no debía esforzarse por ser una persona distinta de la que era.

Pensó en Paula de nuevo y no pudo evitar hacerlo con tristeza debido al enorme abismo que había entre ellas y que parecía insalvable.

¿Cuándo se había convertido su hermana en una completa desconocida?

Paula había estudiado derecho y había sido una de las primeras de su promoción. Tenía por delante un brillante futuro profesional, pero eligió casarse con José y dejar su trabajo. Ruth nunca había entendido esa decisión y no estaba de acuerdo con ella, pero siempre la había respetado. Su hermana, en cambio, jamás la había respetado a ella y siempre que tenía una oportunidad le reprochaba todas y cada una de las decisiones que había tomado a lo largo de su vida.

Suspiró profundamente y siguió acariciando a los perros. Deseó que pronto encontraran una familia que supiera tratarlos con el cariño y el amor que merecían y que, sin duda, ellos sabrían agradecer con creces.

CAPITULO 9

CIERRO LA NOCHE

La noche del sábado Ruth quedó con Úrsula, Marisol y Cris para cenar y relajarse después de una dura semana de trabajo.

Marisol y Cris eran voluntarias de Rescatados y también quienes las acompañaban siempre en sus salidas nocturnas, aunque últimamente eran poco frecuentes.

Cenaron en un pequeño restaurante vegetariano del que eran clientas habituales. Hacía años que todas ellas habían eliminado la carne de su dieta y era una decisión de la que se sentían orgullosas, a pesar de que muchas personas las trataban como si fuesen bichos raros.

Ruth siempre disfrutaba de esas salidas porque era el momento en el que lograba desconectar de todo, pero aquella noche tenía la cabeza en otro sitio y no era capaz de seguir el ritmo de la conversación que mantenían sus amigas. El problema era Javier. Su imagen aparecía una y otra vez en su mente y no podía dejar de pensar en su mirada, que parecía ver en su interior, esa sonrisa burlona que tanto detestaba y sus manos que, con tan solo un roce, lograban despertar en ella sensaciones que llevaban mucho tiempo dormidas.

—¡Ruth! —exclamó Marisol sacudiendo la mano delante de sus ojos—. ¿Se puede saber en qué estás pensando?

—Solo estoy un poco distraída —respondió—. Supongo que tengo demasiadas cosas en la cabeza.

—No será un rubio y atractivo hombre el que ocupa todos tus pensamientos, ¿verdad? —sugirió Úrsula con una picara sonrisa.

—Sí, eso también —reconoció ella.

—¿Un hombre atractivo y rubio? ¿De quién estáis hablando? —preguntó Cris con curiosidad mirando a ambas mujeres.

—Mi hermana me presentó hace unos días a uno de esos hombres con los que ella cree que debería casarme y ser feliz para siempre —explicó Ruth—, pero esta vez he de reconocer que me sorprendió.

—Él llevó a la clínica un cachorro de labrador unos días después —continuó Úrsula—. Y la invitó a tomar algo.

—No acepté la invitación, por supuesto —se apresuró a aclarar Ruth.

—¿Estás diciendo que un hombre rubio y atractivo te propone una cita y tú le rechazas? —intervino Marisol—. ¿En que estabas pensando?

—Lo entenderías si le conocieras. No solo es atractivo, sino también prepotente y engreído, algo que no soporto en un hombre —dijo Ruth.

—Y, sin embargo, no puedes dejar de pensar en él —observo Úrsula—. Tal y como yo lo veo deberías salir con Javier y darle una alegría a tu cuerpo, nena.

—¿Y ver su cara de satisfacción al conseguir su objetivo? —le espetó Ruth—. Eso jamás.

—No solo él tendría cara de satisfacción —bromeó Cris provocando la risa de sus amigas.

Cuando acabaron de cenar, se marcharon a tomar unas copas a uno de los locales de moda que Marisol y Cris frecuentaban cada fin

de semana y que conocían muy bien.

La música estaba altísima y el local tan lleno que apenas cabía un alfiler. No era el tipo de lugar que a Ruth le gustaba, pero aquella noche tenía ganas de divertirse y olvidarse de todo y unas cuantas copas le ayudarían a conseguir su objetivo.

—¡Venga, chicas! Hagamos un brindis —gritó Úrsula para hacerse oír repartiendo mojitos entre sus amigas—. Por nosotras y por una noche de sexo memorable.

—¡Brindemos! —la secundaron todas entrechocando sus vasos.

Ruth bebió pensando que esa noche de sexo tendría que esperar y, justo en aquel momento, alguien chocó contra ella haciendo que la bebida se derramara por completo sobre su camiseta blanca.

—¿Pero qué demonios...? —comenzó a decir volviéndose hacia la persona que había provocado el accidente, pero las palabras se congelaron en sus labios cuando sus ojos se encontraron con los de Javier.

Él sonrió al verla, pero no iba solo, le acompañaba una voluptuosa morena que lucía un escote de infarto y tenía las piernas más largas que había visto en su vida. Eso la molestó, aunque no pudo entender el motivo.

—¡Ruth! —exclamó él alegremente.

—¡Deberías mirar por dónde vas! —le regañó ella bajando la vista hacia su camiseta, que estaba completamente empapada.

Javier siguió su mirada, sacó un pañuelo del bolsillo de su abrigo y comenzó a restregárselo por encima de la camiseta rozando sus senos y provocando que sus pezones se pusieran completamente erectos.

—¡Déjalo ya! —exclamó ella apartando la mano de él de su

pecho y huyendo hacia el baño.

Ruth se contempló en el espejo y descubrió que, además de los pezones erectos, la camiseta se transparentaba tanto que dejaba muy poco a la imaginación. Estaba muy enfadada, sus ojos estaban llenos de rabia y empezaba a creer que se estaba volviendo loca. Un accidente así podía tenerlo cualquiera y su reacción estaba siendo exagerada

Intentó secarse con un trozo de papel que restregó concienzudamente sobre la camiseta, pero no había papel lo suficientemente absorbente para tal cantidad de humedad. Sopló, resopló, hizo una bola con el papel y lo tiró a la papelera sintiéndose abatida. Había planeado pasar con sus amigas una divertida noche alejada de todos sus problemas, pero estaba claro que no lo conseguiría. Llevaba toda la velada enfrascada en sus pensamientos y todo por culpa de aquel hombre que la sacaba de sus casillas.

La puerta del baño se abrió, Ruth volvió la cabeza para ver de quien se trataba y parpadeó un par de veces para asegurarse de que la vista no la engañaba y era Javier la persona que en aquel momento se dirigía hacia ella.

—Este es el baño de señoras —le indicó ella señalando con el dedo índice la puerta—. No puedes entrar aquí.

Pero él no parecía escucharla y en unas cuantas zancadas se colocó tras ella y la miró a través del espejo. Su mirada era tan intensa que la hizo estremecer.

Ruth se volvió hacia él, que en aquel momento posó la mirada sobre sus senos, y ella cruzó los brazos sobre ellos con intención de ocultarlos.

—¿Qué estás haciendo aquí? —le preguntó.

Javier no respondió y sin dejar de mirarla, la tomó por la cintura apretándola contra su cuerpo firmemente y atrapó los labios de ella entre los suyos. Intentó resistirse al beso y apretó los labios con fuerza, pero cuando notó el calor de aquella boca contra la suya la curiosidad y un deseo incontenible hicieron que separara los labios permitiendo que sus lenguas se encontraran. Fue un beso intenso y tan lleno de pasión que la sorprendió haciéndola desear que ese momento no acabara nunca.

Javier, que aún la sujetaba por la cintura y que en ningún momento había dejado de besarla, la alzó sobre el lavabo y ella notó su miembro duro y erecto contra sus muslos. Sabía que debían parar, pero no tenía fuerzas para hacerlo y llevada por un impulso levantó las piernas y le rodeó con ellas la cintura, apretándole aún más contra su cuerpo e incitándole a continuar con lo que estaba haciendo.

Las manos de él se colaron por debajo de su camiseta pellizcándole los pezones y volviéndola loca de placer. El contacto de sus manos sobre su piel era increíblemente suave y despertaba en ella un cúmulo de sensaciones desconocidas. Cuando la miró a los ojos, buceó en su mirada azul y supo que estaba completamente perdida. No podía luchar contra lo que aquel hombre la hacía sentir y tampoco lo deseaba.

Los labios de él dibujaron un camino de besos que se extendieron desde el hueco de su cuello hasta su pecho. En cada roce sintió que su piel se erizaba y no pudo evitar que un gemido de placer escapara entre sus labios rompiendo el silencio que hasta el momento les había envuelto. Ni siquiera se dio cuenta de que no estaban solos hasta que alguien pronunció su nombre haciendo que su cuerpo se tensara y que por primera vez se diera cuenta de lo que

había estado a punto de suceder y que sin duda habría sucedido si Úrsula no les hubiese interrumpido.

—Ejem, ejem —tosió su amiga para llamar su atención devolviéndola a la realidad.

Ruth empujó a Javier alejándole de ella, se colocó la camiseta sin atreverse a mirar a su amiga y notó como sus mejillas se encendían por la vergüenza.

Salió del baño como alma que lleva el diablo, cogió su abrigo y salió a la calle sin despedirse de sus amigas y sin comprender cómo había llegado a aquella situación. Estaba confusa y desbordada por las emociones que la embargaban, y el único culpable era Javier, la profundidad de su mirada y aquellas caricias que habían logrado hechizarla.

CAPITULO 10

EN LOS DESIERTOS POR HABITAR

Según iban pasando los días sin noticias de Javier, la rutina y el exceso de trabajo lograron apartar de su mente su encuentro del sábado. En esos momentos agradecía tener un trabajo tan absorbente que le impidiera pensar en otras cosas, aunque era inevitable no hacerlo de vez en cuando, especialmente cada vez que una de sus amigas la había llamado para saber por qué había salido corriendo aquella noche. Tampoco ayudaba que la fiesta de su hermana se celebraba el sábado y que tanto Paula como su madre hubiesen retomado su ofensiva para obligarla a asistir y que sabía por experiencia que no abandonarían hasta que ella terminase aceptando. De momento había decidido ignorar las llamadas de ambas y los mensajes de Whatsapp con los que Paula inundaba su teléfono cada día, pero acabarían acorralándola y tendría que elegir entre la felicidad de ellas o la suya propia.

A medio día volvió al albergue de Rescatados para inyectar el antibiótico a los perros aquejados de tos de las perreras. Era el último día de tratamiento y aunque Úrsula se había ofrecido a hacerlo ella misma, en aquel momento el único lugar en el que se sentía verdaderamente cómoda era en el albergue donde los perros jamás la juzgaban y la aceptaban tal y como era.

Pasó un rato muy agradable junto a los perros y de vuelta a la clínica decidió parar a comer algo ya que no había probado bocado desde esa mañana. No fue hasta que estaba a punto de entrar en una

cafetería cuando se dio cuenta de que estaba frente al edificio de oficinas de la empresa en la que trabajaba su cuñado. Sin embargo, estaba demasiado hambrienta y sabía que José estaría trabajando a aquella hora.

En el interior de la cafetería la temperatura contrastaba notablemente con la del exterior y Ruth se sintió reconfortada al sentir el calor en sus heladas mejillas y sus manos. Eran las cuatro de la tarde, no había demasiada gente y caminó hacia la barra que estaba completamente vacía dispuesta a sentarse y pedir una ensalada y un café bien caliente.

—¡Ruth! ¿Qué estás haciendo tú aquí? —le preguntó Paula que en aquel momento se dirigía hacia ella salida de la nada—. Mamá y yo te hemos llamado un millón de veces en los últimos días, ¿cómo eres capaz de tratar así a tu propia madre?

El tono de voz de Paula rechinó en sus oídos. No le apetecía discutir con ella, tenía demasiadas cosas en la cabeza en aquel momento y todas ellas le parecían mucho más importantes que batallar con su hermana.

—Todo el mundo nos está mirando —le advirtió a Paula mirando alrededor.

—Ven aquí —le dijo esta cogiéndola del brazo y arrastrándola hacía una mesa—. Tenemos que hablar.

Ruth odiaba aquella frase. Sabía lo que significaba y no era nada bueno. Paula comenzaría nuevamente a sermonearla y le diría lo mala hija y hermana que era. Después le hablaría de la fiesta que celebraba en su casa el sábado por la noche y en cuanto se negara a ir volvería a mostrarse enfadada y decepcionada.

—¿Qué estás haciendo aquí? —volvió a preguntar su hermana.

—Pasaba por aquí y he parado a comer algo. Y supongo que ahora me explicarás qué estás haciendo tú aquí.

—He venido a traer a José unos papeles que olvidó en casa —le explico ella—. Y ahora, ¿me dirás tú por qué no coges el teléfono?

—Primero baja la voz, todo el mundo nos está mirando —le pidió Ruth—. Respecto a tu pregunta, estoy harta de que mamá y tú intentéis organizar mi vida. Tengo mis propios planes al respecto y no voy a dejar que vosotras los estropeéis. Deberías aprender a respetarme tal del mismo modo que yo os he respetado siempre a vosotras.

—Mamá y yo solo nos preocupamos por ti.

—Pues no deberíais hacerlo. Se cuidar de mi misma, tú y yo solo nos llevamos un año y no necesito que sigas actuando como la hermana mayor —le dijo Ruth visiblemente enfadada.

—Es que soy la hermana mayor y tengo derecho a preocuparme por ti si quiero —respondió Paula molesta, arrugando la nariz en un gesto completamente infantil—. Deberías estar agradecida.

—¿Debo agradecerte que intentes buscarme un marido que no quiero?

—Solo quiero que seas feliz.

—Soy feliz. Me gusta mi vida aunque tú no puedas entenderlo y ni siquiera lo intentes —aclaró Ruth.

—¿Y tu familia?

—¿Qué pasa con mi familia? No tendría que rehuirlos si no estuviéseris empeñadas en planificar mi vida y decirme a todas horas lo que debo hacer.

—Mi única intención era invitarte a una fiesta. A todo el mundo le encantan mis fiestas. —El tono de voz de Paula sonaba afectado,

aunque Ruth no sabía si estaba fingiendo.

—Quizá a mí también me gustarían si no intentaras obligarme a ir y emparejarme con alguien en cada ocasión —se quejó Ruth—. Y ahora, si me disculpas, tengo que volver al trabajo.

—Pero vendrás a la fiesta, ¿verdad? —insistió Paula.

—No creo que sea una buena idea —respondió Ruth poniéndose en pie y alejándose de su hermana.

Sabía que su negativa no disuadiría a su hermana de sus planes. Ella seguiría insistiendo hasta el último momento, pero no pensó que volviera a la carga tan rápido y cuando vio el teléfono de su cuñado en la pantalla del móvil dudó entre cogerlo o tirarlo por la ventanilla del coche.

—Hola, cuñada —saludó José alegremente.

—¿A qué debo el honor? —preguntó ella.

—Paula lleva días con los preparativos de la fiesta. Sé que le has dicho que no vendrás, pero me preguntaba si no será posible hacerte cambiar de opinión.

—¿Vas a intentar sobornarme? —bromeó Ruth.

—Pensaba que tal vez me harías ese favor. Javier, mi jefe, me ha preguntado por ti y le he dicho que estarías allí el sábado.

—¿Qué has hecho qué? —Ruth no podía creer lo que estaba escuchando.

—Pensé que asistirías. Yo solo...

—Bien, aclaremos una cosa, no tienes derecho a decidir por mí, eso ya lo hacen mi madre y Paula. ¿No crees que ya es suficiente?

—Te lo pido como un favor personal —rogó él.

—¿Intentas decirme que mi asistencia a esa fiesta puede influir en la relación laboral con tu jefe?

—No, bueno..., no exactamente, pero...

—Está bien, iré, pero será la última vez que tú o Paula me pedís un favor de este tipo, ¿queda claro? —se rindió Ruth cansada de la situación.

Lo cierto es que su cuñado le caía bien, era el único que nunca criticaba su forma de vida y también el único que siempre le preguntaba cómo iban las cosas en la clínica.. En cierto modo se sentía en deuda con él y pensó que ir a la fiesta se una forma compensarle.

—Sí, queda claro. Pero creo que te equivocas con Paula. Ella te quiere y cree saber lo que es mejor para ti.

—¿Tú también piensas que yo no sé decidir por mí misma?

—No he dicho eso, yo solo.... Te prometo que haré todo lo posible para que a partir de ahora Paula respete tus decisiones. Y gracias por el favor, te debo una. Eres una cuñada increíble.

—Y muy tonta también —añadió Ruth, pero José ya había colgado dejándola con la palabra en la boca.

CAPITULO 11

ROSA DE ALEJANDRÍA

La operación de D´artacan o Darty, como lo llamaba Úrsula, había sido un éxito y el galgo descansaba en la sala de operaciones mientras Ruth y su amiga le observaban esperando a que despertara.

Curra había accedido de buena gana a ayudarla y como siempre, había hecho un gran trabajo. Le encantaba trabajar con ella porque siempre aprendía algo nuevo además de contagiarse de su entusiasmo y su buen humor. Curra era una de esas personas capaces de darte la peor noticia y convencerte de que en realidad no era tan mala.

El cambio que Darty había experimentado en tan pocos días era increíble. El galgo de extremada delgadez y expresión abatida que encontraran al borde de la muerte había engordado unos kilos y, aunque seguía asustado, sus ojos habían comenzado a brillar de un modo diferente. Parecían llenos de vida y no de la tristeza que emanaban cuando lo encontraron.

—Se recuperará —dijo Ruth intentando animar a su amiga—. Aunque tendrá que hacer rehabilitación.

—Lo sé. Ahora me preocupa la factura —bromeó Úrsula.

—No pienses en eso en este momento. No voy a cobrar nada y Curra me ha dicho que os hará precio especial.

—No podéis hacer eso. ¡Es vuestro trabajo!

—Tendremos tiempo de hablar de facturas, dejémoslo por ahora.

—Sí, tienes razón. Lo pensaré cuando llegue el momento o

cuando la cuenta se quede en números rojos otra vez —suspiró Úrsula—. Voy a quedármelo.

—¿Cómo dices?

—A Darty. Voy a adoptarlo —repitió Úrsula—, después de todo lo que ha pasado creo que se merece un hogar definitivo. Además, se lleva muy bien con Santi y Ulrich.

—Es un perro con suerte —reconoció Ruth—. Me alegro por él.

—Y dime, ¿sigue la ofensiva Paula-Teresa? —cambió de tema Úrsula.

—Afortunadamente no, pero solo porque me he rendido e iré a la fiesta esta noche. José me lo ha pedido.

—¿Tu hermana ha metido en esto a su marido? —preguntó Úrsula sorprendida.

—Sí, ya sabes cómo es Paula, jamás se rinde. Pero esta vez me he asegurado de que sea la última —aseguró Ruth intentando parecer convencida.

—Eso no me lo creo —Úrsula movió la cabeza de un lado a otro con incredulidad.

—Confío en José, él nunca me ha dado motivos para no hacerlo.

—Espero que tengas razón.

Darty comenzaba a despertarse de la anestesia y las dos amigas se acercaron a él para tranquilizarlo dando por concluida la conversación.

Una vez en casa se dio una larga ducha e intentó mentalizarse de que aquella noche tendría que ir a casa de su hermana y fingir que se estaba divirtiendo, además de tener que volver a enfrentarse a Javier.

Hacía una semana de su breve pero intenso encuentro en aquel bar y no sabía cómo iba a reaccionar al volver a verle. Desconocía

cuáles eran sus intenciones y eso la ponía muy nerviosa. Intentaría no quedarse con él a solas para evitar que sucediera algo parecido a lo acontecido unos días antes porque no confiaba en su capacidad de resistencia. Javier le hacía sentir cosas que jamás antes había sentido y eso le parecía peligroso y atrayente a partes iguales.

Eligió la ropa cuidadosamente para la velada. Aunque su armario se componía básicamente de vaqueros y camisetas, que era lo que usaba habitualmente para ir a trabajar, gracias a su hermana disponía de algunos vestidos entre los que poder elegir. Se decidió por un vestido negro, recto y largo hasta la rodilla que dejaba su espalda descubierta hasta la cintura. La parte delantera, sin embargo, era muy recatada con escote barco y manga larga rematada por pedrería de cristal.

Para sus pies eligió unos peep toe de charol de color rojo con un altísimo tacón que según Paula eran ideales para estilizar y alargar las piernas, algo que en su caso no era en absoluto necesario ya que su altura y sus largas piernas destacaban sin necesidad de artificios.

Se recogió el pelo en un clásico moño bajo italiano y cambió sus aros de plata de las orejas por unos más pequeños adornados con pavé de cristal transparente.

Finalmente se maquilló suavemente y se echó un vistazo en el espejo. No se reconoció vestida y peinada de aquel modo y aunque su aspecto le resultó bastante agradable a la vista, seguía pensando que no merecía la pena dedicar tantas horas a mejorar su imagen.

Arrancó el coche al tercer intento. Hacía tiempo que su viejo Opel Corsa no arrancaba a la primera, pero le tenía mucho cariño, fue el primero que compró nuevo y hasta entonces nunca le había dado ningún problema. Se puso en marcha y pensó que aquel día su

hermana no podría quejarse porque llegara tarde o por no ir vestida adecuadamente, pero la suerte no estaba de su parte y antes de llegar a casa de Paula, Úrsula la llamó para pedirle ayuda. Habían encontrado a una perra adulta en muy mal estado deambulando por un pueblo de la Sierra de Madrid y sin pensarlo dos veces le indicó a su amiga que la llevaran a la clínica.

Ataviada con su vestido negro y sus taconazos Ruth exploró a la perra, una pequeña mestiza de color negro, y le realizó varios test. Las úlceras de la cara y las patas, la falta de pelo alrededor de los ojos y su delgadez, eran claros síntomas de que podría tratarse de leishmaniosis. El test indicó que no se equivocaba y aunque le realizaría una analítica completa para confirmarlo, decidió comenzar con el tratamiento de inmediato.

Su hermana iba a matarla por llegar tarde otra vez, pero Ruth no era de esas personas que miraba hacia otro lado ante las dificultades y estaba satisfecha por haber hecho lo correcto.

CAPITULO 12

COMO QUIEN DA UN REFRESCO

Cuando Paula abrió la puerta y la miró con cara de horror, supo que su aspecto debía ser peor de lo que había imaginado.

Aunque se había puesto una bata blanca para explorar a la perra, no pudo evitar que el vestido se llenara de pelos y que el moño terminara deshaciéndose y convirtiéndose en un amasijo de rizos rebeldes en torno a su rostro.

—¿Qué demonios te ha pasado? —bufó su hermana con los dientes apretados—. Parece que acabes de pelearte con un tigre.

—No ha sido un tigre, sino una preciosa perrita de apenas siete kilos —contestó Ruth dirigiéndose al baño.

—¿Quieres decir que has ido a atender una urgencia vestida así? —preguntó Paula tras ella.

—Tú lo has dicho, era una urgencia, no suelo vestirme así para ir a trabajar —explicó Ruth mirándose al espejo—. ¿Puedes prestarme un cepillo?

—¿Crees que un cepillo va a solucionar este...este desastre? —le espetó Paula haciendo aspavientos con las manos para dar más énfasis a sus palabras

—¿Qué desastre? —Ruth intentaba conservar la calma, aunque su hermana se lo estaba poniendo complicado—. Solo tengo que peinarme un poco y...

—¿Peinarte un poco? —Paula soltó una histérica carcajada que le puso los pelos de punta— Tienes el vestido lleno de pelos y una

carrera en las medias.

—Sacudiré el vestido y me quitaré las medias. Son solo unos cuantos pelos, nada que no pueda arreglarse sacudiéndome un poco.

Paula soltó un bufido, sacó un cepillo de uno de los cajones del baño, un pintalabios de una bolsa de aseo y se lo entregó a su hermana. Durante unos minutos permaneció callada mirando como Ruth, sin demasiado éxito, intentaba rehacer el moño italiano que llevaba tan solo un par de horas antes.

—Déjame a mí —le dijo arrancándole el cepillo de la mano e indicándole que se sentara.

Ruth le hizo caso y observó a Paula, que con movimientos rápidos y precisos volvió a recogerle el pelo tras la nuca. Su hermana era una auténtica profesional fruto de la cantidad de horas que desde niña había dedicado a su imagen, y un par de minutos le habían bastado para hacer algo que a ella le había costado casi media hora.

—¡Guau! Esto se te da muy bien —admiró Ruth cogiendo el pintalabios—. ¿Quieres que me pinte los labios de rojo pasión?

—El rojo te sienta bien —replicó Paula—. Y desviará la atención de la gente hacia tus labios en lugar de hacia tus ojeras.

Obedeció a su hermana para evitar una nueva e inútil discusión e inmediatamente después se levantó, se quitó las medias, se sacudió el vestido y salió del baño alejándose por el pasillo con paso rápido.

—¡Espera! —gritó Paula corriendo tras ella.

—Necesito una copa —respondió Ruth sin pararse.

—Es que antes tengo que decirte algo.

—Cuéntamelo mientras me sirvo algo de beber.

Ruth continuó hasta el salón y miró a su alrededor con sorpresa por la espectacular transformación que había experimentado aquel

lugar. Paula se había tomado muchas molestias para organizar todo aquello e incluso había hecho instalar una carpa en la terraza con sendas estufas para exterior en cada esquina. También había colocado preciosas guirnaldas de luces con forma de mariposas blancas que llenaban el techo y las pareces de la carpa y todo brillaba a su alrededor. Había muchísima gente por todas partes, en el salón, en la terraza e incluso se había cruzado con algún grupo de personas en el pasillo. La comida, tipo buffet, estaba colocada sobre varias mesas decoradas con centros de flores frescas y varios camareros vestidos de negro paseaban bandejas de comida y bebida entre la gente.

Caminó hacia una de las mesas de la comida y sus ojos se encontraron enseguida con los de Javier. La miró con descaro y su sempiterna sonrisa lucía en su rostro perfectamente afeitado y de una belleza hipnótica. No estaba dispuesta a dejarle notar su nerviosismo, así que cogió una copa que le ofreció un camarero y se la llevó hacia los labios. Las burbujas del champán le hicieron cosquillas en la lengua y se deleitó en su sabor sintiéndose reconfortada al notar el líquido bajando por su garganta seca.

Junto a Javier, una espectacular rubia ataviada con un vestido rojo que se ajustaba a su cuerpo como una segunda piel, sonreía y se agarraba a su brazo de una forma posesiva.

—Javier ha venido acompañado. —La voz de Paula sonaba abatida y Ruth casi sintió compasión por su hermana— Llamó en el último momento preguntando si podía venir con alguien y no podíamos decirle que no.

—No importa. —Se encogió de hombros y centro su atención en las burbujas de su bebida— Comeré algo y me iré enseguida.

—No tienes que marcharte. Además, quiero presentarte a alguien —le dijo Paula tomándola del brazo y arrastrándola hasta el final de la terraza donde un pequeño grupo de personas charlaba animadamente.

Su hermana dio unos golpecitos en el hombro de un hombre de gran estatura que vestía un traje negro. Cuando se volvió hacia ellas Ruth pudo ver una cara amable y atractiva y una sonrisa encantadora. Tenía el pelo negro y algo rizado y sus ojos, del mismo color, parecían sinceros.

—Joaquín, te presento a Ruth, mi hermana pequeña —dijo Paula —. Te dejo en buenas manos, hermanita

CAPITULO 13

SOLO UN POCO

Vio cómo su hermana se marchaba y volvió su atención al hombre que tenía delante de ella. Sonrió, bebió de su copa y se quedó callada sin saber qué decir para romper el hielo. Llevaba mucho tiempo sin tener una cita y había olvidado cómo comportarse. Afortunadamente, él no parecía tener el mismo problema.

—No te pareces a Paula —observó Joaquín dirigiéndole una mirada de admiración.

—Ella se quedó con la mejor parte —bromeó Ruth.

—No estoy de acuerdo contigo —la halagó él—. Paula me ha hablado mucho de ti.

—Veo que no pierde el tiempo —masculló entre dientes.

—¿Cómo dices?

—No, nada —sonrió ampliamente—. Espero que no te haya contado algo que pueda comprometerme.

—Paula solo habla maravillas de ti. Me ha dicho que estás soltera y sin compromiso, que eres veterinaria y que estás muy comprometida con tu trabajo.

—Sí, todo eso es cierto, aunque también lo es que ella odia mi profesión —le confesó—. Mi hermana preferiría que un caballero de brillante armadura me rescatara de lo que ella considera una ingrata vida y me llevara a vivir a un palacio de cristal. No puedo estar más en desacuerdo con ella.

—Prefiero las mujeres independientes que las que necesitan ser

rescatadas y buscan un príncipe azul —dijo Joaquín—. Y mí también me gusta mi trabajo, así que supongo que tenemos algo en común y bla, bla, bla...

Joaquín siguió hablando, pero Ruth perdió el hilo de la conversación ocupada como estaba en observar a Javier y a su acompañante de aquella noche, que en aquel momento bailaban en el centro de la terraza junto a otras parejas al ritmo de “*Say Something*”. Sus ojos volvieron a encontrarse con los de Javier, que sin apartar la mirada de la suya se inclinó sobre la mujer rubia depositando un suave beso sobre su cuello, haciendo que Ruth se estremeciera de deseo.

Apartó nuevamente la mirada y la volvió hacia Joaquín, que le había preguntado algo mientras estaba concentrada en aquel beso.

—¿Has dicho algo? —preguntó ella.

—Te preguntaba si quieres bailar.

—No, gracias, soy una pésima bailarina —mintió mirando de nuevo hacia la improvisada pista de baile.

Javier se sabía observado y, de una forma descarada y provocativa, deslizó las manos a lo largo de la espalda de su pareja de baile y las depositó sobre su trasero. Ruth sintió como la sangre comenzaba a hervir en sus venas y decidió participar en el juego.

—Creo que después de todo me apetece bailar —le dijo a Joaquín arrastrándole hacia el centro de la terraza.

La música cambió en aquel momento y comenzó a sonar “*Someone like you*”, lo cual le resultó de lo más irónico. Nada más comenzar a moverse le dio un par de pisotones a Joaquín porque no lograba concentrarse en la música. En realidad, era una buena bailarina, le encantaba bailar y había recibido cientos de clases a lo

largo de su vida. La danza, junto a su amor por los animales, habían sido sus dos grandes pasiones desde muy niña. Sin embargo, en aquel momento estaba completamente concentrada en Javier y ni la música ni lo atractivo y buen bailarín que resultó ser Joaquín consiguieron su atención.

Ruth rodeó con sus brazos el cuello de Joaquín y el reaccionó apretándola contra su cuerpo. Era un hombre muy alto, tanto que ella, que con tacones se elevaba por encima del 1,80, parecía una muñequita entre sus brazos. Animada por la reacción de sorpresa que advirtió en los ojos de Javier posó la cabeza en el pecho del hombre que tenía frente a ella y cerró los ojos dejando que la música llenara sus oídos y guiara su cuerpo.

La canción acabó y disculpándose con Joaquín huyó hacia el baño. Necesitaba estar unos minutos a solas, no le gustaba como se estaba comportando aquella noche. Se sentía furiosa consigo misma por aquel fuego que la consumía por dentro con solo una mirada de aquel hombre, que estaba jugando con ella desde que se conocieron.

¿Por qué demonios se había asegurado de su presencia aquella noche en casa de José y Paula si después había decidido ir acompañado?

Se miró en el espejo una vez más. Aquella noche lo había hecho más veces que en todos los meses anteriores. Las molestias que su hermana se había tomado con su pelo un rato antes no habían servido para nada y, una vez más, multitud de mechones oscuros caían de cualquier manera en torno a su cara.

Se sobresaltó cuando la puerta del baño se abrió de repente y descubrió tras ella a Javier con los ojos brillantes, un mechón de pelo cayendo sobre su ojo derecho y aquella sonrisa que era

condenadamente sexy y que le habría gustado borrar a besos.

—¿Qué estás haciendo aquí? —le preguntó volviéndose hacia él —. El baño está ocupado.

Javier no respondió, cerró la puerta tras él y se acercó a ella peligrosamente. Intentó alejarse, pero había poco espacio y tenía el lavabo justo detrás impidiendo que se moviera.

—Deberías hacerte mirar esa manía tuya de seguirme hasta el baño —le dijo sin poder apartar la vista de sus labios.

—Creo que el otro día dejamos algo pendiente —dijo él tomándola por la cintura y atrayéndola hacía su cuerpo.

Sintió el aliento de él en su rostro y respiró hondo intentando hacer acopio de toda su fuerza de voluntad para apartarse, pero lejos de escapar, cuando sintió los labios de él sobre los suyos respondió de una forma tan vehemente y pasional que hasta ella misma se sintió sorprendida por su reacción. Separó los labios y buscó su lengua. Él bajó las manos hasta su cadera y el simple roce de sus dedos por encima de la ropa provocó que cada una de las terminaciones nerviosas de su cuerpo reaccionaran a la vez, provocando un volcán de dimensiones desconocidas.

Cada beso, cada roce y cada mirada, conseguían que la temperatura de su cuerpo se elevara y que el corazón le latiera desbocado. Cuando sus labios le recorrieron el cuello y sintió su lengua, caliente y húmeda, deslizándose sobre su piel, notó como los músculos de todo su cuerpo se relajaban preparando su cuerpo para lo que vendría a continuación.

Ruth sabía que su hermana estaba a solo unos metros y que nuevamente Javier estaba acompañado por otra mujer. No eran el momento ni el lugar idóneos para aquello, debía recuperar la cordura

y regresar a la fiesta, pero el deseo que aquel hombre despertaba en ella volvió a sacudirla apartando de su mente todo lo demás.

Javier la alzó sobre el lavabo y le subió el vestido hasta la cintura dejando a la vista un pequeñísimo tanga de encaje negro. En cuanto la acarició por encima de la fina tela de encaje, sintió que su sexo se humedecía y se mordió los labios intentando acallar un gemido. Ruth tiró de su camisa y comenzó a desabotonarla despacio, deleitándose en cada porción de su cuerpo y admirando el musculoso pecho que comenzaba a aparecer ante sus ojos. Mientras tanto, las manos de Javier acariciaron suavemente sus muslos y sus dedos se colaron bajo el tanga abriéndose paso hacia su interior. Separó las piernas para facilitarle el paso y cerró los ojos para disfrutar plenamente de cada una de las caricias que él le prodigaba.

—Eres preciosa —le susurró al oído con voz ronca, soltándole el pelo que se derramó sobre sus hombros—. He querido hacer esto desde la primera vez que te vi— le dijo volviendo a atrapar sus labios y besándola de una forma salvaje.

—¡Ruth! —La voz de su hermana tras la puerta del baño la hizo volver a la realidad— ¿Estás ahí?

—Sí, estoy...estoy aquí —su voz sonó ronca y ahogada a pesar de sus esfuerzos por disimular.

—¿Estás bien?

—Perfectamente —respondió.

—Joaquín te está esperando —le recordó Paula.

Oyó los pasos de su hermana alejándose por el pasillo y suspiró largamente. De nuevo, había estado a punto de perder la cabeza junto a aquel hombre sin importarle quién ni cómo pudiera llegar a descubrirlos, y se sintió mal por su escasa fuerza de voluntad para

luchar contra aquel torbellino de emociones, que sentía cada vez que estaba a su lado.

—Tengo que salir de aquí —le dijo a Javier, que en aquel momento intentó volver a besarla.

—No puedes irte ahora —Javier la atrapó de nuevo con su cuerpo impidiéndole el paso.

Ruth le empujó suavemente apartándole de su cuerpo y se colocó la ropa sin atreverse a mirarle a los ojos. Temía que al hacerlo cambiaría de opinión y se quedaría allí para acabar lo que habían empezado aquella noche.

Se volvió hacia el espejo y comprobó que tenía el pelo revuelto, los ojos brillantes y los labios enrojecidos. Miro a Javier de reojo y vio que él la observaba a través del espejo mientras volvía a abotonarse la camisa.

—Tendremos que acabar con esto en algún momento —afirmó él sin apartar la mirada, y Ruth no supo si se trataba de una orden o una promesa.

—Quizá puedas acabarlo con otra —sugirió ella abriendo la puerta del baño dispuesta a alejarse de él inmediatamente.

El soltó una carcajada ante aquellas palabras y se sintió furiosa por el modo en que era capaz de jugar con ella. Nuevamente, había estado a punto de tener sexo con un hombre al que odiaba y del que desde el principio supo que debía mantenerse alejada.

Joaquín salió a su paso nada más verla. Su sonrisa, amable y sincera, fue un bálsamo para su tormentoso estado de ánimo y decidió que él era tipo de hombre que la convenía y no uno que fuese capaz de jugar con ella a su antojo.

CAPITULO 14

ARDIÓ MI MEMORIA

Despertó rodeada por unos brazos extraños y entonces recordó lo sucedido la noche anterior. La fiesta, el intenso reencuentro con Javier, el ofrecimiento de Joaquín de llevarla a casa porque había bebido demasiado y, una vez en el coche, los labios de él sobre los suyos.

Recordaba vagamente como llegaron a casa de él, a su habitación y a su cama, para acabar lo que horas antes había comenzado con otro hombre. Pero Joaquín no despertaba en ella ninguna de las sensaciones que había experimentado entre los brazos de Javier.

Había sido un error acostarse con él, que se había comportado de una forma muy generosa intentando satisfacer cada uno de sus deseos y tratándola como a una diosa. Ella, sin embargo, no había estado a la altura de las circunstancias y no había sido capaz de borrar de su mente el rostro de Javier. Apenas conocía a Joaquín, pero se sentía culpable por haberle utilizado de aquella manera.

Se levantó despacio, intentando no hacer ruido para no despertarle, y recogió su ropa que estaba esparcida por el suelo de la habitación. Se vistió en el baño evitando mirarse en el espejo y se marchó inmediatamente sin despedirse.

La noche anterior había dejado el coche aparcado en el barrio donde residía su hermana y fue a buscarlo antes de regresar a su casa. Sin embargo, una vez dentro del vehículo, se dirigió a casa de

Úrsula. Le apetecía desahogarse con su amiga, elle la escucharía y no la juzgaría como siempre hacia su familia.

Puso la radio y la voz de Manolo García la envolvió como una suave caricia. Aunque después de un rato, la canción, que hablaba de besar a una persona cuando estás pensando en otra, resultó ser una premonición y apagó la radio intentando poner orden en su mente.

Santi y Ulrich la recibieron con la misma alegría con que solían hacerlo en cada ocasión y buscaron en su bolso la golosina que llevaba cada vez que los visitaba, aunque esta vez no tuvieron suerte y su pequeño bolso rojo no contenía nada que pudiera interesarles. Darty, al que acababan de operar el día anterior y que yacía convaleciente en su cama, observaba atentamente a sus compañeros. Algún día el también saldría a recibirla a la puerta y husmearía en su bolso como hacían los otros.

Úrsula preparó café y no le preguntó el motivo por el cual había ido a su casa un domingo a las diez de la mañana, ataviada con un vestido negro y zapatos de tacón de aguja. Esa era una de las cosas que más le gustaba de su amiga. Nunca la forzaba a hablar y esperaba pacientemente a que ella lo hiciera por propia voluntad, algo que no tardó en suceder.

—He pasado la noche con un hombre que conocí en la fiesta de Paula —soltó Ruth de pronto, cuando Úrsula le puso una taza de café delante—. Javier llegó acompañado de otra mujer, pero eso no le impidió seguirme nuevamente hasta el baño y retomar las cosas donde las dejamos una semana antes.

—¿Cómo dices? —Úrsula parpadeó un par de veces intentando procesar toda la información que su amiga acababa proporcionarle y que había resumido en un par de frases.

—Sé que todo lo que cuento te parecerá muy raro, pero eso es exactamente lo que sucedió —continuó Ruth—. Paula evitó que Javier y yo llegáramos hasta el final y yo... yo... sé que no debí irme a la cama con Joaquín y utilizarle de esa manera, ese no es mi estilo, pero lo hice y me siento fatal por ello.

—Veo que has tenido una noche muy intensa.

—Sí, ha sido una noche intensa y extraña. La historia con Javier comienza a ser molesta y respecto a Joaquín, no es mi tipo, aunque debería serlo porque es un hombre agradable, atractivo y estoy segura de que también es digno de confianza. —Ruth suspiró largamente y miró a su amiga a los ojos—. Estoy hecha un lío. No quería que las cosas con Javier llegaran tan lejos. Ni siquiera me cae bien, pero al verle acompañado por aquella mujer yo... .—Suspiró— ¿Por qué quería saber si yo estaría allí si pensaba ir acompañado? No paro de darle vueltas a la misma pregunta todo el tiempo.

—Yo tampoco conozco la respuesta. Para mí los hombres siempre han sido un enigma y estas cosas no me ayudan a entenderlos —le confesó Úrsula—. No sé por qué motivo quería saber si estarías en la fiesta de tu hermana, ni el motivo por el que fue acompañado de otra mujer y luego intentó montárselo contigo en el baño.

—Creo que necesito un analgésico para el dolor de cabeza. No quiero pensar más en ese hombre y mucho menos tener que verle de nuevo. Además, me siento horrible por mi comportamiento con Joaquín —Ruth colocó la cabeza entre sus manos sintiéndose abatida.

—No deberías preocuparte por Joaquín. Los hombres hacen constantemente ese tipo de cosas y luego si te he visto, no me

acuerdo —la tranquilizó Úrsula mientras buscaba un analgésico en un cajón de la cocina.

—Tienes razón, pero eso no me hace sentir mejor.

—Llama a Javier y acaba con esto de una vez —le aconsejó su amiga tendiéndole un analgésico—. Está claro que os sentís sexualmente atraídos y creo que el único modo de pasar página sería acabando lo que ambos habéis comenzado, y si es posible, en un lugar donde nadie pueda sorprenderos. A menos que os vayan ese tipo de cosas.

—¡No puedo llamarle! Es... peligroso.

—¿Quieres decir que es el tipo de hombre del que podrías enamorarte?

—No lo sé, pero nadie me había hecho sentir así antes. Todo esto es nuevo para mí.

—Ya veo —Úrsula suspiró y movió la cabeza de un lado a otro.

—¿Qué quieres decir?

—Yo sentí exactamente lo mismo cuando conocí a mi ex marido. Había estado con otros hombres antes, pero cuando nuestros ojos se encontraron por primera vez supe que ninguno de ellos había significado nada para mí hasta entonces.

—No estoy enamorada de él —se apresuró a asegurar Ruth—. Es solo que me hace sentir cosas que... Pero no es amor. ¿Cómo podría enamorarme de un hombre al que apenas conozco y que ni siquiera me cae bien?

—Cariño, esa misma pregunta me la hice yo un millón de veces cuando conocí a Juan. Lamento decirte que jamás encontré la respuesta.

Las palabras de Úrsula seguían dando vueltas en su cabeza

horas más tarde. Su amiga siempre decía algo que la hacía pensar o ver las cosas desde un punto de vista diferente.

Se metió en la cama temprano dispuesta a dormirse y dejar atrás todo lo sucedido durante el fin de semana, pero horas más tarde seguía despierta y tuvo que levantarse a tomar un vaso de leche caliente que le ayudara a conciliar el sueño.

No fue hasta el amanecer cuando se quedó dormida y cuando sonó el despertador, por primera vez en su vida, lamentó tener que levantarse para ir al trabajo.

¿Hasta cuándo iba a durar aquello?

CAPITULO 15

ZAPATERO

El trabajo volvió a ser su tabla de salvación a lo largo de aquella semana. Trabajó sin descanso atendiendo la clínica mañana y tarde, y a medio día se desplazaba a los diferentes albergues con los que colaboraba para hacer el seguimiento de aquellos animales que estaban en tratamiento o atender urgencias menores.

Toda aquella actividad no era estrictamente necesaria, pero quería que su mente estuviese completamente ocupada para no poder pensar en otra cosa.

Siempre había trabajado duro, pero aquella semana se dejó la piel. Llegaba a casa tan cansada que tras una ducha rápida y una cena ligera se metía en la cama y se quedaba inmediatamente dormida hasta el día siguiente.

Aquel había sido un día especialmente intenso. A última hora, Francis, voluntaria de AIBA, había ido a la clínica con tres cachorros de gato que alguien había dejado abandonados en una caja de cartón al lado de un contenedor de basura. Estaban muy delgaditos y uno de ellos murió antes de llegar a la clínica.

Ruth exploró a los dos bebés que lograron sobrevivir. Francis los había bautizado como Foto y Pets y no podían ser más diferentes. Foto era una bonita hembra blanca y negra, parecía una bolita de pelo y su nariz era de un suave tono rosado. Pets era un macho de mayor tamaño cubierto por un precioso manto de pelo de color negro y su pecho, al igual que sus patas, era blanco

nueva batalla dialéctica.

—He estado en la clínica todo el día. Trabajo allí, mamá, aunque supongo que a estas alturas ya lo sabes.

—Yo nunca me olvido de nada —respondió ella ásperamente—, aunque supongo que tú has olvidado la comida del domingo.

Ruth recordó vagamente la conversación que unas semanas atrás había mantenido con su madre y su hermana. Habían decidido celebrar una comida familiar el último domingo de cada mes y ella no le había dado demasiada importancia porque su madre pasaba muy poco tiempo en Madrid. Pero el mes acababa y su madre aún no se había marchado a la playa, algo que empezaba a necesitar con urgencia.

—No lo he olvidado —mintió.

—En ese caso nos vemos el domingo. —Y una vez más, su madre colgó el teléfono sin despedirse.

Volvió a meterse en la bañera y dejó el teléfono a mano por si alguien volvía a llamar. El agua había comenzado a enfriarse y no resultaba tan placentera como unos minutos antes, pero se sentía moralmente obligada a permanecer allí un rato más después de la cantidad de litros que había gastado para darse un capricho.

Cerró nuevamente los ojos y se dispuso a seguir disfrutando de aquel momento, pero el timbre del teléfono la interrumpió de nuevo.

—Hola, Ruth, soy Joaquín —le explicó una voz al otro lado de la línea telefónica.

—Hola, Joaquín— le saludó con desgana.

—¿Estás ocupada?

—Intentaba darme un baño, pero voy a tener que dejarlo para otro día.

—Puedo acercarme a tu casa y frotarte la espalda —sugirió él.

—Joaquín yo... tú... nosotros —a ese paso iba a enumerar todos los pronombres personales y aún no había hecho ni una frase—, nosotros... creo que fue un error.

—¿Un error? Pensaba que los dos lo habíamos pasado bien la otra noche. —Parecía decepcionado y Ruth se lamentó por su falta de tacto.

—Y fue divertido —le aseguró—, pero no quiero una relación seria con nadie. En realidad, en este momento de mi vida preferiría no tener ningún tipo de relación sentimental.

—¿Por qué no cenamos juntos el sábado? —propuso él haciendo caso omiso de lo que acababa de decirle.

—No creo que...

—Te prometo que esta vez iremos más despacio —la interrumpió—. Cenaremos y después te llevaré a casa. Lo prometo.

—Te lo agradezco, pero no creo que sea buena idea. Además, soy vegetariana y...

—Iremos a un restaurante vegetariano, conozco el sitio perfecto —se apresuró a decir él—. Y te advierto que no voy a colgar hasta que aceptes la invitación

—Está bien —se rindió—. Iré a cenar contigo.

—Te recogeré a las nueve.

—De acuerdo. Te pasaré mi dirección por Whatsapp.

—No es necesario, José me dio tu dirección y tu teléfono —le confesó él alegremente.

Se prometió que cuando volviera a ver a José tendría con él algunas palabras y no precisamente amables. El hecho de que facilitara sus datos a cualquiera que se los pidiera la ponía furiosa.

¿Quién se había creído que era para darle su número de teléfono e incluso la dirección de su casa a Joaquín sin ni siquiera preguntar antes de hacerlo?

El momento de relajarse había pasado. Tiró del tapón de la bañera y vio como se vaciaba lentamente. El buen humor con el que había comenzado la velada se había ido también por el desagüe y la culpa de todo la tenía, una vez más, su propia familia.

CAPITULO 16

CON LOS HOMBRES AZULES

Joaquín la esperaba en la calle. Hacía más de diez minutos que había llegado y, aunque estaba preparada, decidió hacerle esperar.

Antes de salir volvió a mirarse en el espejo, últimamente lo hacía demasiado, y se sintió satisfecha con su aspecto. Lejos de arreglarse para la ocasión se había puesto unos pantalones vaqueros, un grueso jersey de lana rojo con cuello vuelto y unas botas negras de caña alta. Además, se había recogido el pelo en una coleta alta y solo se había aplicado un poco de brillo en los labios. Lo había hecho a propósito ya que lo que menos deseaba aquella noche era que Joaquín se fijara en ella. Con un poco de suerte su look antisexy cuidadosamente estudiado daría resultado.

Joaquín la esperaba apoyado en su coche, un Mercedes ML de color negro que indicaba claramente la imagen que quería transmitir. Vestía una camisa de rayas blancas y azules y unos clásicos pantalones de pinzas azul marino. Era atractivo y estaba segura de que tendría una larga lista de mujeres esperando en la puerta de su casa, pero no conseguía despertar en ella más pasión que los Teletubbies.

Nada más verla se acercó a ella con una amplia sonrisa y la besó suavemente en los labios, pero lo único que sintió es que estaba perdiendo el tiempo con aquel hombre y que también se lo haría perder a él.

Comportándose como un caballero de la vieja escuela, le abrió la

puerta del coche y se aseguró de que estaba cómodamente instalada antes de volver a su asiento. La llevó a un restaurante vegetariano, se dejó aconsejar a la hora de pedir e incluso la escuchó atentamente cada vez que tuvo algo que decir.

Tenía ante ella a un hombre atento, atractivo, inteligente y amable y, sin embargo, no pudo evitar compararle con Javier, y aunque este último era odioso y prepotente, salió ganando en cada una de las comparaciones.

Joaquín era abogado en la empresa inmobiliaria en la que también trabajaba José y de la que Javier era director en Madrid. Su trabajo le apasionaba. Muestra de ello era el brillo que desprendían sus ojos al hablar y la vehemencia con la que pronunciaba cada una de las palabras que salían de sus labios. Podía entenderlo porque ella sentía exactamente lo mismo por su trabajo, pero le resultaba mortalmente aburrido estar allí con él la noche de un sábado, oyéndole hablar de fondos buitres, banco malo, hipotecas e incluso desahucios.

En aquel momento estaba enumerando las bondades del rescate bancario que el gobierno había hecho años atrás y alabando la decisión de crear la S.A.R.E.B (Sociedad de Gestión de Activos Procedentes de la Reestructuración Bancaria), también conocido como banco malo. Ruth sintió que la sangre comenzaba a hervir en sus venas y para mantener la calma bebió agua, respiró hondo un par de veces, contó hasta cien mentalmente e incluso tamborileó con los dedos sobre la mesa, pero finalmente no pudo más y terminó explotando.

—¿Cómo puedes decir que rescatar bancos en lugar de personas o crear un banco malo, que ha resultado ser un auténtico fracaso, es

digno de alabanza?

—Porque es lo que creo —afirmó él sorprendido por su repentino estallido.

—Pues a mí me parece una mierda —le espetó ella—. Al final ha sucedido lo de siempre, se privatizan los beneficios y se socializan las perdidas, es decir, que han vuelto a estafarnos.

—Creo que estas equivocada, el rescate bancario era la única salida y, en cualquier caso, siempre habrá quien haga negocio en época de crisis. Eres empresaria y deberías saberlo.

—Yo no juego con la salud de mis pacientes ni antepongo mis beneficios económicos a sus necesidades —se defendió ella.

—¿Quieres decir que no obtienes nada a cambio de tu trabajo? —preguntó sorprendido.

—Yo no he dicho eso. Por supuesto que cobro por mi trabajo, pero la crisis ha originado que muchas personas estén pasando serias dificultades. No me ha quedado más remedio que adaptarme a sus necesidades y hacer todo lo posible por ayudarlos. Además, colaboro con muchas protectoras, unas veces de forma gratuita y otras con precios muy reducidos —le explico molesta.

—De ese modo nunca llegarás demasiado lejos. Deberías replantearte las cosas y... —observó él.

—No quiero llegar lejos, al menos no de la manera que tú lo interpretas.

Ruth bajó la vista hacia su plato, había perdido el apetito y en ese momento tuvo la certeza de que la noche había acabado. Sabía que sus opiniones políticas no eran bien recibidas entre las amistades de José y Paula. Todos ellos eran personas que disponían de recursos económicos suficientes y no tenían ni idea de lo mal que lo estaban

pasando millones de personas a causa de la crisis.

Joaquín era igual que ellos. Su ropa, su reloj, su billetera y hasta el coche que conducía eran signos visibles de su poder económico y de cómo lo manifestaba ante cuantos le rodeaban. Tal vez él necesitara todo aquello para ser feliz, pero no era su caso.

Intentó negarse a que él pagara la cena y terminó aceptando para no iniciar una nueva discusión que no les llevaría a ninguna parte, pero no estaba dispuesta a aceptar que la llevara a casa.

—Llamaré a un taxi para volver a casa —le dijo una vez en la calle.

—Puedo llevarte yo.

—Sí, lo sé, la cuestión es que prefiero que no lo hagas.

—Esperaré a que llegue el taxi —insistió él que parecía no querer marcharse ni darse por vencido.

—Preferiría hacerlo sola.

Joaquín asintió y le vio alejarse hacia su coche con la cabeza agachada y las manos en los bolsillos de los pantalones.

Había sido un error aceptar su invitación aquella noche, al igual que lo había sido acostarse con él unos días antes. Una y otra vez tropezaba con la misma piedra, aunque aquella vez intentaría apartarla de su camino para siempre.

CAPITULO 17

POR RESPIRAR

Paula abrió la puerta de la casa de su madre con una enorme sonrisa en los labios. Incluso la besó en la mejilla, la cogió del brazo para acompañarla hasta el salón y le contó que allí la esperaba una pequeña sorpresa.

A Ruth no le gustaban las sorpresas que su hermana solía darle y que siempre estaban relacionadas con un hombre. Caminó con cautela junto a Paula a lo largo del pasillo y contuvo la respiración cuando llegaron a la puerta del salón ante el pánico que la provocaba lo que iba a encontrar.

José, sentado en un sillón con una copa de vino en la mano, se levantó nada más verla y le dio un beso en la mejilla. Miró de reojo hacia el lugar donde estaba sentada su madre y la alta figura junto a ella hizo que se le cortara la respiración y que deseara escapar de allí cuanto antes. Javier la miraba con sus ojos de un intenso color azul cielo y sonreía de tal modo que hacía que su corazón latiera desbocado. Solo pensar en aquellos labios sobre los suyos hizo que se sintiera mareada y cerró los ojos un momento intentando serenarse.

—Tu hermana nos ha traído una sorpresa —dijo su madre, que también sonreía aquella mañana.

—Javier nos llamó para invitarnos a comer, pero le dijimos que teníamos planes y decidimos incluirle en ellos —le explicó Paula.

Ruth no sabía que decir, así que sonrió como el resto de las

personas que la rodeaban y fue a besar a su madre. Javier aprovechó la ocasión para ponerse en pie y darle un beso en la mejilla que volvió a dejarla sin respiración. A ese paso necesitaría una bombona de oxígeno para no desmayarse.

La comida transcurrió de forma pacífica. Paula y su madre habían enterrado el hacha de guerra en presencia de Javier y aquel día todo eran sonrisas, amabilidad y un montón de halagos dirigidos a Javier y ella. Si no hubiese estado allí para verlo ella misma nunca lo habría creído, pero estaba allí y no podía negar que aquellas dos mujeres eran dos alcahuetas de primera.

—Cuando Ruth era pequeña soñaba con ser una princesa —dijo su madre, y estuvo a punto de atragantarse con la comida—. Le encantaban los cuentos de princesas, especialmente La Cenicienta.

Ruth no podía creer que su madre estuviese diciendo aquello. No recordaba haber leído un solo cuento de aquel tipo en toda su vida y lo único que le atraía de la película La Cenicienta, que su hermana había visto cientos de veces, eran los pajarillos, los ratones, los caballos y el malvado gato.

—Ruth veía esa película a todas horas —confirmó su hermana—. ¿Verdad, querida?

—No lo recuerdo —respondió ella—. Supongo que era demasiado pequeña y ha pasado mucho tiempo desde entonces.

—No te imagino queriendo ser una princesa —opinó Javier mirándola a los ojos—. Sin embargo, ese papel sería perfecto para ti, Paula —dijo volviéndose hacia su hermana.

—¿De verdad lo crees? —preguntó ella sonrojándose y tomándose aquello como un cumplido, aunque Ruth estaba segura de esa no era la intención de Javier.

Tomaron café en el salón mientras que Ruth no dejaba de mirar el reloj maldiciendo por lo despacio que pasaba el tiempo. No soportaba el modo complaciente en que su madre y su hermana se comportaban delante de Javier. Sabía por experiencia que solo fingían y que si hubiesen estado solos no habría habido sonrisas y palabras amables, sino malas caras y sermones de todos los colores dirigidos únicamente a ella.

Soportó la tertulia tras el café, aunque apenas intervino en la conversación, y en cuanto miró el reloj y vio que eran más de las cinco empezó a pensar en alguna excusa para marcharse. No la encontró y decidió que igualmente se iría. Estaba segura de que ni Teresa ni Paula se atreverían a sacar a relucir su verdadera personalidad delante de Javier.

—Tengo que irme —informó a su familia—. Aún tengo muchas cosas que hacer y mañana tengo un día complicado.

—Pero no puedes irte todavía —se quejó su madre.

—¿Por qué siempre tienes tanta prisa? —le recriminó su hermana.

—Yo también tengo que marcharme —intervino Javier—. He disfrutado mucho de la comida y la compañía, pero también tengo algunas cosas que hacer. Puedo llevarte a casa si quieres —dijo volviéndose hacia ella.

—Pues claro que sí —aceptó su madre—. Ruth siempre viene en metro y estoy segura de que estará encantada de que la lleves, ¿verdad, cariño?

Ruth estaba cada vez mas sorprendida. Su madre nunca la llamaba cariño, de hecho, creía que era la primera vez que se había dirigido a ella con ese término.

—Es una idea excelente— cloqueó su hermana.

Todos la estaban mirando y esperando una respuesta ya que, a excepción de José, era la única que no se había pronunciado al respecto. Aquello parecía una emboscada y la única forma de salir con vida era aceptando el ofrecimiento de Javier.

—Sí, claro. Te lo agradezco —le dijo con media sonrisa aunque su voz no mostró el menor entusiasmo.

Teresa y Paula los despidieron con besos y abrazos y aprovecharon el momento para susurrarle a Ruth sendos consejos al oído,

Cuando llegaron a la calle, la presión que había notado en el pecho durante el tiempo que estuvo en casa de su madre la abandonó y suspiró sintiendo un inmenso alivio.

CAPITULO 18

SUAVE, SUAVE

—No tienes que llevarme —le dijo a Javier—. De hecho, no quiero que me lleves.

—He prometido a tu madre que te llevaría a casa y un caballero siempre cumple su palabra— bromeo él.

—¡Son insoportables! —exclamó ella—. Prefiero no discutir con ellas, pero ahora que estamos solos no tenemos que seguir fingiendo.

—Yo no estoy fingiendo —aseguró Javier—. No tengo nada mejor que hacer que llevarte a casa y...

—Preferiría que no insistieras y te agradecería que no volvieras a aceptar ninguna invitación de mi familia, a menos que sepas que yo no estaré —le pidió ella.

—La única razón por la que he aceptado la invitación de tu hermana es porque sabía que tú estarías aquí.

—Pues si yo hubiese sabido que me iba a encontrar contigo me habría quedado en casa —le espetó ella comenzando a caminar.

—¿Dónde crees que vas? —preguntó él cogiéndola del brazo—. Sabes que lo que estás diciendo no es verdad. Tienes tantas ganas de verme como yo a ti. Reconócelo —le dijo acariciándole la mejilla con la punta de los dedos.

—Eres tan engreído que...

Javier la calló con un beso. La agarró por la nuca y antes de que pudiera decir nada más se encontró entre sus brazos, con los labios enterrados en los suyos y sintiendo que tocaba el cielo con la punta

de los dedos.

Nadie la había besado jamás de aquel modo y cuando la rodeó la cintura con sus brazos y la estrechó fuertemente contra su cuerpo, se aferró a él casi con desesperación.

—Podríamos... —le susurró el separándose apenas unos centímetros de sus labios.

—Sí —aceptó ella sin dejar que acabara la frase y asumiendo que aquello era lo que más deseaba.

Deseo. Era todo en lo que Ruth podía pensar durante el trayecto a su casa, mientras subían en el ascensor sin dejar de besarse y tocarse, y cuando intentaba torpemente abrir la puerta y no atinaba a meter la llave en la cerradura.

Se abalanzó sobre él apenas traspasaron el umbral de la puerta y tiró de su chaqueta al tiempo que desabotonaba su camisa y la rasgaba, acuciada por el deseo y la anticipación. Sin aliento, admiró su amplio pecho, los brazos fuertes y musculados y la suave curva de su cuello que pedía a gritos ser lamida y besada hasta el último pliegue de su piel.

Él suspiró de placer al sentir los labios de ella bajando desde el cuello hasta sus hombros y soltó su pelo dejando que se esparciera libremente sobre sus hombros. Ruth deslizó las manos hasta su cintura y le desabrochó los pantalones para continuar la exploración. Notó su miembro duro y erecto y quiso liberarlo de su prisión de inmediato. Pero Javier estaba demasiado impaciente por poner sus manos sobre ella y tomándola entre sus brazos la depositó sobre la mesa del comedor, y se deshizo de la camiseta y el sujetador con un solo movimiento preciso y ágil.

Besó cada uno de sus pechos, los lamió, los mordió y jugó con la

lengua sobre sus pezones haciéndola gemir de placer. Ruth volvió a poner las manos sobre su miembro erecto y las movió arriba y abajo notando como el cuerpo de él temblaba haciéndola arder de deseo. Las manos de Javier bajaron hacia su sexo deshaciéndose de sus bragas y se posaron sobre él con suavidad. Ruth notó como se humedecía y cuando él hundió los dedos dentro de ella, se mordió los labios muerta de placer y deseo. No podía esperar más, en realidad, no quería esperar más y así se lo hizo saber.

—Estoy preparada —susurró con voz ahogada deseando sentirle dentro de ella

—Lo estás —confirmó él moviendo aún los dedos en su interior—. Deliciosamente preparada.

Javier no la hizo esperar, parecía estar tan excitado como ella y deseoso de consumir aquel acto que habían iniciado semanas atrás. La penetró despacio, llenándola por completo con su sexo y entró y salió de su interior volviéndola loca, arrancándole un gemido en cada embestida.

Ruth le devoró los labios, los mordió y succionó con avidez y le incitó con sus movimientos a que se moviera cada vez más fuerte y más duro. Nunca, hasta entonces, se había sentido tan salvaje y dispuesta a hacer cualquier cosa como lo estaba en aquel momento.

—Me vuelves loco —susurró él apenas sin aliento mientras ella seguía besándole, tragándose su aliento, sus palabras y sus gemidos.

Al borde del éxtasis, le rodeó la cintura con las piernas apretándole más contra ella y provocando que de su garganta saliera un profundo gemido de placer.

—Vas a hacer que...—comenzó él a decir.

—Sigue —le pidió ella—. No pares, por favor.

Javier acató sus órdenes aumentando el ritmo de sus movimientos y lanzándola directamente hacia el clímax. Ruth tuvo un profundo e intenso orgasmo mientras él la miraba a los ojos y se vaciaba por completo en su interior.

Los músculos de su cuerpo se relajaron, su respiración comenzó a calmarse y su ritmo cardiaco disminuyó lentamente hasta recuperar la normalidad. Había sido increíble. Mientras sus respiraciones se acompasaban siguió saboreando cada uno de los segundos que acababan de compartir y sintió que, muy a su pesar, estaba deseando volver a repetir aquella experiencia paso a paso. Entonces, Javier la tomó en brazos y la llevó a su habitación tumbándola en la cama para después tenderse a su lado.

—No puedo saciarme de ti —murmuró él junto a su oído.

—Tampoco yo puedo saciarme de ti —respondió ella.

Horas después, de madrugada, Ruth notó un enorme vacío en la cama y supuso que Javier se había marchado sin despedirse. Sin embargo, se levantó para comprobarlo y recorrió la casa hasta el último rincón. Tal y como había supuesto, él no estaba en ninguna parte y la decepción y una abrumadora tristeza se instalaron en ella.

Resultaba doloroso saber que había huido en mitad de la noche sin decirle adiós y abrumada por los sentimientos que comenzaron a embargarla, volvió a la cama. Su olor se había quedado impregnado en las sábanas y su presencia era tan fuerte, que aún podía sentirla en cada poro de su piel.

CAPITULO 19

SERENA BARCA

El trabajo había ido aumentando progresivamente en los últimos meses y cada día debía dedicar más horas a la clínica, lo cual le restaba tiempo para atender las urgencias de las protectoras, que en los últimos días se habían multiplicado. Ruth había tardado cinco años en llegar hasta allí y ahora que lo había conseguido se sentía desbordada. Ni siquiera la buena disposición de Sonia y el elevado número de horas que dedicaba cada día al trabajo, eran suficientes para abarcarlo todo.

La mayoría de los días se veía obligada a comer en la clínica, mientras actualizaba los expedientes en el ordenador y enviaba las facturas que debía entregar a la gestoría que se hacía cargo de la contabilidad. Un sándwich mientras tecleaba en el ordenador no era suficiente para mantener una alimentación sana y equilibrada. Su cuerpo empezaba a notar los excesos. Necesitaba con urgencia contratar a una persona con experiencia y se prometió que en cuanto tuviese un minuto libre pondría manos a la obra, antes de que el agotamiento la venciera o tuviera que dejar de atender a los clientes que tanto esfuerzo y trabajo le había costado conseguir.

El jueves por la tarde al salir de la clínica decidió ir al albergue de Rescatados. Resultaría un cambio agradable en su rutina y sabía que Úrsula estaría allí, porque era uno de los días en los que su amiga ayudaba en las labores de mantenimiento del albergue.

En cuanto cruzó la verja, todos los perros que vivían allí, que en

aquel momento eran casi treinta, acudieron inmediatamente a recibirla con gran algarabía. Saludó a todos ellos dedicándoles una caricia y una palabra amable, y deseó que pronto encontraran una familia y dejaran atrás todas las experiencias traumáticas que hasta entonces habían tenido que vivir.

El albergue estaba atendido cada día por voluntarios que iban en turnos de mañana y tarde. A ninguno de los animales les faltaba comida, agua, una caricia, una palabra de cariño o un techo bajo el que cobijarse, pero no era el lugar adecuado para ellos. Necesitaban un verdadero hogar y una familia con la que poder compartir el resto de sus vidas.

Todos ellos habían sido abandonados por personas irresponsables, que en ningún momento se habían parado a pensar cuál sería su destino. Poco o nada sabían de las historias que aquellos maravillosos seres arrastraban a sus espaldas, pero podían leer en sus miradas el miedo, la desconfianza y la tristeza. Sin embargo, a pesar de sus trágicas historias y sus negativas experiencias, estaban dispuestos a pasar página y a darles a los humanos esa segunda oportunidad que ellos mismos estaban esperando.

El ladrido de los perros alertó a Úrsula, que salió del edificio blanco donde se encontraban los cheniles de los perros.

—¿Un día duro? —preguntó su amiga al verla.

—Sí, en realidad, ha sido una semana dura —respondió ella—. Aún así he venido a echarle una mano.

—Ya que estas aquí podrías echarle un vistazo a Barro, tiene una herida en el costado izquierdo y creo que necesita puntos.

—De acuerdo —aceptó buscando a Barro, un precioso galgo

atigrado muy juguetón y cariñoso al que todos llamaban el galgo cazamariposas porque le gustaba perseguirlas y jugar con ellas.

Limpió la herida del galgo y le puso un par de grapas ya que era una herida pequeña que probablemente se había hecho jugando con otro compañero. Después, aunque ya era de noche y la temperatura bastante baja, cogió algunas pelotas y se dispuso a lanzárselas a los perros, que alegres, se prestaron inmediatamente al juego.

Úrsula y el resto de voluntarias habían hecho un trabajo excepcional en aquel lugar. Cuando llegaron era tan solo una nave vacía, fría y sucia rodeada de un terreno amplio lleno de malas hierbas y de una maltrecha valla. Según fueron recaudando fondos hicieron los cambios necesarios para adaptar el lugar a las necesidades de los perros y los gatos mediante la construcción de cheniles y gateras. Las malas hierbas habían desaparecido y en su lugar había arena, árboles e incluso algunas piscinas en verano para que los perros pudieran refrescarse bajo el sol abrasador.

La zona ocupada por los gatos eran un par de habitaciones grandes y luminosas con tubos que recorrían las paredes de un lado a otro y que se abrían a un patio enrejado donde podían tomar el sol.

Viéndolos jugar cualquiera podría pensar que eran felices y Ruth sabía, que después de todo lo que habían sufrido hasta ser rescatados, probablemente aquella vida era la mejor que habían conocido.

CAPITULO 20

NUNCA EL TIEMPO ES PERDIDO

—Sonia, deberías marcharte ya a casa —eran las nueve menos cuarto de la noche y le removía la conciencia que su empleada aún estuviese allí fuera de su horario laboral.

—¿Estás segura? Puedo quedarme si quieres.

—Prácticamente he acabado y debes estar cansada después de la intensa semana de trabajo que hemos tenido.

—Ha sido una semana de locos —reconoció Sonia—, pero no me importa porque estoy aprendiendo mucho.

—Aprendes rápido porque muestras interés y tienes iniciativa —la elogió Ruth—, pero también tienes que descansar y dedicar un poco de tiempo a otras cosas.

—Está bien, en ese caso me voy.

—Te veré el lunes —la despidió Ruth.

Sus planes para aquella noche eran sencillos. Cocinaría algo para la cena y se iría pronto a la cama porque al día siguiente tenía que esterilizar a dos perras, una podenca y una mestiza de tamaño mediano en la que se adivinaba algo de Pastor Alemán.

Cuando todo estuvo limpio y ordenado fue a su despacho a cambiarse de ropa y a apagar el ordenador, pero nada más comenzar a desvestirse oyó un ruido procedente de la puerta de entrada a la clínica. Había olvidado cerrarla cuando Sonia se fue y se apresuró a vestirse para salir a echar un vistazo.

Se estaba poniendo la camiseta cuando notó unas manos en la

cintura agarrándola por detrás. Estaba sola, aterrada y no sabía qué debía hacer. Pero si iba a pasar algo quería poder ver la cara de su agresor, así que, lentamente, se giró sin que las manos que aún tenía sobre su cuerpo se lo impidieran.

Los ojos de Javier brillaron bajo la luz artificial de su despacho y sus labios se curvaron en una sonrisa que contrastaba visiblemente con la cara de pánico de ella.

—¡Me has dado un susto de muerte! —le regañó—. Pensaba que se trataba de un ladrón o algo peor.

—No deberías dejar la puerta abierta a estas horas, especialmente si te encuentras medio desnuda.

—Sonia acaba de marcharse y olvidé echar el cerrojo.

—Ese descuido va a costarte muy caro —la advirtió él atrapando los labios de ella entre los suyos.

Hacía cinco días que no tenía noticias de él y empezaba a cansarse de que apareciera y desapareciera de su vida cuando le venía en gana, pero cuando la besó, ese pensamiento desapareció de su mente, y solo deseó estar de nuevo entre sus brazos.

Javier se deshizo de su ropa rápidamente y la dejó completamente desnuda, algo que no resultó complicado, puesto que solo vestía la ropa interior y una camiseta.

—La puerta... —gimió ella entre sus labios.

—La he cerrado —susurró él empujándola contra la pared y lamiéndole los senos.

Sintió una mano entre sus piernas abriéndose paso hasta su sexo y antes de que llegara a rozarla, Ruth notó como se humedecía por el deseo.

Le subió la camiseta y recorrió con los labios su amplio pecho

mientras notaba como sus dedos penetraban en ella. Una vez más, perdió la noción del tiempo y su lado más salvaje venció a su capacidad de raciocinio. Besar y ser besada por aquel hombre era el único pensamiento que podía tener en aquel momento.

—Quiero tocarte —susurró ella.

Javier la tomó por la cintura y la depositó sobre la mesa de exploraciones. Ella no perdió el tiempo y le desabrochó los pantalones con impaciencia. Le gustó encontrar su pene completamente erecto y saber que ella era la causante de su excitación.

Lo acarició suavemente, despacio, con movimientos cadenciosos y acompasados, y le miró a los ojos para buscar en ellos el deseo. Javier parecía estar en éxtasis y contenía la respiración al tiempo que sus parpados caían sobre sus ojos entreabiertos.

—No puedo esperar —dijo ella.

Javier la bajó de la mesa y la giró dejando que su miembro quedara a la altura de sus nalgas. Ella se reclinó sobre la mesa dejando su sexo completamente húmedo a merced de él, que la penetró de inmediato de una sola embestida.

Mientras entraba y salía de ella masajeó su clítoris, y aunque todo acababa de comenzar, supo que no podría contenerse ni un solo segundo más. Con cada movimiento se sentía más cerca del clímax y se movió y restregó contra él hasta que notó que una oleada de placer recorría todo su cuerpo. Ruth se dejó ir y gritó, gimió y susurró su nombre mientras notaba como él alcanzaba la cima y suspiraba de placer.

Se volvió hacia él con la respiración aún agitada y se dejó caer entre sus brazos sintiéndose más viva que nunca. Pero debía

recuperar la cordura, se lo estaba poniendo demasiado fácil, apenas la acariciaba reaccionaba de inmediato anulando su capacidad de raciocinio. Se apartó de él y recogió su ropa del suelo. Debía alejarse de inmediato porque su apetito por él parecía insaciable y no quería volver a caer en la tentación.

En contra de lo que pensaba Úrsula, tener sexo con Javier no había saciado su curiosidad y su deseo, sino al contrario, lo había hecho crecer y si no paraba pronto se encontraría a merced de sus caprichos.

—¿Tienes prisa? —preguntó él besándola suavemente en el hombro derecho.

—Mañana tengo dos cirugías y necesito descansar para estar despejada.

—Pero supongo que tendrás que cenar antes de irte a dormir, ¿no es cierto?

Estaba hambrienta, solo había tomado una ensalada y una pieza de fruta en todo el día, y pensar en comida hacía que la boca se le hiciera agua, pero no creía que fuese buena idea pasar más tiempo junto a él.

—Prometo que después de la cena te llevaré a casa antes de convertirme en calabaza —bromeó él al ver la duda en sus ojos.

—Está bien —aceptó—, pero solo si vamos a un pequeño restaurante que hay aquí al lado. Después recogeré el coche y me iré a casa sola.

—¿Es esa una forma de decirme que no soy bienvenido en tu casa?— preguntó él apretándola contra su cuerpo.

—No. —Ella se desasíó de su abrazo cogiendo su bolso— Es una forma de decirte que necesito descansar.

CAPITULO 21

JUNTO A TI

Javier tomó su mano en cuanto salieron a la calle e iniciaron el camino hacia el restaurante. Se estremeció al sentir los dedos de él entre los suyos y cuando la estrechó contra su cuerpo pensando que tenía frío. Hicieron el resto del trayecto abrazados y Ruth pensó que parecían una pareja normal, pero sabía que no lo eran y tendría que hacer algo para combatir los sentimientos que ese hombre despertaba en ella y que comenzaban a ser incontrolables.

El restaurante era un pequeño local a tan solo un par de manzanas de la clínica al que Ruth iba con frecuencia. Era propiedad de un matrimonio que tenía un par de gatos adoptados, Valentina y Mariah. De hecho, habían sido sus primeros clientes y Ruth jamás podría olvidar la confianza que desde el principio Manolo y Lourdes mostraron en ella, y la publicidad que le hicieron entre los vecinos del barrio.

Además, el matrimonio siempre estaba dispuesto a cocinar un plato vegetariano para ella, incluso habían incluido en el menú una ensalada con el nombre de la clínica, “Ensalada Huellas”, un plato delicioso a base de legumbre, espinacas, tomate, nueces y aguacate.

Ruth abrió la carta, aunque sabía lo que iba a pedir, y simuló que la leía porque necesitaba tiempo para pensar. No pudo evitar levantar la vista y mirar a Javier que estudiaba la carta con interés. El rebelde mechón de pelo caía sobre su ojo derecho y le daba un aspecto absolutamente sexy y peligroso. Nunca había estado ante un hombre

tan deseable y nunca había sentido en su interior aquel fuego que la devoraba por dentro.

Ruth pidió una ensalada y Javier se decidió por un solomillo poco hecho con guarnición de verduras.

—Estoy muerta de hambre —confesó ella metiéndose un trozo de pan en la boca—. Hace semanas que descuido mi dieta y como cualquier cosa.

—Deberías tomarte en serio tu alimentación. Aunque he de decir que tienes un cuerpo increíble.

—Nunca me ha preocupado demasiado mi cuerpo —dijo ella encogiéndose de hombros.

—Eres la primera mujer a la que oigo decir algo así.

—Ja, ja, ja —rió ella—. Sé que no es un comentario frecuente en una mujer, pero yo no soy normal y nunca me ha preocupado demasiado mi aspecto físico.

—Al contrario que a tu hermana.

—Paula siempre ha estado obsesionada con su imagen. Desde que era muy pequeña pasaba horas eligiendo la ropa y mirándose al espejo. Antes tenía algún kilo de más, pero a mí me parecía igualmente guapa.

—Sois muy diferentes— observó él.

—Lo somos. —Suspiró Ruth, a quien le hubiese gustado que esas diferencias que la separaban de su hermana fuesen solo físicas.

Lourdes les sirvió la cena y ambos estuvieron durante un rato completamente concentrados cada uno en su plato sin intercambiar una sola palabra.

A Ruth la ensalada le supo a gloria. Lourdes tenía muy buena mano en la cocina y era capaz de convertir cualquier cosa, por

sencilla que fuese, en un plato exquisito. Ella, por el contrario, era una pésima cocinera, apenas sabía hacer tres o cuatro platos y siempre con la ayuda de un libro de cocina, ya que solía olvidar las recetas en cada ocasión.

—Tenemos que hablar —dijo él repentinamente.

—Estamos hablando —respondió ella— Bueno, lo hacíamos hace un momento.

—He pensado mucho en ti en estos últimos días y me gustaría proponerte algo.

No sabía lo que esas palabras significaban, pero a su pesar sintió como su corazón comenzaba a latir desbocado y su mente elaboraba todo tipo de teorías.

—¿Qué quieres proponerme? —preguntó ella, intentando que su voz no temblara delatando su ansiedad.

—Acabo de mudarme de ciudad y el trabajo absorbe prácticamente todo mi tiempo, pero me gustaría que pudiéramos vernos de vez en cuando. Siempre que tú quieras, por supuesto.

—¿Me estás proponiendo una relación abierta?

—Si te refieres a una relación sin compromiso la respuesta es afirmativa. No voy a pedirte nada y si quieres ver a otros hombres será solo decisión tuya.

—Ya veo. —La desilusión era claramente visible en los ojos de ella y bajó la vista evitando encontrarse con los de él— No sé qué decir. Yo tampoco tengo demasiado tiempo y no me he planteado la posibilidad de tener ningún tipo de relación con nadie.

—Tomate tu tiempo y piensa en ello —le propuso él—. Podemos hablarlo más adelante. No tengo prisa.

La atracción sexual que sentía hacia él era innegable. Su cuerpo

respondía ante un simple roce como nunca antes lo había hecho con nadie, sin embargo, Javier no era su tipo. Tenía un trabajo que ella detestaba, era prepotente, engreído y, además, le estaba proponiendo una clase de relación para la que no estaba preparada. Sabía que no debía involucrarse más con un hombre para el que ella era solo un instrumento para satisfacer sus deseos, y por el que comenzaba a sentir algo a lo que no quería poner nombre.

—Tengo que irme —dijo ella de pronto poniéndose en pie.

—Pagaré la cuenta y te acompañaré hasta tu coche.

—No, no es necesario.

Javier no insistió y le tendió una tarjeta de visita que sacó de la cartera.

—Aquí tienes mi teléfono. Llámame y dime lo que has decidido.

Ruth no respondió, pero cogió la tarjeta y se la guardó en el bolso. Tenía muchas cosas en las que pensar y Javier había añadido una más a su larga lista, pero no lo haría aquella noche porque debía descansar y prepararse para las cirugías del día siguiente. Su trabajo era para ella lo más importante y no debía resentirse por cosas ajenas a él.

CAPÍTULO 22

DEL BOSQUE DE TU ALEGRÍA

Mientras las dos hembras a las que había operado despertaban y se recuperaban de la anestesia, limpió el instrumental y actualizó los expedientes atrasados.

Vida, una podenca de año y medio, había sido adoptada unos meses atrás, pero aún era demasiado pequeña para esterilizarla por entonces y habían esperado el momento oportuno. Chica era una mestiza de tamaño mediano que aún no había encontrado un adoptante, pero vivía en una casa de acogida y allí se quedaría hasta que esa persona apareciera y le dieran una nueva oportunidad.

Primero despertó Vida, que fue a quien había operado antes, y después Chica. Ambas estaban un poco asustadas y desorientadas al abrir los ojos y encontrarse en la clínica, pero pronto se les pasaría y podrían regresar a casa.

Comió en casa, durmió un rato y se levantó descansada y optimista.

Aquella noche había quedado con sus amigas para cenar, por lo que Ruth se dio una ducha y se vistió con unos vaqueros y un top verde sin mangas. El verde era su color favorito y le sentaba muy bien a su piel bronceada y a su pelo de color chocolate. Se maquilló de forma muy suave, se dejó el pelo suelto y después se fue al restaurante donde habían quedado.,

—Esta noche me toca ligar a mí —les informó Marisol—. La última vez que salimos juntas fue el turno de Ruth y hoy es el mío.

—Recuerda que Úrsula interrumpió su sesión de sexo salvaje con aquel rubio impresionante— bromeó Cris.

—Si tengo la suerte de ligar seré mucho más discreta. Nada de baños públicos —rió Marisol.

—A Ruth, sin embargo, le gustan las emociones fuertes y hasta se atrevió a repetir — intervino Úrsula.

—¿Es que ha pasado algo que no sepamos? —preguntó Cris visiblemente interesada.

—Mi hermana nos interrumpió cuando... cuando... Javier me siguió hasta el baño y... solo fueron unos cuantos besos, nada más —explicó Ruth.

—¡Qué mala suerte! —exclamó Cris—. Aunque quizás deberíais elegir un lugar más discreto la próxima vez.

—No habrá próxima vez —respondió Ruth removiéndose incómoda en la silla—. ¿Por qué no pagamos la cuenta y nos vamos a otro sitio?

—¡Sí, vamos! —aceptó Cris—. Conozco un sitio genial donde podemos tomar unas caipiriñas y bailar al ritmo de samba.

—Me apunto —dijo Úrsula—, tengo ganas de bailar esta noche.

Llevaban varias caipiriñas y Ruth fue al baño sintiendo que su vejiga estaba a punto de estallar. Se sentía un poco mareada, pero se lo estaba pasando genial con sus amigas, bailando y riendo por cualquier tontería.

A su regreso las encontró hablando con varios hombres y notó como se le borraba la sonrisa de los labios. No quería saber nada del género masculino aquella noche, pero eran sus amigas, parecían estar pasándose muy bien y no quería arruinarles la velada, así que fingió que se divertía de lo lindo.

Se tomó otra caipiriña y aceptó bailar con uno de aquellos hombres que habían surgido de la nada. Estaba un poco mareada y hacía tiempo que no practicaba la samba, pero en cuanto pisó la pista de baile y sintió la música envolviéndola, se sintió repentinamente animada. Pie derecho tras el izquierdo, luego derecho, luego izquierdo... La música se apoderó de su cuerpo y comenzó a mover las caderas, los hombros y los brazos con sensualidad.

Víctor, su pareja de baile, tampoco lo hacía nada mal y rápidamente consiguieron compenetrarse y hacerse los reyes de la pista.

La letra de la canción era sumamente sencilla y repetía una y otra vez las palabras “*samba*”, “*arriba*” y “*abajo*”, pero era muy pegadiza e invitaba a bailar sin parar.

A su lado, una pareja parecía haber inventado un baile nuevo y se restregaba impudicamente bajo la atenta mirada de cuantos los rodeaban. Ella era una mujer menuda que se movía con gracia mientras su pareja le acariciaba los muslos de arriba abajo y la hacía girar sobre sí misma.

Ruth levantó la vista con curiosidad para ver al dueño de aquellas manos y cuando su mirada se cruzó con la de él, estuvo a punto de desmayarse al ver a un sorprendido Javier que dejó de sonreír de pronto.

A partir de aquel momento Ruth lo dio todo en la pista de baile. Se contoneó como nunca y se restregó a conciencia contra Víctor, que la siguió el juego sin pensarlo dos veces, entregado como estaba desde el principio a aquel baile.

Cuando la canción acabó, estaba acalorada y sudorosa y decidió ir al baño a refrescarse, pero recordó a tiempo sus últimos encuentros

en ese lugar con Javier y cambió de rumbo.

CAPITULO 23

SUEÑO 28

Salió a la calle para tomar un poco de aire fresco, se apoyó contra la pared y cerró los ojos. Había bebido demasiado aquella noche y estaba un poco mareada.

No había esperado encontrarse allí con él. Madrid era una ciudad demasiado grande y estaba segura de que Javier y ella tenían gustos muy diferentes y amistades también muy diferentes. ¿Cuántas posibilidades había de encontrarse con alguien en una ciudad de más de tres millones de habitantes?

Ruth suspiró, empezaba a tener frío y regresó al interior del local a recoger su abrigo. Se marcharía a casa. Javier debía estar allí, en alguna parte, y no quería volver a tener que enfrentarse a él.

—Me voy —le dijo a Úrsula que en aquel momento hablaba con Raúl, uno de los hombres que habían conocido aquella noche.

—Te acompañaré —respondió su amiga buscando su abrigo.

—No, quédate. Cogeré un taxi y te enviaré un mensaje cuando llegue a casa —le prometió.

—¿Estás segura?

—Sí, lo estoy. Diviértete y despídeme de Marisol y Cris —le dijo señalando hacia sus amigas, que en aquel momento bailaban con Sergio y Mario, y parecían estar pasándolo muy bien.

Salió de nuevo a la calle y pensó en Javier. Sabía que no podía aceptar su propuesta de la noche anterior. Lo que sentía por él, a pesar de todos sus intentos por mantenerlo bajo control, se le había

escapado de las manos y la idea de tener que compartirle con otra mujer le resultaba impensable. No, no podía aceptar una relación a medias. Si no podía tenerlo todo, prefería no volver a verle.

—¡Ruth, espera! —le oyó gritar a lo lejos.

Se paró en seco al oír su voz, aunque tardó un rato en darse la vuelta para enfrentarse a él. Se sentía demasiado vulnerable en aquel momento e incapaz de hacer frente a un hombre que con su sola presencia era capaz de poner patas arriba todo su mundo.

Llevaba una cazadora de cuero negro sobre una camiseta, también negra, que marcaba cada uno de los músculos de su perfecto cuerpo, y unos vaqueros que le quedaban de muerte. Su mechón de pelo le caía, como siempre, sobre el ojo derecho y Ruth deseó estirar la mano y retirarlo de su cara.

Se regañó mentalmente por estar pensando de aquella manera en lugar de trazar un plan para acabar con aquella historia que ya duraba demasiado, y sacudió la cabeza intentando así poder sacudirse también aquellos pensamientos.

—¿Te marchabas sin despedirte? —preguntó él.

—Eso pretendía, que yo recuerde no hemos venido juntos —respondió esquivando su mirada.

—Parecías estar divirtiéndote —observó él—. No sabía que supieras bailar tan bien.

—Hay muchas cosas de mí que no sabes— le espetó ella—. Y por cierto, tú también parecías estar pasándotelo muy bien.

—Me gusta cómo te mueves —dijo él obviando sus palabras y acercándose a ella—. Estabas preciosa.

—¿Qué quieres de mí? —inquirió ella, que no estaba dispuesta a ablandarse ante sus halagos.

—Quiero saber si has pensado en la conversación que mantuvimos ayer.

—Creía que un caballero como tú le daría a una dama un plazo un poco más largo para pensar en algo así — ironizó ella.

—Yo nunca he dicho que fuese un caballero.

—Sí, sí lo has dicho —le recordó ella.

Javier parecía estar disfrutando con su confusión y seguía jugando con ella a su antojo. Odió su seguridad y aquella sonrisa que, una vez más, se dibujaba en su cara y que a ella le pareció tan poco oportuna.

Quería marcharse, sabía que debía hacerlo inmediatamente si no quería volver a caer en la tentación, pero sus piernas no respondían y parecían haberse quedado clavadas al suelo.

Cuando sintió los labios de Javier sobre los suyos supo que aquello era lo que había estado esperando desde que le vio bailando con otra mujer. Podía luchar cuanto quisiera contra los sentimientos y el deseo que despertaba en ella, pero sabía que la batalla estaba perdida de antemano.

El roce de sus dedos sobre su cuello al retirarle el pelo de los hombros, despertó sus instintos más primarios, haciéndola olvidar por un momento su determinación de unos minutos antes de acabar con aquello.

—Es mejor que no volvamos a vernos —susurró ella separando sus labios de los de él unos centímetros.

—¿Mejor para quién? —preguntó confuso por sus palabras.

—Tengo... tengo que irme —le dijo con la vista fija en el suelo y comenzó a andar en dirección contraria.

—Esto no acaba aquí— le advirtió Javier viendo como se alejaba.

—Por supuesto que sí —respondió volviéndose hacia él.

—Te llamaré.

—No tienes mi número de teléfono — le recordó sonriendo y encogiéndose de hombros.

Su determinación había ganado y había conseguido alejarse de él, pero sabía que solo se trataba de una batalla y que si aquel hombre seguía insistiendo estaba muy lejos de ganar la guerra.

Aquella noche soñó con él. Le vio besar a una mujer que no era ella y después a otra y a otra. Pelirrojas, rubias, morenas, de pelo largo, corto y media melena. Javier besaba a una cada vez y ella, que esperaba pacientemente su turno, se veía ignorada en cada ocasión. Despertó con la respiración agitada y no consiguió volver a dormirse. Si quería acabar con aquello tendría que echar mano de toda su determinación y negarse a volver a verle. Era la única manera de recuperar su vida.

CAPITULO 24

NO ESTES TRISTE

La noche anterior había olvidado enviar un mensaje a Úrsula. Su amiga estaba preocupada y había dejado varios mensajes en el contestador de su teléfono móvil, pero lo había apagado nada más llegar a casa.

La llamó para disculparse y cuando Úrsula escuchó su voz supo que algo le sucedía, y tres cuartos de hora después llegaba a su casa acompañada de Santi, Ulrich y Darty.

Los perros se acomodaron junto a ella en el sillón y se acurrucaron contra su cuerpo haciéndola sentir reconfortada. Darty aún tenía miedo y permaneció a varios metros de ellos, pero no les quitaba los ojos de encima.

Cuando Úrsula regresó de la cocina con una bandeja en la que llevaba el desayuno, agradeció en silencio que hubiese acudido tan rápido al saber que la necesitaba. Que la conociese tan bien era una enorme ventaja. Solo con escuchar su tono de voz, su amiga había intuido que estaba triste y melancólica.

—Sabía que los peludos te levantarían el ánimo —dijo Úrsula sirviéndole una taza de café.

—No hay nada que un par de lametones no puedan curar— afirmó Ruth sonriendo.

—¿Te sientes mejor? —preguntó su amiga.

Úrsula no le preguntaría directamente qué le sucedía. Siempre sabía respetar sus silencios y esperar pacientemente que estuviese

preparada para hablar.

—Javier estaba anoche allí —comenzó a decir Ruth—. Le vi bailando con otra mujer, muy guapa por cierto, justo a mi lado.

—¿Cómo es posible que en una ciudad tan grande os encontréis constantemente?

—Eso mismo me pregunto yo —respondió Ruth—. Él y esa mujer... yo...

—¿Los viste besarse o en actitud cariñosa?

—No, ellos no se besaron, al menos no lo hicieron delante de mí, solo estaban bailando, aunque parecían muy compenetrados y me sentí... me sentí mal al verlos juntos.

—Tú también estabas bailando con otro hombre —señaló Úrsula—. ¡Vamos, Ruth! Un baile no significa nada, deberías saberlo mejor que nadie.

—Tienes razón, pero él es nuevo en la ciudad, ¿de dónde saca a todas esas mujeres? Es la tercera vez que le veo acompañado y cada vez se trataba de una mujer diferente.

—Por lo que veo, acostarte con él no ha servido para apartarle de tu cabeza.

—Ni antes ni ahora puedo dejar de pensar en él— reconoció ella—. Además, el viernes se pasó por la clínica y me hizo una propuesta.

—¿Una propuesta?

—Quiere que nos veamos de vez en cuando. Algo así como una relación sin compromiso. Por supuesto, se trata de una propuesta absurda que no he aceptado.

—Supongo que ese tipo de relación no es suficiente para ti.

—No lo sé. Pienso que tal vez si llegara a conocerle mejor, y

puesto que no tenemos nada en común, dejaría de gustarme, pero cabe la posibilidad de que complique aún más las cosas para mí — reconoció Ruth ante su amiga sintiéndose confusa y abatida.

—Parece bastante complicado y no puedo darte ningún consejo. Eres tú quien tiene que tomar una decisión al respecto.

—Había decidido alejarme de él, pero es bastante insistente y si vuelve a buscarme no sé si seré capaz de resistirme.

En aquel momento Darty se levantó y se acercó a Úrsula. Ambas le miraron esperando su siguiente paso, pero se quedó quieto y a una distancia prudente por si debía escapar. Úrsula estiró el brazo y colocó su mano delante del hocico del perro. Darty estiró la cabeza y la olisqueó durante unos pocos segundos. Después dio media vuelta y volvió a tumbarse, aunque esta vez más cerca de ella.

—Eso ha sido... ha sido... —Ruth estaba muy emocionada por lo que acababa de suceder y no tenía palabras para describirlo.

—Ha sido increíble —acabó su amiga la frase—. Esta vez se ha acercado él solo y eso es muy importante.

—Y se ha tumbado más cerca de ti.

—Supongo que ser la mano que lo cuida y alimenta tiene sus ventajas —bromeó Úrsula visiblemente emocionada.

Santi y Ulrich seguían tumbados junto a Ruth mientras les rascaba detrás de las orejas. Hacía algún tiempo que Santi había sido un galgo asustadizo, pero finalmente, con paciencia, consiguió vencer la mayoría de sus miedos, aunque aún era incapaz de mirar a los ojos a un hombre y no se sentía cómodo en su presencia.

Ulrich, sin embargo, siempre se había mostrado confiado. Cuando fue rescatado en un pueblo donde los niños le tiraban piedras y los hombres le trataban a palos, él solo buscaba contacto humano,

y esa traumática experiencia no habían conseguido acabar con su fe en las personas. Úrsula se había enamorado de él nada más verlo, y una vez que lo acogió en su casa, fue incapaz de dejarlo marchar.

Hacía tiempo que estaba pensando adoptar un perro o un gato, pero apenas pasaba tiempo en casa y no creía que fuese el momento oportuno. Sin embargo, echaba de menos la compañía de uno de aquellos seres nobles y dulces, que eran capaces de saber cómo te sientes en cada momento y alegrarte el día por malo que este sea.

CAPITULO 25

LO QUE ME DISTE CUANDO NADA PEDÍ

—Tienes mala cara, ¿te encuentras bien? —preguntó Sonia a Ruth cuando llegó a la clínica.

Acababan de abrir aquella mañana y se sentía cansada porque no había logrado dormir en toda la noche. Y no había sido la única noche, la historia se repetía día tras día y sabía que no podía continuar de aquella manera. El cansancio se iba acumulando de forma implacable y se hacía visible en su rostro.

—Estoy bien, gracias —mintió.

—¿Seguro? —insistió Sonia.

—He dormido mal, pero lo compensaré esta noche acostándome pronto —le aseguró Ruth sonriendo débilmente.

El día se hizo insoportablemente largo y ni siquiera la adopción de Eloissa, una preciosa mestiza que llevaba más de un año esperando en el albergue de Rescatados, logró animarla.

Se preparó la cena y se metió en la ducha. Notó como sus músculos se relajaban en cuanto el chorro de agua caliente cayó sobre su cuerpo. Se lavó el pelo e incluso se entretuvo aplicándose una mascarilla, algo que le resultó un lujo, pues hacía mucho tiempo que no se deleitaba con ese tipo de cosas.

Mientras se secaba y se aplicaba una crema hidratante, el timbre de la puerta sonó. No solía recibir visitas porque apenas estaba en casa y le extrañó que alguien se presentara a aquellas horas sin avisar.

Salió con la toalla alrededor del cuerpo y echó un vistazo por la mirilla antes de abrir. Javier estaba delante de la puerta de su casa y la culpable era ella por haberle invitado a ir semanas atrás.

—¿Qué estás haciendo aquí? —le preguntó, una vez más, abriendo la puerta.

—He venido a verte —respondió él—. ¿Me dejas pasar?

Ruth se apartó para facilitarle el paso, aunque sabía que aquella visita no le iba a traer nada bueno.

—El salón está al final del pasillo —le indicó caminando tras él.

No pudo evitar admirar los anchos hombros que se adivinaban bajo la chaqueta y lo bien que le sentaban los pantalones. Era un hombre increíblemente atractivo, capaz de hacer perder la cabeza a cualquier mujer, aunque también altamente nocivo para la salud mental.

—¿Por qué querías verme? —le preguntó guardando las distancias.

—¿No vas a invitarme a que me sienta y ofrecerme algo de beber?

—Haz lo que quieras, yo voy a vestirme —le espetó dándole la espalda para marcharse.

Javier aprovechó aquel momento para tirar de la toalla dejándola completamente desnuda. Se volvió hacia él pretendiendo recuperarla, pero en el forcejeo perdió también la que llevaba enrollada en la cabeza y su pelo, empapado y enredado, le cayó sobre los hombros y la sensación de frío contra su piel hizo que sus pezones reaccionaran de inmediato.

—Ven aquí —susurró él tirando la toalla al suelo y cogiéndola de la mano —Estás preciosa toda mojada.

—No estoy disponible cuando a ti te apetezca —le dijo intentando soltarse.

—¿Estás segura? —murmuró él atrapando sus labios.

Era muy difícil resistirse cuando alguien besaba de aquella manera. Notó sus manos deslizándose por su piel, perdiéndose entre sus senos, bajando hacia el ombligo y llegando hasta su sexo, e instintivamente abrió las piernas.

El cansancio que había sentido durante todo el día pareció disiparse y en aquel momento solo pudo pensar en sentirle dentro. Si él quería jugar, ella también estaba dispuesta, pero bajo sus propias reglas.

Le empujó hacia el sillón tomando las riendas y haciéndole caer sobre él. Le arrancó la chaqueta y la camisa, y bajó las manos hacia los pantalones para deshacerse de ellos.

Notó su miembro erecto a través de la tela y bajó la cremallera para liberarlo de su encierro. Mientras él temblaba bajo la caricia de sus manos posó sus labios sobre su sexo y lo recorrió de arriba abajo muy despacio.

Él gimió cuando notó su lengua recorriendo su erección y Ruth se sintió poderosa y fuerte, e intensificó el ritmo de sus movimientos. Se deleitó en la suavidad de la piel de su pene, incrementando el ritmo o reduciéndolo a su antojo y haciendo que él se volviera loco de placer.

Javier la tomó por la cintura colocándola sobre él. Estaba húmeda y hambrienta, sentía el corazón palpitando cada vez más deprisa y cuando la penetró suspiró largamente y comenzó a cabalgar sobre él con fiereza.

Quería sentirle dentro, saciarse de él, acabar con aquella incertidumbre y borrarle para siempre de su vida. Pero sabía que era

imposible. Estaba atrapada. Rendida. Supeditada a sus caprichos. Enamorada.

Notaba como el sudor brotaba a través de cada uno de los poros de su piel mientras continuaba moviéndose sobre Javier de forma salvaje y él masajeaba sus senos produciéndole un placer tan intenso como indescriptible.

Jamás había sentido aquello con nadie. Nunca antes sus sentidos habían estado tan despiertos y su piel tan sensible.

Notaba sus caricias traspasándole la piel, sus besos como espadas clavándose en lo más profundo de su ser, y su mirada, fría y azul, animándola a continuar con aquella locura. El momento del clímax estaba muy cerca, podía sentirlo, rozarlo con los dedos y deleitarse en lo que estaba por llegar y que prometía ser memorable.

—No aguantaré mucho más —le susurró él al oído, y su voz ronca y el roce de su aliento le hicieron tocar el cielo con la punta de los dedos.

CAPITULO 26

PRENDÍ LA FLOR

Ruth comenzó la búsqueda de un veterinario con experiencia, puso un anuncio en un portal de empleo y pronto los currículums de los candidatos fueron llegando y acumulándose sobre su mesa.

El problema era que no disponía de tiempo para sentarse y leerlos detenidamente. La clínica seguía quitándole mucho tiempo, al igual que su colaboración con las protectoras, y a todo ello tenía que añadir su relación con Javier.

Desde el día que la visitó en su casa habían seguido viéndose prácticamente a diario y, aunque no sabía donde les conduciría aquella relación, había decidido dejarse llevar.

A pesar de verse cada día, nunca habían pasado la noche juntos. No era algo que hubiesen hablado, sino más bien un acuerdo tácito al que habían llegado sin saber muy bien cómo. Si él iba a su casa terminaba marchándose en mitad de la noche y lo mismo sucedía si era ella quien le visitaba. Ruth sabía que lo que había entre ellos llegaría a su fin tarde o temprano, pero estaba dispuesta a afrontar aquel momento cuando llegara. Mientras tanto, disfrutaría al máximo de lo que tenían.

Úrsula, que nunca cuestionaba sus decisiones, le había advertido del peligro que corría si seguía adelante. “No lo veo nada claro, Ruth”, le había dicho. “Terminará rompiéndote el corazón”, le advirtió. Ella, sin embargo, se sentía demasiado atrapada por su relación con Javier y a pesar de que sabía que su amiga tenía razón, le resultaba

imposible darle la espalda y olvidarse de todo.

Tenía un montón de curriculums que revisar sobre la mesa, pero el día anterior no había visto a Javier, así que, decidió dejar aquello para más tarde y hacerle una visita inesperada a la oficina.

Era medio día y sabía que él solía comer en su despacho porque tenía mucho trabajo y poco tiempo que perder. Se cambió de ropa, se subió al coche y se dirigió a las oficinas donde trabajaba Javier dispuesta a darle una sorpresa.

Su única preocupación era encontrarse con su cuñado, pero no había posibilidad de que aquello ocurriese porque su hermana le había dicho que estaría de viaje unos días.

Esperó impaciente el ascensor que la llevaría hasta la planta donde estaba su despacho y cuando las puertas se abrieron y se encontró de frente con José se quedó sin palabras.

—¡Ruth! —exclamó él, sorprendido al verla—. ¿Qué estás haciendo tú por aquí?

—¡Hola! —saludó ella intentando ganar tiempo— En realidad... yo... he venido a verte —improvisó.

—Me has encontrado por casualidad. Acabo de regresar de un viaje y ahora voy a comer con unos clientes —la informó—. Deberías haberme llamado antes de venir.

—Supongo que ha sido una tontería venir hasta aquí sin avisarte.

—¿Se trata de algo urgente?

—No, la verdad es que podría haberte llamado por teléfono.

Dentro de poco es el cumpleaños de Paula y quería hacerle un regalo especial —respondió volviendo a improvisar—. Nuestra relación fraternal no pasa por su mejor momento y he pensado que podrías ayudarme a elegir un regalo para ella.

—Es un detalle muy bonito por tu parte —afirmó José—. Si no te importa pensaré en ello y te llamaré por teléfono en cuanto se me ocurra algo, pero ahora tengo que marcharme.

—Está bien—aceptó ella—. Hablaremos en otro momento.

José se despidió besándola en la mejilla y se alejó con paso rápido bajo la atenta mirada de Ruth, que esperó hasta que su silueta se desdibujó por completo calle abajo para continuar hacia su destino.

La secretaria de Javier, una mujer menuda de mediana edad y rostro amable, la pidió que esperase un momento mientras le avisaba de su visita. Ruth aprovechó aquel momento de soledad para echar un vistazo a su alrededor. Nunca antes había visitado el interior del edificio y la sorprendió lo luminoso que era para tratarse de un edificio de oficinas.

Todas las paredes estaban decoradas con fotografías de inmuebles enmarcadas en color negro que contrastaban visiblemente sobre la pintura blanca. La mesa de la secretaria estaba muy ordenada y sobre ella tan solo se veía un ordenador, un teléfono de color negro y un cuaderno. Delante de la mesa había dos grandes sofás, uno de color blanco y otro de color rojo, que tenían pinta de ser muy cómodos y de utilizarse muy poco, ya que lucían impecables. Todo destilaba clase y buen gusto.

—Puede pasar —le indicó la secretaria sonriendo.

—Gracias —respondió cuando pasó a su lado.

Las piernas le temblaban y comenzaba a arrepentirse de haber ido hasta allí sin avisar, pero ya no había remedio. Estaba en la oficina de Javier, no llevaba más que la ropa interior bajo el abrigo y estaba dispuesta a llevar las riendas de aquel encuentro.

CAPITULO 27

LA MEDIA VUELTA

El despacho de Javier era grande y luminoso. Tenía amplios ventanales a través de los que podía verse una de las zonas más caras e inaccesibles de Madrid, una ubicación privilegiada en la que solo las empresas más importantes podían permitirse el lujo de instalarse.

La estancia estaba dominada por un gran escritorio de madera oscura en el que reinaba un gran caos de papeles y carpetas de colores que no dejaban un solo hueco libre. Dos grandes sillones blancos a la derecha aligeraban el ambiente que la madera de tonos oscuros de los muebles contribuía a cargar, aunque, sin duda, la presencia de Javier era lo que daba a aquel lugar la fuerza que el conjunto desprendía.

—Comparado con mi humilde despacho este parece el de un pez realmente gordo —observó Ruth sin poder dejar de mirar a su alrededor.

—Olvidas que tú eres la dueña de tu empresa y yo solo soy un empleado —bromeó él—. ¿A qué debo este honor? —preguntó poniéndose en pie y caminando a su encuentro.

—Podría decir que pasaba por aquí y decidí hacerte una visita, pero mentiría. En realidad, he venido a seducirte —reconoció quitándose el abrigo y quedándose en ropa interior.

Javier la miró con sorpresa y deseo, y la tomó por la cintura acercándola a su cuerpo.

—Siento no haberme puesto zapatos de tacón de aguja, pero no suelo ir a trabajar con ese tipo de complementos —se disculpó.

—A mí me pareces perfecta sin complementos —susurró él muy cerca de sus labios— Me encanta la sorpresa, pero tengo una reunión dentro de media hora y aún estoy preparándola.

—Media hora es mucho tiempo— ronroneó con voz seductora.

—No me tientes —dijo retirándole el sujetador y besando uno de sus senos.

—¿Quieres decir que tengo que marcharme? —preguntó sintiéndose decepcionada.

—Nada me gustaría más que cambiar tu compañía por la de los consejeros delegados de la empresa, pero el deber me llama.

—Está bien, me iré. —Suspiró separándose de él y recogió el abrigo del suelo.

Javier se apoyó contra el escritorio y se cruzó de brazos sin quitarle los ojos de encima. Había sido una estupidez hacerle una visita, estaba claro que en aquella relación el único que tenía la capacidad de sorprender era él. Pero no quería pensar en aquello y decidió recuperar la serenidad y mostrar que lo sucedido no tenía la menor importancia.

—Me he cruzado con José —dijo Ruth—, pero no te preocupes, no le he dicho que venía a verte.

—Deberías habérselo dicho.

—¿Cómo dices? —se sorprendió ella—. Él se lo contaría a Paula y ella a mi madre. Ninguna de las dos entenderían que tú y yo tenemos una relación... abierta, sin compromiso y con fecha de caducidad —enumeró de carrerilla.

—¿Con fecha de caducidad?

—¡Oh, vamos! Somos adultos y no tenemos que dar explicaciones a nadie —le dijo intentando controlar el tono de su voz para que sonara tranquilo y despreocupado—. Pero ambos sabemos que un día la atracción sexual acabará y entonces...

—¿Y qué quieres decir con una relación abierta? —la interrumpió Javier—. ¿Te estás viendo con alguien más?

—No, claro que no, pero recuerda que me dijiste que no te importaba si quería ver a otros hombres, así que pensé que tal vez a ti te apetecería ver a otras mujeres.

El rostro de Javier estaba serio. Parecía estar procesando la información que acababa de recibir, algo que a Ruth le sorprendió porque desde el principio él fue quien puso las condiciones para estar juntos.

Ir a verle había sido un maldito error y lo que imaginó que iba a ser un rato placentero había tomado un cariz serio y complicado. En aquel momento no estaba preparada para enfrentarse a los sentimientos que él despertaba en ella.

—Tengo que irme —dijo Ruth abrochando el último botón de su abrigo—. Aún no he comido y tú tienes que preparar esa reunión.

Javier permaneció en silencio con el rostro aún serio. La situación estaba comenzando a ser verdaderamente incómoda y Ruth abrió la puerta para marcharse.

—¡Ruth! —la llamó cuando estaba a punto de cerrar la puerta tras de sí.

—¿Sí?

—Preferiría que no vieras a otros hombres.

No respondió, pero salió de su despacho sonriendo. Quizá era un pequeño paso, pero saber que le incomodaba la idea de que se viera

con otros hombres le ayudó a disipar la nube negra que había avistado minutos antes en el horizonte.

CAPITULO 28

CARBÓN Y RAMAS SECAS

Eran las nueve de la noche cuando Javier entró en la clínica veterinaria dispuesto a terminar lo que apenas tuvieron tiempo de empezar horas antes en su despacho. Había sido una tarde muy ajetreada y Ruth aún estaba terminando de recoger. Ni siquiera había tenido tiempo de cambiarse de ropa y aún llevaba el uniforme que utilizaba para trabajar.

—No te esperaba —le dijo ella contenta de verle.

—He estado pensando en ti toda la tarde —confesó él—. No sabía que un sencillo conjunto blanco de ropa interior pudiera resultar tan sexy.

—Me lo puse está mañana cuando aún no sabía que iría a hacerte una visita.

—A partir de ahora el blanco será mi color favorito— le dijo dándole un largo beso.

Sentirse tan deseada la encantaba y la excitaba hasta límites desconocidos. Estar con él siempre la hacía arder en deseo, bastaba una mirada, una caricia o un simple roce.

Ruth se quitó la camiseta y los pantalones que utilizaba para trabajar y observó como él se desnudaba.

Tenía un cuerpo perfecto y musculoso, aunque no en exceso, y tremendamente masculino. Deseaba tocarle y transmitirle en cada caricia todas las emociones que ella sentía con solo mirarle.

—Ese conjunto me vuelve loco —dijo él devorándola con la vista

—. Creo que será mejor que te lo dejes puesto.

Los labios de él se posaron en su cuello recorriendo con la lengua cada centímetro de piel y le soltó el pelo, que cayó sobre sus hombros con gracia.

—Deberías llevar siempre el pelo suelto —susurró él acariciando sus oscuros rizos—. Estás preciosa con todos esos rizos sueltos cayendo sobre tus hombros.

Ella odiaba su pelo, pero no dijo nada porque en aquel momento estaba completamente concentrada en sus caricias e hipnotizada por sus ojos.

Javier le retiró el tanga hacia un lado y sin ningún preámbulo la subió sobre la mesa y la penetró dejándola sin respiración. Ella gimió y se aferró a su cuerpo, disfrutando de lo que, sin duda, sería un encuentro corto pero muy intenso. Clavó las uñas en su espalda cuando el ritmo de sus embestidas aumentó y se dejó llevar por la oleada de placer que la invadía.

Se sentía libre, viva y deseada. Javier la hacía sentirse así. Había conseguido, en un corto espacio de tiempo, aquello que ningún otro hombre había logrado hasta entonces: meterse en su piel, en su alma y en su vida. Llenar todos esos vacíos que había en su vida y que hasta entonces no sabía que existían.

Cuando alcanzó el clímax lo apretó fuertemente con sus piernas y notó como él temblaba, contraía los músculos del cuerpo y después se relajaba con un largo suspiro.

Mientras permanecían abrazados escuchó su pesada respiración junto al oído y deseó permanecer para siempre en aquel momento. Cerró los ojos y notó como su cuerpo también se relajaba y su corazón recuperaba el ritmo. Todo lo que sentía era nuevo y

diferente, y se sintió complacida y asustada al mismo tiempo por la intensidad de sus sentimientos.

El teléfono acabó con la magia que los envolvía devolviéndolos a la realidad. Estaban en la clínica, eran más de las nueve de la noche y el teléfono móvil de ella sonaba dentro de su bolso ajeno a todo aquello que acababan de experimentar.

—Es el mío —dijo Ruth separándose de él y buscando su bolso.

La llamada era de Úrsula y cuando pulsaba el botón para devolvérsela, su amiga se adelantó y el timbre del teléfono invadió la estancia de nuevo.

—¡Hola, Úrsula! —saludó.

—Ruth, ha sucedido algo terrible. —La voz de su amiga sonaba ahogada y supo que había estado llorando— Ha habido un incendio en la perrera de Torrejón. Vanessa acaba de llamarme, está destrozada y necesita ayuda.

—Voy inmediatamente —respondió.

—Los bomberos y la policía están allí, pero aún no sé el alcance del incendio y...

—No te preocupes, aún estoy en la clínica, cogeré algunas cosas e iré lo antes posible.

—No es justo —se quejó Úrsula amargamente—. Solo pensar que tal vez...

—Úrsula, no hay tiempo que perder. Haremos lo que podamos. Todo va a ir bien —la tranquilizó.

Ruth se vistió tan rápido como le fue posible y se dispuso a recoger todo el material que podría necesitar. Estaba nerviosa y preocupada, aunque sabía que si quería ser de ayuda debería mantener la calma y pensar con claridad.

—¿Ha ocurrido algo? —preguntó Javier al ver su cara de preocupación.

—Ha habido un incendio en la perrera de Torrejón —le explicó—. Lo siento, pero tengo que marcharme.

—Te acompañaré.

—No es necesario — respondió ella mientras recogía algunas cosas y las metía en su maletín.

—Voy a llevarte —repitió él con un tono de voz que no admitía discusión—. No voy a dejarte conducir en ese estado.

Ruth agradeció que Javier se hubiese ofrecido a llevarla. Estaba demasiado alterada para conducir. Pensar en todos los animales de la perrera y en cuál sería su situación en aquel momento la revolvía el estómago y apenas podía respirar con normalidad.

Cuando finalmente vieron las llamas y las oscuras columnas de humo dibujándose en el horizonte, Ruth sintió que el alma se le caía a los pies. La situación parecía realmente grave y aunque sentía las lágrimas en sus ojos a punto de derramarse, sabía que si quería ayudar tendría que ser fuerte.

CAPITULO 29

SOBRE EL OSCURO ABISMO EN QUE TE MECES

Ruth se bajó del coche sin perder tiempo y vio como Javier se quitaba la chaqueta y se remangaba la camisa hasta los codos. Temió que aquella situación hubiese despertado en él una faceta de superhéroe que desconocía e inmediatamente se sintió mal por dejar que la acompañara

—¿Qué crees que estás haciendo? —preguntó asustada por sus planes.

—Aún no lo sé —respondió él cogiéndola de la mano con determinación y guiándola hacia el edificio rodeado por las llamas.

El Centro de Protección Animal, como les gustaba llamarlo a las autoridades, estaba situado a las afueras de Torrejón y era un complejo formado por dos edificios grises rodeados de una valla metálica al que se accedía a través de un camino de cemento.

Hacía un par de años que estaba gestionado por Hoopé, una asociación protectora de animales sin ánimo de lucro, con política de sacrificio cero y cuyo objetivo último era dar en adopción a todos los animales abandonados que llegaban.

La labor que Vanessa, su presidenta, junto con Jorge, Justo, Tania y el resto de voluntarios, llevaban a cabo en el CPA era digna de admiración y elogio, pues desde que ellos se hicieron cargo de la gestión habían conseguido rescatar y dar en adopción a más de quinientos animales, todos ellos convenientemente vacunados, esterilizados y, en muchas ocasiones, recuperados de complicadas

cirugías de todo tipo.

El incendio se había iniciado en el edificio de la izquierda, el lugar donde se encontraban los cheniles de los perros y donde Ruth calculaba que habría alojados al menos veintidos.

Los bomberos luchaban contra las llamas que ascendían hacia el cielo mientras algunas personas llevaban en los brazos a los animales que habían conseguido rescatar. Reconoció a Seven, a Shira y a Noa, entre otros perros, y contuvo la respiración luchando de nuevo contra las lágrimas. Conocía a aquellos perros, los había visto en sus visitas al CPA y no podía pensar que se hallaran en peligro.

Junto a la valla metálica habían improvisado un hospital de campaña donde atendían a aquellos que habían resultado heridos y corrió hacia allí para prestar ayuda. Tenía que ser fuerte por ellos, no era momento de lamentarse ni de llorar, eso tendría que esperar.

—¡Soy veterinaria! —gritó Ruth dirigiéndose hacia ellos.

Los voluntarios se hicieron a un lado permitiéndole el paso y enseguida puso manos a la obra atendiendo a los que parecían encontrarse en una situación más complicada. Poco a poco llegaron más voluntarios, algunos de ellos veterinarios, y Ruth agradeció su presencia. De una u otra manera todos los perros estaban afectados, ya fuese por quemaduras o por inhalación de humo, y necesitaban ser atendidos lo antes posible. Algunos incluso necesitarían ser trasladados a un hospital veterinario debido a la gravedad de las quemaduras.

Los perros que después de ser revisados convenientemente estaban fuera de peligro, fueron recogidos por voluntarios y trasladados a casas de acogida o a albergues de alguna de las

asociaciones que se habían ofrecido a acogerlos temporalmente.

Vanessa coordinó todas las labores realizadas por el grupo de voluntarios y supo mantener la calma y no derrumbarse en ningún momento, a pesar de que todos sabían lo afectaba que estaba. Mientras tanto, Tania llamó a otras asociaciones en busca de ayuda para acoger a los animales que estaban sanos, Justo se encargó de coordinar los traslados y Jorge de gestionar las redes sociales que en aquel momento parecían arder. El CPA era parte de sus vida, les había costado mucho esfuerzo gestionarlo y sacarlo adelante durante aquellos dos últimos años. En aquel momento, parte de su trabajo estaba siendo devorado por la llamas mientras los perros a los que cuidaban cada día perdían su hogar provisional y algunos resultaban heridos de gravedad.

Ruth admiraba a todos los voluntarios que estaban allí trabajando. Conocía a algunos de ellos, a otros no, sin embargo, en aquel momento, se sentía muy cercana a ellos.

En contra de la voluntad de los bomberos, que no pudieron impedirlo pese a intentarlo, algunos voluntarios entraron en el edificio en llamas dispuestos a rescatar a los perros que aún quedaban dentro. Entre ellos vio a Javier que salía del edificio llevando a un perro que no reconoció en los brazos, y volvió arrepentirse por haberle permitido acompañarla.

La noche fue larga y caótica. Ruth jamás podría olvidar el aullido de los perros y el maullar histérico de los gatos. El olor de la piel quemada. El edificio en llamas. Las lágrimas de dolor de muchos de los voluntarios. La fría noche invernal. La lluvia que, finalmente y aunque tarde, ayudó a sofocar el fuego.

Los perros que estaban en peor estado fueron trasladados a un

hospital veterinario cercano y Javier transportó a un par de ellos en su coche. Ruth se sorprendió de que no le importara que su vehículo, nuevo e impoluto, pudiera mancharse, y que él, a quien hasta entonces había considerado egoísta y superficial, permaneciera toda la noche a su lado y ayudara con todas las tareas que se le encomendaron.

—Voy a quedarme a echar una mano. Conozco a esos perros. Conozco sus nombres y sus historias y no puedo marcharme sin intentar hacer algo por ellos. Aunque lo haría igualmente si no los conociera —le dijo Ruth cuando llegaron al hospital—. Deberías marcharte y descansar un rato. Dentro de poco amanecerá y tendrás que ir a trabajar.

—Te esperaré. Soy el jefe y no tengo que dar explicaciones a nadie si llego tarde.

—Ya has hecho suficiente esta noche —reconoció ella—. Y deberías ir a que te vean esa quemadura —le recomendó mirando la fea herida que tenía en el brazo derecho.

—Tu eres veterinaria —bromeo él.

—Y tú eres un poco burro, pero preferiría que te viera un medico.

—Estoy bien y no quiero dejarte aquí. ¿Quién te llevará a casa?

—Estaré ocupada y cuando acabe pediré un taxi —le aseguró.

—Prométeme que me llamarás y vendré a buscarte.

—Está bien —aceptó—, pero ahora vete.

Javier la abrazó y se despidió de ella con un largo beso. Ruth le acompañó hasta la puerta y esperó hasta que vio desaparecer el coche en la oscuridad de la noche.

CAPITULO 30

SOMOS LEVEDAD

A las siete de la mañana el trabajo había concluido. Algunos perros tendrían que permanecer hospitalizados unos días debido a la gravedad de las quemaduras, otros serían dados de alta y Vanessa y Úrsula se estaban encargando de buscarles un lugar para quedarse. Lo más triste era que los menos afortunados habían fallecido.

Quedaba por delante un largo camino que pasaba por reconstruir el CPA, encontrar un hogar a cada uno de los perros y pagar las facturas del hospital veterinario. Tendrían que lanzar una campaña en Facebook para recaudar fondos y confiar, una vez más, en la generosidad de la gente.

Ruth salió a la sala de espera con un café caliente entre las manos. Estaba cansada, no solo porque llevaba más de veinticuatro horas en pie, sino porque había sido una noche de fuertes emociones.

Llamó a Úrsula para saber cómo estaba. Tal y como había imaginado, no había dormido mucho y en aquel momento se estaba preparando para ir al trabajo.

—¿Cómo estás tú? —le preguntó su amiga.

—Cansada pero satisfecha. Ha sido una noche terrorífica, pero he conocido a gente estupenda y hemos hecho lo posible por salvarlos a todos —suspiró Ruth—. Desafortunadamente hemos tenido dos bajas.

—Lo siento —se lamentó Úrsula—. Habéis trabajado mucho y

gracias a ello la mayoría han logrado sobrevivir.

—Tú y Vanessa también habéis estado genial y aún os queda mucho trabajo por delante, especialmente a ella. Todavía quedan algunos perros aquí que no tienen un lugar en el que quedarse.

—Estamos en ello —le aseguró su amiga—, pero cada vez que pienso en lo que ha pasado yo... yo... —su voz sonaba ahogada y Ruth la imaginó llorando desconsoladamente.

—Lo sé. Tendremos pesadillas durante mucho tiempo —reconoció Ruth—. No sé cómo ha podido pasar algo tan terrible. A esas horas no había nadie en el CPA. Vanessa dice que los últimos voluntarios se fueron a las nueve de la noche.

—Están investigándolo.

—Espero que descubran lo que ha ocurrido. No sería la primera vez que alguien incendia una perrera de forma intencionada —señaló Ruth—. Ellos no se merecen esto. Nunca podré acostumbrarme a tanto dolor —dijo notando las lágrimas cayendo por sus mejillas—. Abandonados, maltratados, humillados...

—Por eso eres buena en tu trabajo —la animó Úrsula—. Nos ocuparemos de ellos. Ayer me llevé a algunos al albergue y habrá alguna asociación más que nos echará una mano.

—Eso es lo único que me hace seguir adelante. Saber que hay gente que merece la pena y que entre todos siempre podremos hacer algo por ellos.

—También quería que supieras que me equivoqué con Javier —se disculpó su amiga—. Fue de gran ayuda y estuvo pendiente de ti toda la noche. Creo que eres una mujer afortunada.

—No sé lo que va a pasar con nosotros, pero quiero darle una oportunidad a esta relación —reconoció ella.

—Eso es lo que debes hacer.

—Te llamaré mas tarde. Voy a ver como vuelvo a casa y tengo que llamar a Sonia para que abra la clínica.

—Está bien. Intenta descansar si puedes.

Se desplomó sobre una silla y nuevamente pensó en todo lo sucedido en las últimas horas. Las lágrimas brotaban sin parar de sus ojos y pensó que era normal, puesto que durante toda la noche había estado conteniéndolas para poder concentrarse en el trabajo.

Llamaron a la puerta y al abrir se encontró con Javier, que parecía fresco y despejado a pesar de que no había dormido demasiado. Nada más verla la envolvió entre sus brazos produciéndola un tremendo alivio. Olía a limpio y a su lado se sintió sucia y desgredada.

Javier le limpió las lágrimas con los dedos, le dio un beso en los labios y cuando la miró a los ojos vio en ellos algo diferente que le hizo albergar la esperanza de que lo que había entre ambos era posible.

—Ha sido una larga noche —dijo él— Te llevaré a casa para que puedas descansar un rato.

—Tengo que ir al trabajo —repuso ella—. Me daré una ducha y después me encontraré mucho mejor.

—No deberías... —Ruth le silenció con un beso y le cogió la mano.

—¿Cómo está tu quemadura? Deberías ir al médico.

—No me duele —respondió él—. Y ahora coge tus cosas y ponte el abrigo para que podamos marcharnos.

Durante el camino de regreso a su casa quiso decirle un millón de cosas y agradecerle que aquella noche, que para ella había sido

especialmente dura, él hubiese estado a su lado y colaborado en las labores de rescate de los animales del CPA, pero cuando se sentó en el cómodo asiento del coche se durmió casi inmediatamente y no despertó hasta que llegaron a su casa y Javier la sacudió suavemente.

—Lamento haberme quedado dormida —se disculpó.

—Lo necesitabas.

—Gracias por todo.

—No me lo habría perdido por nada del mundo. Me alegro de haber estado allí y haber resultado útil. ¿Quieres que te acompañe?

—No, estaré bien.

—Te llamaré más tarde —se despidió él.

Ruth se bajó del coche sintiéndose más cansada que hacía tan solo un rato, pero tenía un largo día de trabajo por delante y no podía permitirse el lujo de autocompadecerse.

CAPITULO 31

PROVINCIA DE RIO NEGRO

El día se hizo interminable. Su trabajo requería concentración y paciencia entre otras cosas, aptitudes que habitualmente poseía, pero que aquel día parecían haberse evaporado.

No logró apartar de su mente las llamas del incendio, los perros asfixiados por el humo y quemados por el fuego, los voluntarios corriendo de un lado a otro para intentar salvarlos, los aullidos lastimeros, el horror... Afortunadamente. los perros ingresados evolucionaban favorablemente y no había habido complicaciones y Úrsula y Vanessa habían encontrado casas para los que podían abandonar el hospital.

Ni la buena voluntad y predisposición de Sonia lograron salvar un día que parecía no acabar nunca.

Llegó a casa tarde y tuvo la tentación de darse un baño, pero su conciencia no se lo permitió, al igual que sus fuerzas, que tras casi cuarenta horas sin dormir la habían abandonado por completo. Calentó la cena, se dio una ducha que le sentó de maravilla y una hora después estaba en la cama completamente dormida.

Las llamas se veían en el horizonte. Oyó una sirena y a alguien gritando su nombre repetidamente. Vio a Javier a lo lejos e intentó alcanzarle. Corría tan deprisa como le permitían sus piernas, pero en lugar de acercarse se alejaba cada vez más y no podía hacer nada para evitar que las llamas le devoraran. La sirena no dejaba de sonar y se mezclaba con el sonido del crepitar de las llamas y el aullido de

los perros.

Ruth despertó sobresaltada. Había tenido una pesadilla y en su sueño confundió el sonido del teléfono con el de una sirena. No sabía qué hora era ni de quien podía tratarse, pero a pesar del sueño y el cansancio que aún sentía, descolgó el teléfono sin mirar la pantalla por si se trataba de alguna nueva noticia de los perros que permanecían ingresados tras el incendio.

—¿Diga? —preguntó con el corazón acelerado.

—¿Ruth? ¿Eres tú? —preguntó Paula—. ¿Por qué tu voz suena como si acabaras de despertarte?

—Quizá porque estaba dormida —sugirió.

—¡Por dios, Ruth! Solo son las diez de la noche. Hasta mamá aguanta más que tú —se burló su hermana.

—He estado casi cuarenta horas sin dormir, así que supongo que me merezco un descanso. ¿Para qué has llamado?

—El domingo, siguiendo con la tradición familiar y a pesar de que mamá está en la playa, José, tú y yo comeremos juntos.

—¿Solo nosotros tres? —No confiaba en su hermana, su afán de buscarle marido era casi enfermizo y hasta empezaba a creer que necesitaba ayuda profesional.

—Sí, estaremos solo los tres —confirmó Paula—, pero si lo prefieres...

—No —la interrumpió—. Me parece perfecto. Nos veremos el domingo.

—¿No vas a contarme por qué llevas tantas horas sin dormir?

—Hubo un incendio en la perrera de Torrejón. —No pensaba darle más explicaciones porque sabía que a su hermana no le importaba demasiado su trabajo.

—¿Estás bien? Quiero decir... que no estás herida ni nada de eso, ¿verdad?

—Estoy bien —le aseguró.

—Lo siento, Ruth, ha debido ser una experiencia muy dura —se lamentó Paula sorprendiéndola.

—Sí, ha sido muy duro.

—Te dejo descansar. No veremos el domingo —se despidió su hermana volviendo a sorprenderla al mostrarse tan comprensiva.

Intentó volver a dormirse y aunque lo consiguió enseguida, fueron muchas las veces que se despertó debido a las pesadillas. Fue una noche larga en la que deseó encontrarse entre los brazos de Javier, pero de momento él no parecía dispuesto a compartir una noche entera a su lado.

Se sintió aliviada cuando amaneció y la luz comenzó a filtrarse a través de la ventana de su dormitorio. A la luz del día, todo parecía más llevadero.

CAPITULO 32

ALEGRE COMO UNA MOSCA ANTE UN PASTEL DE BODAS

Pilar, veterinaria y hermana de Marisol, se había quedado sin trabajo y cuando Ruth se enteró no se lo pensó dos veces e inmediatamente le pidió a su amiga el número de teléfono para llamarla.

No podía dejarla escapar. Pilar tenía amplia experiencia profesional fruto de su trabajo en un Hospital Veterinario durante los últimos siete años, y aunque solo habían coincidido un par de veces, le había parecido una persona seria y competente.

Cuando la llamó, nada más colgar a Marisol, se mostró encantada con su ofrecimiento y quedaron en verse a la hora de la comida para hablar de los detalles.

Ruth la reconoció enseguida sentada a una mesa del restaurante en el que se habían citado. Se parecía mucho a Marisol, ambas eran rubias, menudas y tenían una sonrisa deslumbrante capaz de conquistar a cualquiera.

—Siento el retraso —se disculpó Ruth que llegaba diez minutos tarde.

—No te preocupes, lo entiendo perfectamente. Nuestro trabajo no tiene horario. Sabemos a qué hora empezamos pero no a la que acabaremos. —Pilar le dedicó una sonrisa tranquilizadora y Ruth pensó que aquella mujer le gustaba cada vez más.

—Sí, tú sabes de lo que hablo —dijo Ruth mientras tomaba asiento—. ¿Pedimos primero?

—De acuerdo.

Pidieron la comida y Ruth se sintió encantada al enterarse de que Pilar era vegetariana. Respetaba a las personas con diferente opción alimenticia y siempre había creído que los comportamientos extremistas no ayudaban demasiado. Cada uno debía elegir su propio camino, pero no podía evitar sentirse satisfecha porque Pilar, al igual que ella, hubiese decidido eliminar a los animales de su dieta.

—Lamento que te hayas quedado sin trabajo —comenzó a decir Ruth—, pero para mí será una suerte si conseguimos alcanzar un acuerdo. En la clínica cada vez hay más trabajo y aunque tengo una ayudante maravillosa, aún está un poco verde.

—Seré completamente sincera contigo, estaba cansada de mi trabajo. Demasiadas guardias nocturnas y de fin de semana. Mi marido y yo apenas nos veíamos porque cuando yo llegaba a casa él tenía que marcharse —se lamentó Pilar.

—No debes preocuparte por eso. No tenemos servicio de urgencias y los fines de semana cerramos. Es cuando aprovecho para hacer intervenciones a los animales de las protectoras con las que colaboro.

—Empieza a gustarme mucho la idea de trabajar contigo —sonrió Pilar.

—Si nos ponemos de acuerdo en el sueldo y el horario el trabajo es tuyo. Y si todo va bien, con el tiempo podríamos establecer turnos de mañana y tarde. Confieso que estoy un poco agobiada y necesito tomarme un respiro de vez en cuando. Ni siquiera recuerdo cuando fue la última vez que me fui unos días de vacaciones.

—¿Cuándo empiezo? —preguntó Pilar cada vez más animada.

Finalmente se pusieron de acuerdo en el salario, no era alto, pero

estaba por encima del convenio colectivo y Ruth le prometió un porcentaje de los beneficios anuales.

Cuando salió de la clínica aquella tarde, se sentía muy animada e incluso se pasó por el supermercado a hacer la compra. Aquella noche Javier cenaría en su casa y quería preparar algo especial, aunque la cocina no era algo que se le diera especialmente bien.

Cocinó calabaza al curry, milhojas de berenjenas al horno y tarta de zanahoria. Era la primera vez que preparaba esos platos, pero los eligió porque le parecieron bastante sencillos y adecuados para su bajo nivel de cocina.

Mientras metía la cena en el horno se dio una ducha y se cambió de ropa. Eligió un vestido verde de tirantes que además de ser cómodo le sentaba muy bien porque se amoldaba a cada una de las curvas de su cuerpo. Se dejó el pelo suelto, tal y como le gustaba a Javier, y se puso máscara de pestañas y un poco de brillo en los labios.

Javier llegó antes de lo previsto, pero ella ya estaba lista porque estaba acostumbrada a aprovechar al máximo el escaso tiempo libre del que disponía y no solía perderlo ante el espejo.

—Hueles de maravilla —le dijo él tomándola entre sus brazos y hundiendo la nariz en su pelo—. ¿Has podido escaparte del trabajo?

—Parece mentira, pero sí, he salido un poco antes. Tú no pareces haber tenido la misma suerte —respondió ella echando un vistazo a su traje.

—No he tenido tiempo de pasar por mi casa para darme una ducha y cambiarme de ropa. Además, tenía muchas ganas de verte.

Ruth le cogió de la mano y tiró de él hacia la cocina. Había dejado puesto el horno y no quería perderlo de vista por temor a que

la cena terminase calcinada en lugar de ligeramente horneada como decía la receta.

—Ahora relájate y tomate esto —le dijo tendiéndole una copa de vino blanco—. La cena está prácticamente lista.

CAPITULO 33

LA SOMBRA DE UNA PALMERA

Ruth se acercó hasta el horno y lo abrió ligeramente para comprobar cómo iba la milhojas de berenjenas, pero cuando notó las manos de Javier en su cintura, la comida quedó en un segundo plano y se concentró únicamente en las sensaciones que aquellas manos producían en ella.

—Te he echado de menos —le susurró él al oído— Aún no he conseguido olvidar ese conjunto blanco que llevabas puesto el otro día. ¿Qué llevas puesto hoy?

—Eso tendrás que averiguarlo —respondió ella volviéndose hacia él y rodeándole con los brazos.

Javier sonrió pícaramente y levantó la falda de su vestido dejando a la vista un minúsculo tanga de encaje blanco.

—Me gustaba más el del otro día, pero este no está nada mal —opinó él arrancándoselo de un tirón.

—¿Pero qué...?

Quería regañarle, pero la calló con un beso mientras acariciaba su sexo de aquel modo que siempre conseguía volverla loca de placer.

Javier se sentó sobre una silla de la cocina y la colocó encima de él, pero Ruth, que aquella noche quería estar al mando, se levantó y comenzó a desnudarse con movimientos lentos y sensuales. Primero deslizó un tirante sobre su hombro derecho y después hizo lo mismo con el izquierdo. Bajó la cremallera del vestido poco a poco y se giró

dándole la espalda para ir descubriendo algunas partes de su cuerpo ante aquellos ojos que la miraban llenos de deseo.

Dejó que el vestido cayera hacia el suelo quedándose completamente desnuda y se movió y contoneó jugando con sus pezones, acariciando su sexo y deslizando la lengua sobre sus labios para dejarlos húmedos y deseables.

Javier no apartó la vista de ella en ningún momento y parecía encantado con lo que veía. Sus pantalones aumentaron en la zona de la entrepierna e inmediatamente imaginó su duro y suave miembro en su interior.

Se acercó a él, le desabrochó y bajó los pantalones y, una vez más, admiró su tamaño y su dureza. Lo acarició de arriba a abajo, lo lamió y jugó con él durante un rato, hasta que Javier la tomó firmemente por la cintura y volvió a colocarla sobre él. Pero esta vez no la soltaría tal y como le indicaban sus manos firmemente asidas a su trasero.

—Eres una mujer perversa —le susurró—. ¿Lo sabías?

—Sí —respondió ella con una sonrisa.

Entró en ella sin problemas. Estaba húmeda y completamente preparada para acogerle en su interior. Aquel encuentro sería salvaje, intenso y rápido, como solía suceder en cada encuentro. Después, en la cama, tendrían tiempo de deleitarse y saborear cada segundo compartido.

Cabalgó sobre él a buen ritmo mientras notaba su lengua sobre sus senos y las manos firmemente asidas a su cintura. Supo que estaba al borde del éxtasis al mirarle a los ojos porque brillaban de una forma especial mientras sus parpados caían sobre ellos lánguidamente.

Intensificó el ritmo y se movió buscando su propio placer hasta que sintió que su corazón se desbocaba y su respiración era cada vez más agitada. Cuando la apretó contra él con una fuerte embestida, no pudo luchar contra el placer que la hacía sentir y, lentamente, se dejó llevar hacia la cima y aceptó el beso que la ofrecía mientras notaba cómo él también alcanzaba el clímax.

A Ruth le encantaban esos momentos de intimidad que se creaban siempre entre ellos tras hacer el amor. Sentir sus brazos rodeándola, el sonido de su respiración junto al oído y el calor de su cuerpo sobre el suyo, la hacía sentir plena y feliz. Pero un fuerte olor a quemado alertó sus sentidos y rápidamente se separó de él para apagar el horno. Se habían quedado sin cena.

El humo del interior del horno inundó la cocina provocándola un ataque de tos, pero Javier acudió en su ayuda, abrió la ventana, cerró el horno y llenó un vaso de agua para que se lo bebiera.

—Creo que la cena se ha quemado —observó ella tosiendo aún.

—Creía que eras una experta cocinera —se burló él.

—En realidad, soy una cocinera pésima —le confesó.

—Tienes otras muchas cualidades que resultan más interesantes —le aseguró él retirándole un mechón de pelo de la cara y besándola en los labios.

Un par de horas más tarde le vio levantarse de la cama y recoger la ropa que habían dejado tirada sobre el suelo. Para Ruth era cada vez más difícil verle marchar, pero no quería presionarle u obligarle a hacer algo para lo que no parecía estar preparado.

Aquella noche le costó mucho trabajo ocultar lo que sentía por él e incluso un par de veces sintió la tentación de confesarle la verdad, pero en el último momento logró controlarse porque sabía que,

probablemente, conocer sus sentimientos le alejarían de ella.

—Puedes quedarte si quieres —sugirió ella con tono casual—. Quiero decir... que... estarás... estarás cansado y...

—¿Quieres que me quede? —preguntó él.

Ella no respondió inmediatamente. Quería que se quedara a pasar la noche, era lo que más deseaba en aquel momento, pero nuevamente temió que no estuviese preparado para dar aquel paso.

Javier se sentó junto a ella en la cama y la miró con intensidad, tal vez buscando una respuesta que no llegaba.

—¿Quieres que me quede? —repitió él.

—Sí, quiero que te quedes, pero...

—No digas nada más —le pidió él colocando un dedo sobre sus labios—. Tengo que irme unos días a Barcelona a resolver algunos asuntos. Cuando vuelva me gustaría que habláramos de algunas cosas.

—¿Te vas de viaje? —estaba sorprendida porque hasta aquel momento no sabía que fuera a marcharse.

—Sí. Te llamaré cuando regrese.

—Está bien —respondió resignada ante la idea de no verle en unos días.

Cuando él se marchó se sintió sola y abatida. Se tumbó en el lado de la cama que él había estado ocupando tan solo unos minutos antes y aspiró su olor que impregnaba las sabanas y la almohada. Se durmió enseguida y soñó que despertaba entre sus brazos, mecida por el sonido de su respiración y el calor de su cuerpo.

CAPITULO 34

ME HE SENTADO A ESPERAR

Todos los días hablaba con Úrsula por teléfono, pero hacia demasiado tiempo que no la visitaba en casa y echaba de menos la cocina de su amiga, su oído atento y la paz que siempre lograba transmitirle. Así que, en cuanto salió del trabajo se subió al coche y se encaminó a hacerle una visita.

Santi y Ulrich salieron a recibirla y husmearon su bolso en busca de la golosina que siempre los llevaba, pero Darty solo se atrevió a observarlos desde su rincón sin acercarse. Ruth les dio un hueso a cada uno y dejó el de Darty en el suelo alejándose después hacia la cocina. En cuanto se sintió seguro, se levantó para acercarse a la golosina y tras olisquearla debió decidir que le gustaba, y se la llevó entre los dientes hasta su cama.

—Está muy bien —observó Ruth.

—Ya no huye despavorido cuando me acerco y hasta me deja que lo acaricie de vez en cuando —dijo Úrsula orgullosa por los avances que había logrado con Darty—. Veremos qué ocurre cuando empecemos la rehabilitación.

—Hemos tenido casos peores que el de Darty, pero Belén siempre consigue buenos resultados. Es una excelente profesional, la mejor que he conocido nunca —le recordó Ruth refiriéndose a la fisioterapeuta.

—Cruzaré los dedos y confiaré en Belén —respondió su amiga—. ¿Por qué no te sientas y tomamos algo? Tienes que contarme un

millón de cosas.

—Ja, ja, ja —rió Ruth—. ¿Un millón de cosas? Me temo que no voy a estar a la altura de tus expectativas, solo son un par de cosas.

Mientras Úrsula sacaba la bebida de la nevera, Ruth se sentó ante la mesa de madera que dominaba la cocina. Le encantaba aquel rincón de la casa de su amiga. Vivía en un chalet a las afueras de Madrid y su cocina, a diferencia de la de su piso, era amplia, luminosa y siempre olía a comida recién hecha.

Los muebles blancos con encimeras de madera envejecida daban un toque muy hogareño a aquel lugar y los amplios ventanales, que ocupaban toda una pared de la estancia abriéndose paso al jardín, permitían la entrada de luz hasta en los días más lluviosos.

Úrsula siempre tenía sobre la mesa de madera fruta fresca y una cesta con verduras que ella misma cultivaba en el pequeño huerto que había en el jardín. No sabía de dónde sacaba el tiempo, pero su amiga era una caja de sorpresas capaz de hacer cualquier cosa en las escasas horas libres de las que disponía.

—Cuéntamelo todo —le dijo poniendo delante de ella una copa de vino.

—He contratado a alguien para la clínica. Se trata de una persona a la que conoces y que es de toda confianza.

—¿De verdad? ¿Quién ese esa persona misteriosa?

—Pilar, la hermana de Marisol.

—¡Enhorabuena! Pilar es una mujer extraordinaria y una buena profesional —opinó su amiga—. Haréis un equipo fantástico.

—Estoy muy contenta. Me descargará de una buena parte del trabajo y tendré un poco de tiempo libre. —Ruth sonrió, se sentía muy contenta con la decisión de contratar a Pilar y estaba segura de que

no se arrepentiría— No puedo creérmelo. Tiempo libre. ¡Voy a tener tiempo libre!— repitió con los ojos brillantes por la enorme alegría que sentía.

—¿Y cuál es la segunda buena noticia?

—La segunda noticia no sé si es buena o mala. Como ya sabes, Javier y yo nos hemos visto con frecuencia en las últimas semanas y las cosas entre nosotros parecen funcionar bastante bien.

—Eso es bueno, ¿verdad? —preguntó Úrsula confusa.

—Sí, en principio sí, pero ayer me atreví a pedirle que se quedara a dormir y él no solo se marchó, sino que me dijo que se iba unos días de viaje y hablaríamos a la vuelta —respondió melancólica—. No sé qué pensar o qué esperar de esa conversación.

—No te adelantes a los acontecimientos. Ya veo tu cabecita haciendo cábalas y torturándose con mil hipótesis, pero deberías esperar a que regrese para saber de qué quiere que habléis.

—Es que no quiero hacerme falsas ilusiones, pero no puedo evitarlo. Las últimas semanas han sido fantásticas y no quiero que esto se acabe.

—Ese hombre está loco por ti —le aseguro Úrsula—. Vi como te miraba la noche del incendio y yo mataría por un hombre que me mirara de ese modo.

—¿De verdad lo crees?

—¿Por qué iba a mentirte?

Ruth sonrió satisfecha por el comentario de su amiga y volvió a sentirse optimista respecto a su relación con Javier.

—¿Qué hay de ti? Ya sé que hablamos por teléfono cada día, pero últimamente no me cuentas casi nada.

—Yo también tengo buenas noticias, pero no quería decirte nada

por teléfono.

—¿Por qué no querías decírmelo por teléfono?

—Porque es algo importante y las cosas importantes no pueden contarse por teléfono.

—¿Quieres decirme de que se trata? Vas a matarme con tanta incertidumbre —inquirió Ruth con impaciencia.

—Estoy saliendo con alguien.

—¿Estás saliendo con alguien? ¿Con quién? ¿Desde cuándo? ¿Por qué no me has dicho nada hasta ahora? —las preguntas brotaron de sus labios atropelladamente y provocaron la risa de Úrsula.

—Quería decírtelo en persona y también quería estar segura de que tenía algo que contar —aclaró su amiga—. Y respondiendo a tus preguntas, se trata de alguien que ya conoces, se llama Raúl y solo llevamos juntos unas cuantas semanas.

—¿Quién es Raúl? ¿Dices que le conozco? —Ruth entornó los ojos intentando recordar a qué Raúl se refería.

—Es uno de los hombres que conocimos en nuestra última salida. Pasamos mucho tiempo hablando aquella noche y después hemos hablado por teléfono y nos hemos visto varias veces.

—¿Llevas semanas saliendo con alguien y no me lo has contado hasta ahora? —Ruth se sentía ofendida porque ella siempre confiaba en Úrsula y le contaba todo lo que sucedía en su vida con pelos y señales.

—Lo siento, no pensé que te lo tomarías mal. Solo quería estar segura antes de contártelo.

—Deduzco de tus palabras que vais en serio.

—Aún no lo sé, pero de momento ha superado todas las pruebas.

—¿Qué pruebas? —pregunto con curiosidad.

—Para empezar, le gustan los animales y no es algo que me haya contado, sino que lo he comprobado personalmente. Ha estado en casa y ha hecho buenas migas con los perros. También ha visitado el albergue y estuvo genial con los animales, me ayudo a limpiar, a darlos de comer y parecía estar encantado.

—Empieza a gustarme ese hombre. Aunque para serte sincera no parece de este planeta.

—Ja, ja, ja. Eso mismo pensé yo, pero después de verle en el albergue jugando con los perros y los gatos y limpiando sin quejarse, créeme, es de carne y hueso.

—En ese caso brindo por Raúl —dijo Ruth alzando su copa.

—Le he invitado a cenar mañana y me gustaría que vinieras.

—¿Crees que es buena idea? Estáis empezando a conoceros y deberías pasar algún tiempo solos antes de implicar a nadie más en la relación.

—Tenemos toda la noche por delante y quiero que le des el visto bueno.

—Está bien, en ese caso acepto.

CAPITULO 35

COMPASIÓN Y SILENCIO

El sábado por la mañana, después de varios días jugando al perro y al gato, Ruth consiguió hablar con José sobre el regalo de Paula. En realidad, era ella quien no podía coger el teléfono y después olvidaba devolverle la llamada.

—¡Por fin puedo hablar contigo! —se quejó su cuñado—.
¿Siempre es tan difícil localizarte?

—Lo siento, he estado muy ocupada últimamente y cuando llego a casa estoy tan cansada que olvido devolver las llamadas —se disculpó.

—Trabajas demasiado.

—No empieces tú también —le regañó—. ¿Has pensado en algún regalo especial para mi hermana?

—Sí, he encontrado el regalo ideal.

—Sabía que podía confiar en ti —sonrió satisfecha.

—El problema es que no se si vas a estar de acuerdo —le confesó José—, pero creo que a ella le va a encantar. De hecho, es algo que quiere desde hace tiempo.

—¿Vas a contármelo? —preguntó impaciente—. Espero que no me cueste el sueldo de los próximos veinte años.

—No, nada de eso. Se trata de un gato.

—¿He oído bien? ¿Has dicho gato? G—A—T—O —deletreó Ruth.

—Sí, eso he dicho. A Paula siempre le han gustado los animales

y lleva tiempo queriendo adoptar un gato.

—Conozco a mi hermana, ambas crecimos con perros y en aquel entonces parecía quererlos, pero últimamente no parece estar muy interesada en ellos.

—Ruth, Paula es mi mujer, la conozco bastante bien y sé mejor que nadie lo que quiere.

—Lo pensaré, pero no te prometo nada. No creo que regalar animales sea algo adecuado. No puedo sermonear a la gente que lo hace y cometer yo la misma irresponsabilidad —le dijo Ruth a su cuñado algo molesta.

—De acuerdo, piénsalo, pero te aseguré que le encantaría adoptar un gato. No te lo pediría si no estuviese completamente seguro. A ti no te costaría nada adoptarlo, seguro que en el albergue de tu amiga hay un montón de ellos que necesitan una familia y Paula sabrá proporcionarle un hogar lleno de atenciones y cariño.

—Espero que lo que voy a preguntarte no te moleste —le dijo Ruth sabiendo que iba a pisar terreno pantanoso—. Nunca me meto en vuestros asuntos, pero, ¿no sería mejor que tuvierais un bebé?

—A Paula y a mí nos habría encantado ser padres, pero me temo que eso no es posible —se lamentó José.

—¿Cómo dices?

—Tu hermana no puede quedarse embarazada. Nos hicimos pruebas y Paula probó varios tratamientos, pero no han funcionado.

—¿Por qué mi hermana no me lo ha contado? —le pregunto enfadada—. Sé que últimamente nos peleamos mucho y que no solemos estar de acuerdo en nuestra forma de ver la vida, pero somos hermanas y debería confiar en mí.

—Tu madre tampoco lo sabe —intentó calmarla José—. Paula os

lo contará cuando esté preparada para hacerlo. Lo ha pasado muy mal, ya la conoces, el fracaso es...

—¿El fracaso? Esto no es un fracaso —le interrumpió furiosa.

—Lo sé y no seré yo quien te lleve la contraria, pero ella se lo ha tomado como tal, por eso ha estado tan susceptible. ¿Pensarás acerca del regalo?

—Sí, no te preocupes, lo haré.

—Gracias, dime algo cuando tomes una decisión.

Mientras se vestía para ir a la cena en casa de Úrsula, pensó en Paula y en lo alejadas que estaban la una de la otra. Sabía bien que si a ella le sucediese algo como aquello se lo habría contado a su amiga y no a Paula, por lo que no podía culpar a su hermana de falta de confianza.

Se subió al coche y puso algo de música. Nuevamente Manolo García la acompañaba en su camino con una canción que había escuchado millones de veces y que, de pronto, cobraba un significado nuevo. Pero no estaba de humor para escuchar hablar de amor, ni siquiera de libélulas azules, y volvió a apagar la radio.

Llegó puntual a casa de su amiga, saludó a los perros, los obsequió con unas golosinas y después se dirigió a la cocina junto a Úrsula para saludar a Raúl.

CAPITULO 36

TODOS AMAMOS DESESPERADAMENTE

Raúl llevaba un delantal blanco y cortaba verduras sobre una tabla de madera. Parecía sentirse cómodo en la cocina de su amiga, algo que a Ruth no la extrañó porque a ella le sucedía lo mismo. Cuando levantó la vista y sus ojos coincidieron, su cara se iluminó con una sonrisa de bienvenida. Era mucho más guapo de lo que recordaba y no le extrañó que hubiese conseguido conquistar a Úrsula. Solo era un poco más alto que su amiga, pero tenía unos bonitos ojos de color ámbar, el pelo negro y rizado, y cuando sonreía se le formaban dos hoyuelos en las mejillas que le hacían enormemente atractivo.

—¿Te acuerdas de Ruth? —le preguntó Úrsula.

—Por supuesto —respondió él acercándose hasta ella y besándola en las mejillas—. No hablamos mucho aquella noche porque Úrsula acaparó toda mi atención, pero nunca olvido a una mujer hermosa —la halagó él—. ¿Quieres tomar algo?

—Sí, gracias —aceptó Ruth—. Ya veo que Úrsula te ha puesto tarea. Ten cuidado con ella, le gustan demasiado los esclavos y no dudará en someterte a sus caprichos—bromeó.

—La última vez ella cocinó para mí y le prometí que la próxima vez yo lo haría para ella, así que yo mismo me he ofrecido —se encogió de hombros—, aunque tomo nota de tu advertencia.

Raúl le sirvió una copa de vino y mientras bebía observó como Úrsula y él se desenvolvían en la cocina y parecían compenetrarse a

la perfección.

—Raúl es vegetariano —dijo su amiga visiblemente orgullosa.

—Es un punto a tu favor —le informó Ruth—. Así no pensarás que somos raras.

—Me han tachado de raro demasiadas veces en mi vida y he dejado de preocuparme por ello. Mis amigos me llaman “el verduritas”, sé de lo que me hablas.

—¿De verdad te llaman así? —preguntó Ruth divertida.

—Sí, es verdad, pero no me importa —aseguró él—. Úrsula me ha hablado mucho de ti.

—Espero que solo te haya contado las cosas buenas.

—Por supuesto —afirmó él—. Ella piensa que eres maravillosa y así me lo ha dicho.

—No solo lo pienso, lo sé —confirmó su amiga.

—Agradezco los piropos, pero te aseguré que no es para tanto. Prefiero mantener las expectativas a un nivel razonable —bromeó Ruth.

—Confío plenamente en la opinión de Úrsula —dijo Raúl besando a su amiga en los labios.

—Me encanta besarte —le dijo Úrsula separándose de él—, pero Ruth me ha asegurado por teléfono que se marcharía en cuanto empezáramos a hacernos arrumacos.

—Supongo que podré soportar un par de besos. Pero si no os importa, ¿podéis dejar lo demás para otro momento? —les pidió Ruth.

—Está bien —aceptó Raúl—, pero luego no podrás librarte de mí tan fácilmente— le aseguró a Úrsula con una mirada llena de deseo.

Ruth sonrió al contemplar a su mejor amiga y a Raúl juntos como dos tortolitos y se alegró de que finalmente hubiese conocido a un

hombre que mereciera la pena. Úrsula no había tenido demasiada suerte con los hombres a lo largo de su vida. Se crió sin una figura paterna, se casó con un hombre que más que una mujer necesitaba una madre y después, todas sus relaciones habían sido un verdadero desastre. Aquella vez, sin embargo, la suerte parecía estar de su lado.

Entre ella y Javier nunca había existido esa complicidad que ahora veía entre Úrsula y Raúl y, sin embargo, no pudo evitar echar de menos tenerle a su lado. Echaba de menos sus besos, sus caricias y su manera de mirarla llena de deseo y pasión.

—Mañana hemos quedado todos los voluntarios para sacar a pasear a los perros del albergue —le dijo Úrsula—. ¿Te apuntas?

—No puedo, tengo comida familiar con Paula y José —se lamentó Ruth.

—Lo siento por ti. Te perderás un gran día —dijo Úrsula.

—Lo sé y preferiría que no me lo recordaras más.

—Yo me apunto —dijo Raúl mirando a Úrsula—. Supongo que puedo hacerlo, ¿verdad?

—Nunca sobran manos, pero te advierto que saldremos temprano. Tenemos previsto hacer una ruta larga —le informó Úrsula.

—Sabes que siempre puedes contar conmigo —le recordó él.

—No se lo digas dos veces —intervino Ruth—. A Úrsula le encanta dar órdenes. Si te ofreces voluntario para lo que sea, terminará abusando de ti.

—Me encanta que abuse de mí —sonrió él mirando a su amiga largamente.

Úrsula no pudo evitar reír ante el comentario y le devolvió la mirada asintiendo con la cabeza. Sus ojos brillaban con luz propia.

Parecía feliz y contenta, mucho más de lo que jamás lo había sido.

CAPITULO 37

BUSCO CIELOS

Hacía casi una semana que no sabía nada de Javier y empezaba a sentirse impaciente. Él no la había llamado y como no tenía ni idea de los asuntos personales de los que se estaba ocupando, según sus propias palabras, ella tampoco se atrevió a llamarle.

Durante las últimas semanas, tal y como le había contado a Úrsula, su relación iba bastante bien y no había pasado un solo día sin que él la llamara al menos un par de veces a pesar de verse casi cada noche. Lo cierto es que durante todo el tiempo que llevaban juntos no habían hablado mucho de sus vidas y solo sabía de él que había nacido y vivido en Barcelona hasta que, meses atrás, la empresa en la que trabajaba le ofreció el puesto de director en las oficinas de Madrid y él aceptó porque le gustaban los nuevos retos.

Se levantó pronto porque tenía muchas cosas que hacer antes de ir a comer a casa de su hermana. No podía quitarse de la cabeza la noticia que José le había contado el día anterior y no pudo evitar sentirse dolida porque Paula no confiara en ella.

Paula siempre había logrado alcanzar todos los objetivos que se había propuesto a lo largo de su vida, así que sabía cómo debía sentirse ante la imposibilidad de ser madre, algo que era otro de esos objetivos que se había marcado muchos años atrás.

—Llegas puntual —se sorprendió su hermana.

—No quería disgustarte y que volviéramos a discutir por una tontería.

—La puntualidad no es una tontería, sino una virtud que todo el mundo debería poseer.

Ruth siguió a su hermana hasta la terraza. Era un soleado y cálido día de finales de abril y José estaba bajo el toldo, sentado en un sillón y leyendo el periódico mientras tomaba un Martini.

—¿Quieres tomar algo? —le ofreció su hermana.

—Sí, gracias, tomaré lo mismo que vosotros.

—Siéntate, iré a buscarlo.

Ruth se sentó enfrente de su cuñado y miró a su alrededor. Todo lo que la rodeaba era tan perfecto como su hermana. El mobiliario, las plantas que bordeaban la terraza, el limpiísimo suelo de tarima y los enormes sillones blancos situados bajo una sombrilla igualmente perfecta e impoluta.

Su hermana y José contaban con varias personas de servicio en casa que Paula dirigía con mano firme, consiguiendo que todo luciera limpio y resplandeciente a su alrededor. En momentos como aquel, cuando su vida era un caos y estaba tan agotada que se levantaba cada mañana como si no hubiese descansado en toda la noche, sentía envidia de la ordenada y tranquila vida de su hermana. Afortunadamente, eso sucedía muy de tarde en tarde.

—¿Has pensado en lo que estuvimos hablando? —susurró José aprovechando la ausencia de Paula.

—Sí, pero sigo sin tenerlo claro. Es una decisión demasiado importante como para tomársela a la ligera.

—¿Por qué eres tan cabezota? —le preguntó él—. Primero me pides consejo y después decides ignorarlo. Sé lo que quiere tu hermana, créeme, llevamos nueve años juntos.

—¿Por qué no le regalas tú un gato? O mejor, ¿por qué no se lo

preguntamos a ella?

—Porque yo voy a regalarle un crucero y tú lo tienes más fácil, podrías hablar con tu amiga Úrsula y adoptar un gato —la espetó José—. Sé lo que piensas, pero Paula admira mucho lo que haces.

—Ja, ja, ja —rió ella—. Eso no me lo creo, se pasa la mayor parte del tiempo criticándome.

—Ella quiere lo mejor para ti y quizá este equivocada, pero no lo hace con mala intención.

—¿De qué estáis hablando? —les interrumpió Paula.

—Hablábamos de tu cumpleaños— respondió Ruth.

—¿Te ha contado José que daremos una fiesta?

—Sí, claro, precisamente eso es lo que me estaba diciendo — mintió.

Paula pareció conformarse con la explicación y se lanzó a contarle los detalles de la fiesta de cumpleaños. Llevaba varias semanas planeándolo todo y Ruth sabía que sería una fiesta perfecta en la que habría abundancia de comida, bebida e invitados.

La comida transcurrió de forma tranquila y hasta agradable. Hacía mucho tiempo que su hermana y ella no compartían un rato como aquel, sin peleas ni críticas, y cuando llegó el momento de marcharse lamentó tener que despedirse de Paula y dar por terminada una jornada tan pacífica que era posible que no volviera a repetirse en mucho tiempo.

CAPITULO 38

ÉRAMOS

Ruth paseaba por su despacho mirando el teléfono móvil sin decidirse a hacer la llamada. Seguía sin noticias de Javier, pero no se atrevía a pulsar el botón que podría acabar con aquella incertidumbre.

La relación con él había sido complicada desde el principio. Había demasiadas preguntas en el aire y pocas certezas, y comenzaba a pensar que la ansiedad que aquella situación le estaba generando terminaría por dañarla.

Finalmente decidió ir a ver a José para conseguir alguna información sobre el paradero de Javier. Se sinceraría con él, le confesaría la relación con su jefe e intentaría obtener alguna de las respuestas que buscaba.

Le llamó para avisarle de su visita y a medio día, tras abandonar la clínica, se dirigió a las oficinas en las que trabajaba su cuñado dispuesta a aclarar algunas cosas. Cuando estaba a punto de entrar en el imponente edificio se encontró con Joaquín y aunque intentó esquivarle evitando así una situación incómoda, él se lo impidió abordándola nada más verla.

—¡Hola! —saludó él con una enorme sonrisa—. Es una sorpresa verte aquí.

—He venido a ver a José —respondió ella con desgana.

—No le he visto en toda la mañana.

—He quedado con él, así que supongo que me estará esperando.

—¿Qué tal te va?

—Bien, gracias, pero tengo un poco de prisa porque he de volver al trabajo —le contestó dando por finalizada la conversación.

—Por supuesto. —Joaquín parecía decepcionado y Ruth se arrepintió por haberle tratado de una forma tan fría y distante.

Quiso arreglarlo, pero en aquel momento miró hacia la entrada del edificio y sus ojos se fijaron en el hombre que salía por la puerta principal y que ella pensaba que aún seguía de viaje.

—Podría llamarte un día de estos para invitarte a cenar —le propuso Joaquín mientras Javier se acercaba hasta ellos.

—¿Ruth? —Javier pronunció su nombre con sorpresa y Ruth le miró de aquella manera que su hermana y su madre llevaban practicando toda la vida y que indicaba claramente su descontento.

—Javier —dijo ella en tono seco.

—Te llamaré pronto —dijo Joaquín.

—Adiós, Joaquín, me ha encantado volver a verte —le dijo forzándose a sonreír y a mostrar una alegría que no sentía.

Observó a Joaquín mientras se marchaba y sintió cierta pena por él. Era un hombre que merecía la pena, estaba segura, y se lamentó por no corresponder los sentimientos que él parecía albergar hacia ella. Cuando estuvo lo suficientemente lejos se volvió hacia Javier para enfrentarse a él.

—José me espera y no tengo tiempo que perder —le dijo intentando esquivarle.

—No he podido llamarte.

—¿Te has quedado sin teléfono? —ironizó ella—. Deja que lo adivine, lo olvidaste en casa y no recordabas mi número.

—Ahora no puedo explicártelo, te llamaré más tarde —prometió él.

—De acuerdo —suspiró ella encaminándose hacia la puerta.

—¿De qué conoces a Joaquín? —preguntó él cogiéndola del brazo para impedir que se marchara.

—Le conocí en casa de mi hermana y hemos salido alguna vez. Y ahora, ¿dejarás que me marche?

Javier la soltó, se apartó hacia un lado permitiéndole el paso y ella continuó caminando e intentando aparentar una tranquilidad que no sentía.

José la esperaba en su despacho con un pequeño picnic sobre la mesa, que supuso que era para ambos. Estaba hambrienta y su estómago rugió de hambre en cuanto vio aquellos alimentos perfectamente colocados sobre un mantel de color blanco.

—¿Has preparado todo esto por mí?

—En realidad ha sido mi secretaria, yo no distinguiría un mantel de un trozo de sabana —le confesó él riendo su propia gracia—. ¿Te parece que comamos algo mientras hablamos? —preguntó, y antes de obtener respuesta cogió un sándwich de uno de los platos y comenzó a comer con avidez.

—Sí, yo también tengo hambre —reconoció ella echando un vistazo a la comida perfectamente dispuesta en los diferentes platos.

—La ensalada es solo vegetal y esos sándwich también —le dijo señalando uno de los platos.

—Gracias, has pensado en todo.

—Supongo que has venido a decirme algo respecto al regalo de Paula.

—No, sí,... bueno, la verdad es que no he venido a verte por eso, aunque también he pensado en ello y creo que voy a confiar en ti. Espero no tener que arrepentirme.

—No te arrepentirás —le aseguró él con una sonrisa—. ¿Por qué has venido?

—Tengo que contarte algo y no quería que mi hermana estuviese presente —dijo con rostro serio.

—Parece algo importante.

—Javier y yo estamos juntos desde hace algún tiempo —le confesó Ruth—. Lo estábamos al menos hace unos días, aunque ahora ya no estoy segura.

—¿Te refieres a mi jefe? —José parecía sorprendido por la confesión de su cuñada y dejó el sándwich sobre uno de los platos— No sé qué decir, la verdad es que nunca lo hubiese imaginado.

—Paula y tú nos presentasteis en vuestra casa, ¿no lo recuerdas? Después me pediste que fuese aquella fiesta porque Javier había preguntado si yo asistiría. Incluso le invitasteis a comer a casa de mi madre aquel domingo —observó ella—. Soy yo la que nunca hubiese imaginado que esta noticia pudiera sorprenderte.

—Nunca debería haberos presentado —se lamentó él.

—Aquí está pasando algo raro y quiero que me lo digas inmediatamente.

—¿Sientes algo por él? Quiero decir si tú...

—Acabo de decirte que estamos juntos y, por supuesto, no estaría con un hombre si no sintiese nada por él.

—Esto es peor de lo que imaginaba —murmuró José poniéndose de pie.

—Estás empezando a asustarme.

—Javier está casado —soltó él como una bomba.

—¿Cómo que Javier está casado? —preguntó atónita.

—Sí, casado —le confirmó—. Su mujer vive en Barcelona, por lo

que he oído no quiso venir a Madrid cuando a él le ofrecieron el puesto de director.

—Me dijo que tenía que viajar a Barcelona para arreglar algunos asuntos, pero nunca imaginé que...

—Lo siento. Cuando le invité a cenar no tenía ni idea de que estuviese casado y me siento culpable por lo sucedido. Paula y yo teníamos la mejor de las intenciones al presentarnos.

—Me ha mentado —dijo ella—. Nunca me ha dicho que estuviera casado. Si lo hubiese sabido yo... yo no.... —No pudo continuar hablando porque la realidad la golpeó con fuerza y todas las preguntas que hasta el momento no había podido responder comenzaron a aclararse— Paula y tú no tenéis la culpa de nada. Tengo que... tengo que salir de aquí.

Ruth se levantó de la silla y abandonó el despacho de José sintiendo el corazón destrozado. Cuando se subió al coche no pudo evitar que las lágrimas que había estado conteniendo hasta ese momento se derramaran por su cara sin control.

CAPITULO 39

SUBO ESCALAS, BAJO ESCALAS

Javier la llamó muchas veces y dejó mensajes en el contestador de su teléfono móvil, pero no tenía fuerzas para escucharlos y si algo tenía claro era que no quería saber nada de él.

Hasta ese momento la suerte había estado de su lado y él no intentó verla. No sabía si sería capaz de resistirse si se encontraban frente a frente. El poder que ejercía sobre ella era innegable y su fuerza de voluntad flaqueaba cuando estaban juntos. Pero Ruth no quería una relación basada únicamente en el sexo. Hacía tiempo que sus sentimientos hacía él iban mucho más allá de una atracción meramente física, de hecho, hacía tiempo que estaba enamorada de él, aunque desconocía los sentimientos que albergaba hacía ella porque él jamás le había dicho nada al respecto.

La única buena noticia era que Pilar se había incorporado al trabajo y eso la dejaba más tiempo disponible para dedicarlo a las protectoras y la liberaba de estar todo el día en la clínica veterinaria donde Javier hubiese podido encontrarla.

Ese día Paula cumplía treinta y tres años y al día siguiente celebraba su fiesta de cumpleaños. La idea de regalarle un gato nunca había terminado de convencerla. Los animales no eran un regalo de cumpleaños y quien tomaba la decisión de ampliar su familia con uno de ellos debía hacerlo de forma responsable, sabiendo que el compromiso que adquiría no era pasajero, sino para siempre. Sin embargo, sabía que su hermana sabría cómo cuidarlo y

que si se comprometía a ello, le daría una vida llena de cariño y cuidados.

Llamó a Perfe, de APA Mas Vida, una protectora que se dedicaba a rescatar gatos y perros alojándolos en casas de acogida hasta su adopción, y este le dijo que tenían muchos adultos y cachorros disponibles en aquel momento, así que quedó con él para recoger los papeles de adopción que debería firmar Paula y dejó a su criterio la elección de un gato adecuado para su hermana.

—Tiene dos meses y se llama Maya —le dijo Perfe mostrándole a una preciosa hembra de color blanco con una mancha canela en el ojo izquierdo.

—¡Es preciosa! —exclamó Ruth cogiéndola entre sus brazos.

—He pensado que sería adecuada para tu hermana.

—Ya te dije que no me importaban ni el sexo ni la edad.

—Me alegra que seas tú quien se la lleve. Maya es un caso especial. Estuvo a punto de morir y consiguió salir adelante contra todo pronóstico.

—He de confesarte que no estaba convencida de regalarle un gato a Paula. No es por nada. Ella la cuidará bien, pero adoptar es algo tan especial y tan serio.

—Lo entiendo, pero tú estarás ahí y sé que jamás accederías a ello si no estuvieses completamente segura.

Las palabras de Perfe terminaron de convencerla y cuando le dio los papeles de la adopción para que Paula los firmara Maya, se quedó dormida entre sus brazos. Respiró hondo, metió a la gata en el trasportín y se dirigió a casa de su hermana sintiéndose muy nerviosa por la reacción de esta cuando viera a la pequeña.

Además del trasportín había comprado todo lo necesario para su

cuidado, comida, algunos juguetes, una camita para que estuviese cómoda y caliente y un par de libros con información sobre sus cuidados.

Paula abrió la puerta de su casa y la miró de arriba abajo, una costumbre que a Ruth le molestaba porque la hacía sentir como un bicho raro, pero que era otra de esas costumbres de su hermana heredada de su madre.

—¿También te llevas el trabajo a casa? —preguntó su hermana al verla tan cargada.

—No —respondió.

—Puedes dejar las cosas en el pasillo, así no te olvidarás de nada cuando te vayas.

Dejó un par de bolsas en el suelo y caminó detrás de su hermana con el trasportín entre los brazos. Le alegró ver que José ya había llegado porque así no tendría que enfrentarse sola a su hermana e intercambió con él una mirada de complicidad que no escapó a Paula, que era una mujer muy sagaz.

—¿Qué estáis tramando? Los dos estáis muy raros —dijo su hermana—. Y no me creo que tú hayas venido a cenar solo porque hoy es mi cumpleaños —observó volviéndose hacia ella.

—Pues claro que Ruth ha venido porque hoy es tu cumpleaños —acudió José en su ayuda.

—Por eso y porque quería darte tu regalo en lugar de esperar a la fiesta de mañana.

—¿Mi regalo? —preguntó Paula.

—Sí, tu regalo —le dijo colocando el trasportín delante de ella.

—Te he dicho que dejaras eso en el pasillo —volvió a regañarla su hermana.

—Este es tu regalo —aclaró Ruth—. ¿Por qué no miras lo que hay dentro?

Ruth estaba nerviosa. No sabía cuál sería la reacción de Paula y miró a José en busca de apoyo. Este sonrió y asintió con la cabeza. Estaba convencido de que aquello era lo que su hermana quería, aunque ella volvía a tener serias dudas.

Respiró hondo e intentó serenarse. Lo peor que podía pasar es que Paula no quisiera un gato tal como le había asegurado José cientos de veces y en ese caso, ella se quedaría con Maya. Los animales no eran juguetes, llevaba muchos años luchando para que ese mensaje calara hondo. Conocía a muchos animales que después de ser adoptados habían sido devueltos como si se trataran de un electrodoméstico cuyo funcionamiento no es satisfactorio. Eso era lo peor que les podía pasar, volver al lugar del que habían salido. Tenía claro que ella jamás haría algo así.

Paula miró a José y a Ruth alternativamente y después volvió la atención hacia el trasportín y hasta se atrevió a abrir la puerta. Ruth se sentó a su lado y metió la mano dentro de la caja. Notó el cuerpo cálido de Maya contra la palma de su mano y la cogió con cuidado para sacarla.

—Te presento a Maya —anunció Ruth—. Maya, esta es Paula, mi hermana y la persona que cuidará de ti a partir de ahora.

Paula parecía estar completamente conmocionada. Ni siquiera dijo nada, aunque era una de esas personas que siempre tienen algo que decir, pero cogió a Maya entre sus brazos y comenzó a acariciarla suavemente. Ruth estudió cuidadosamente su rostro y vio que miraba a la gatita con los ojos muy abiertos mientras sus dedos se hundían en cálido manto de pelo que cubría su cuerpo. Todo

parecía indicar que su cuñado tenía razón y que Maya había encontrado un hogar.

—Es preciosa —habló por fin Paula.

—¿Qué te parece el nombre de Maya?

—Me encanta —opinó Paula—. Es muy pequeña y tiene los ojos tan verdes como un rubí.

—Tienes que agradecersele a José. Él me convenció para adoptar a Maya. Bueno, antes tendrás que firmar los papeles de la adopción.

—Gracias a los dos. Hacía tiempo que estaba pensando en adoptar un gato —dijo Paula sonriendo, y Ruth se entristeció de nuevo al pensar en lo poco que conocía a su hermana.

CAPITULO 40

MIENTRAS OBSERVO AL AFILADOR

Elegir la ropa para la fiesta de cumpleaños de Paula le llevó a Ruth más tiempo de lo esperado. Estaban a mediados de mayo y aunque durante el día la temperatura había sido alta, las noches solían ser bastante frescas y estaba casi segura de que su hermana celebraría la fiesta en su magnífica terraza.

Se decidió por un vestido verde que había llevado a la boda de una amiga el año anterior. No había vuelto a ponérselo desde entonces a pesar de que en el momento de comprarlo pensó que sería perfecto para usarlo casi en cualquier ocasión. Era un vestido de tirantes con un considerable escote en V que se ajustaba bajo el pecho y caía con amplio vuelo hasta la rodilla. Lo complementó con unas sandalias negras y un bolso mini del mismo color. Para completar su atuendo se alisó el pelo y se maquilló más de lo que acostumbraba para disimular las ojeras que desde hacía días no lograba borrar de su rostro.

Cuando llegó la fiesta estaba en pleno apogeo y había gente por todas partes. Paula estaba en la terraza con José y un grupo de invitados, pero en cuanto la vio junto a la puerta de la terraza la llamó para que se acercara. Su hermana hizo las presentaciones pertinentes y después la llevó hacia un lugar apartado para contarle algunas cosas sobre Maya. Hacía mucho tiempo que no la veía tan feliz y relajada y se alegró de que un solo día con la pequeña gata hubiese obrado un milagro que ella llevaba años esperando.

—Maya está en mi habitación. Esta mañana he ido a comprarle algunas cosas y he estado hablando con el dueño de la tienda. He pensado que podría prepararle una habitación de juegos e incluso que podría adoptar a otro gato para que se hagan compañía — parloteó entusiasmada.

—Todo eso es maravilloso —afirmó Ruth—, pero antes deberías acostumbrarte a Maya y darle un poco de tiempo para que se acostumbre a vosotros.

—José me ha dicho lo mismo —le dijo Paula—. En fin, supongo que voy un poco deprisa, pero es que estoy tan contenta...

—Lo sé y me alegro mucho por ti, pero deberías tomártelo con calma.

—Vale, de acuerdo —se rindió Paula—. Ven, quiero presentarte a algunas personas.

—¿Por qué no vas a atender a tus invitados mientras como algo? Estaré bien —le pidió Ruth.

—De acuerdo. Hay algunos platos vegetarianos sobre las mesas y en la nevera hay una tarta de zanahoria que Inés te ha preparado especialmente —le dijo su hermana sin discutir, y se marchó de nuevo hacia la terraza para encontrarse con José.

Ruth paseó entre las mesas que contenían la comida, se sirvió un poco de ensalada y un cocktail de frutas tropicales y se sentó en un rincón de la terraza a dar cuenta de la comida mientras observaba a la gente que había a su alrededor. Todo el mundo parecía estar divirtiéndose y disfrutando de la fiesta e iban elegantemente vestidos, con ropa que parecía ser muy cara y que seguramente lo era.

Era Paula quien desde niña soñaba con ser una princesa. Siempre tuvo claro el tipo de vida que quería tener y había hecho todo

lo posible hasta conseguirlo. Estaba segura de que estaba enamorada de José, pero también sabía que si José en lugar de ser abogado y proceder de una buena familia hubiese sido fontanero o frutero, nunca se habría casado con él.

Ruth admiró los vestidos de algunas de las mujeres allí presentes, pero no pudo evitar pensar que con el dinero que debían costar podrían comprarse muchos kilos de pienso, collares antiparasitarios, vacunas o pagar facturas veterinarias.

Después del incendio, Vanessa había lanzado una campaña para recaudar fondos en Facebook y aunque habían sido muchas las personas que habían participado no se habían logrado cubrir todos los gastos veterinarios y su amiga comenzaba a desesperarse.

Suspiró largamente al pensar en lo injusta que era la vida porque algunos afortunados tenían demasiado y otros tenían muy poco o incluso nada.

—¿Por qué estás aquí sola? —le preguntó una voz sacándola de sus ensoñaciones.

—¡Joaquín! —exclamó sobresaltada.

—Lamento haberte asustado.

—No, yo... estaba... estaba pensando y no he visto que te acercabas.

—No deberías estar aquí sola mientras todo el mundo se divierte.

—Las fiestas no me gustan demasiado. En realidad, no me gustan en absoluto, pero no me ha quedado más remedio que venir porque es el cumpleaños de mi hermana —le explicó—. ¿Y tú? ¿Tampoco te divierten las fiestas?

—Seré sincero, he venido porque suponía que te encontraría aquí —le confesó él—. Sé que nuestra última cita no fue demasiado

bien, pero si me das una oportunidad yo... . —Joaquín se sentó junto a ella y la cogió de la mano.

Ruth sintió una punzada de culpabilidad al escuchar sus palabras. Joaquín no tenía la culpa de que no se sintiera atraída hacia él. Era un hombre atractivo y amable que podría hacer feliz a cualquier mujer dispuesta a darle esa oportunidad, pero ella no era esa mujer y probablemente nunca lo sería. A menos que lograra olvidarse de Javier para siempre.

—Creo que eres un hombre muy atractivo e interesante, Joaquín —comenzó a decir ella—, pero no soy la mujer apropiada para ti.

—Deja que sea yo quien decida si eres o no la mujer apropiada —le pidió él.

—Lo siento, pero ahora no puedo —respondió ella levantándose de su asiento y buscando un lugar donde esconderse.

CAPITULO 41

CREYENTE BAJO TORRES DE ALTA TENSIÓN

Se dirigía a la habitación de Paula, allí podría esconderse durante un rato y estar en compañía de Maya. Sabía que solo la pequeña gata sería capaz de reconfortarla y hacerla sentir bien. No había vuelto a pensar en Joaquín y ni siquiera se le ocurrió la posibilidad de que el estuviese allí. Parecía que últimamente su deporte favorito era huir de los hombres.

Caminaba por el pasillo demasiado deprisa sin prestar atención a las personas con las que se cruzaba, cuando chocó con alguien. Se volvió para disculparse y al alzar la vista del suelo sus ojos se encontraron con los de Javier.

¿Qué estaba haciendo él allí?

No iba solo. Esta vez se trataba de una mujer de aspecto elegante, ataviada con un sobrio vestido negro y una cola de zorro blanco que a Ruth le hizo dar un salto de repugnancia. No era la mujer más guapa de todas cuantas le habían acompañado hasta el momento, pero destilaba una fuerte personalidad que unida a su elegancia la hacían parecer imponente. Sin embargo, aquella piel alrededor de sus hombros le ponía los pelos de punta y le daban ganas de vomitar.

—Hola, Ruth —la saludó Javier con una sonrisa y después se volvió hacia su acompañante—. Es la hermana de Paula, la anfitriona —le explicó—. Y esta es Carla, mi mujer.

Ruth entró en pánico al comprender que la mujer que tenía

delante era la esposa de Javier, de la que ella no había tenido noticia hasta unos días antes cuando José le dijo que él estaba casado. Deseó girar sobre sus pasos y volver a la terraza junto a Joaquín o esconderse en la habitación de Paula y no salir de allí en toda la noche, pero no podía huir y dejar tan claro que se sentía dolida, así que sonrió y habló con voz tranquila.

—Encantada de conocerte Carla —la saludó tendiéndole la mano—. Paula y José están en la terraza, yo...tengo algo que hacer.

Ruth se alejó de ellos con el corazón desbocado y entró en el dormitorio donde se encontraba Maya. La gata estaba dormida en su camita y se sentó en un sillón junto a la ventana para poder contemplarla sin molestar.

El corazón seguía latiéndole de forma acelerada y sabía que tardaría mucho tiempo en borrar de su mente la imagen de Javier junto a su mujer. No podía quedarse allí toda la noche escondida, pero tampoco se atrevía a salir y enfrentarse de nuevo a ellos.

—¡Por fin te encuentro! —dijo José entrando en la habitación como un tornado y despertando a Maya.

—Mira lo que has hecho —le regañó cogiendo a la gata entre sus brazos.

—Sé que debes estar muy enfadada en este momento, pero...

—¿Cómo has podido invitarle? Después de lo que te conté el otro día pensaba que él no estaría aquí esta noche.

—Paula le invitó —se defendió él—. Y tú no querías que le contara a Paula lo sucedido entre vosotros. Tuve que elegir.

—Podrías habérmelo contado.

—Si lo hubiese hecho, ¿habrías venido?

—No lo sé, pero tenía derecho a saberlo —le espetó ella

enfadada.

—¡Vamos! —le dijo tendiéndole la mano—. No puedes pasarte toda la noche escondida entre estas cuatro paredes. Sal y diviértete, demuéstrole a ese cabrón lo que se está perdiendo —la animó José.

Ruth se sintió asombrada porque nunca antes había oído a su cuñado decir una sola palabra malsonante. Pero tenía razón. Javier no se merecía que ella se pasara la noche encerrada en aquel rincón. Saldría de allí y le demostraría que la vida continuaba, aunque eso significara que nunca más volverían a estar juntos.

Buscó a Joaquín por todas partes hasta que lo encontró al fondo de la terraza junto a un grupo de personas que no conocía de nada. Parecía estar mortalmente aburrido y le sorprendió bostezando con disimulo. Era muy atractivo y tan dulce con ella que no sabía qué hacía perdiendo el tiempo con un hombre que no la merecía.

—¿Quieres bailar? —le susurró al oído.

Joaquín pareció sorprenderse al verla. Un rato antes le había dado calabazas y ahora reaparecía junto a él y le pedía que bailara. Pero en lugar de rechazarla, la rodeó la cintura con un brazo y la condujo hasta el centro de la terraza.

—Siento lo de antes —se disculpó ella—. No debería haberme marchado de ese modo.

—Has rectificado y eso es lo único que importa —respondió él estrechándola entre sus brazos.

En aquel momento sonaba la canción "*These words*" y se sintió atrapada por la letra y la música que, aún sin quererlo, le recordaban a su historia con Javier que en aquel momento estaba en alguna parte de aquel lugar acompañado de su esposa en lugar de bailando con ella.

Bailaron varias canciones y aunque Ruth intentó concentrarse únicamente en sentir el ritmo de la música no pudo evitar observar a Javier junto a su mujer y preguntarse, una vez más, qué estaba haciendo él allí, en casa de su hermana, a pesar de saber que iba a encontrarla.

—¿Quieres beber algo? —le ofreció Joaquín al acabar la canción.

—Me encantaría —aceptó ella con una sonrisa.

Joaquín la cogió de la mano y la condujo hacia la barra del bar, pero a mitad de camino se encontraron con Paula, que en aquel momento estaba charlando con Javier y Carla, y no tuvieron más remedio que pararse a saludar.

—¿Os estáis divirtiendo, chicos? —preguntó su hermana con amabilidad.

—Es una fiesta fantástica —le aseguró Joaquín.

—Y mi hermana es una excelente bailarina como habrás podido comprobar —observó Paula—. Bailar siempre ha sido uno de sus hobbies o al menos lo era hace tiempo.

Javier los miraba con rostro serio y no parecía estar de muy buen humor al contrario que otras veces, pero lejos de sentirse mal por él Ruth se sintió poderosa sabiendo que los causantes de aquel semblante sombrío eran, sin duda, ella y su acompañante

—Carla, esta es Ruth, mi hermana, aún no os había presentado —dijo Paula.

—Nos hemos conocido hace un rato —le aseguró Ruth.

—Ruth me ha regalado una preciosa gatita por mi cumpleaños —le explicó su hermana a Carla.

—Soy alérgica a los gatos —respondió esta con una mueca de desagrado.

—¡Oh, cuanto lo siento! Solo llevo con Maya un día y ya ha conseguido conquistar mi corazón por completo

Carla se encogió de hombros sin borrar de su rostro la mueca de desagrado que se había formado en él al oír la palabra “gato”, y Ruth supo que debía alejarse de allí antes de hacer o decir algo de lo que más tarde pudiera arrepentirse.

—Vamos a tomar algo. Nos vemos más tarde —se despidió Ruth tirando de Joaquín.

Cuando pidieron sus bebidas se sentaron en el rincón donde un rato antes ella se había ocultado intentando pasar desapercibida. Hacía una noche perfecta, cálida y despejada y se estaba esforzando enormemente por pasárselo bien con la inestimable contribución de Joaquín que había resultado ser un hombre muy divertido.

—No tenía ni idea de que Javier estuviese casado —dijo él.

—José me lo dijo hace unos días.

—Su mujer no parece una persona muy agradable —observó él.

—Acabamos de conocerla y no es justo juzgar a una persona por solo un par de frases —le regañó ella, aunque pensaba exactamente lo mismo sobre aquella mujer.

—¡Menudo par de frases! —exclamó él riendo—. No le gustan los gatos a menos que estén muertos para colgárselos alrededor del cuello.

—¡Eres perverso! —le regañó ella intentando contener la risa—. No tiene la culpa de ser alérgica, aunque llevar pieles alrededor del cuello debería estar prohibido.

—¿Por qué te ríes entonces?

—Porque es tremendamente surrealista —reconoció sin parar de reír.

CAPITULO 42

PÁJAROS DE BARRO

No se atrevió a ir al baño en toda la noche al recordar sus primeros encuentros con Javier. Aún podía apartar de su mente todas aquellas veces en las que sus manos recorrieron su cuerpo y sus besos le hicieron perder la noción del tiempo, pero aquello no podía volver a repetirse.

Se preguntó nuevamente qué demonios estaba haciendo allí con su mujer y cuál era el mensaje que pretendía enviarla. Después de llamarla en repetidas ocasiones sin que ella respondiera al teléfono, las llamadas cesaron y no intentó ponerse en contacto con ella en modo alguno. Reaparecer precisamente aquella noche sabiendo que ella iba a estar allí e ir acompañado de su mujer, debía tener algún significado y no podía ser otro que dejarle claro que su relación había acabado.

¿Era necesario ser tan cruel?

Cuando su vejiga estuvo a punto de estallar decidió ir al baño que había en la habitación de Paula y después se quedó un rato jugando con Maya. La gatita estaba despierta y tras una larga siesta estaba llena de energía.

—Eres una gata con suerte —le dijo estrechándola entre sus brazos—. Paula va a cuidar muy bien de ti e incluso te mimará y te malcriará si se lo permitimos.

La puerta volvió a abrirse, pero esta vez era Javier quien estaba tras ella y al verle sintió que la rabia y la ira que había estado

acumulando durante toda la velada se desataba dentro de ella.

—¿Qué estás haciendo aquí? —le preguntó con fiereza—.

Empiezo a cansarme de hacerte siempre la misma pregunta.

—Estaba buscándote —respondió él.

—Pues ya me has encontrado, así que, si no te importa, puedes volver a marcharte. Aquí no eres bienvenido.

Javier ignoró sus palabras y entró en el dormitorio cerrando la puerta tras de sí.

—¿No me has oído? ¡Te he dicho que te marches! —le ordenó.

—Te he oído, pero tenemos que hablar.

—No tenemos nada de qué hablar —le aseguró ella poniéndose en pie.

—Pues yo creo que sí y...

—Me importa muy poco lo que tú creas —le interrumpió—. Te presentas en casa de mi hermana, ni más ni menos que en su fiesta de cumpleaños, acompañado de tu mujer y ahora me dices que tenemos que hablar. ¿No crees que es un poco tarde para eso?

—No has respondido a mis llamadas. Y te he llamado un millón de veces.

—Tuve que enterarme por otra persona de que estabas casado. ¿Cómo crees que me sentí al conocer la noticia? —le espetó—. Sé que desde el principio dejaste muy claro que no querías ningún tipo de compromiso, pero, ¿no crees que has ido un poco lejos?

—Quería contártelo. Iba a hacerlo cuando regresara de Barcelona —le explicó él—. Fui a ver a Carla para hablar de nuestro divorcio. Cuando vine a Madrid los dos estuvimos de acuerdo en no seguir adelante con nuestro matrimonio, pero cambió de opinión repentinamente y quise saber el porqué.

—¡Has venido con ella a casa de mi hermana! —repitió Ruth con fiereza—. Eso lo deja todo muy claro.

—Es lo que intento explicarte —le dijo acercándose a ella—. Carla no quiso hablar conmigo y decidió venirse a Madrid. Tenía que verte y sabía que te encontraría aquí esta noche, pero Carla se empeñó en acompañarme.

—No deberías estar aquí —repitió ella.

—Pero...

—¿Qué estáis haciendo aquí? —les interrumpió Paula.

—Estábamos viendo a Maya —mintió Ruth.

—Es una gatita preciosa —dijo Javier acariciando su cabecita y rozando su mano.

—Es una pena que Carla sea alérgica —se lamentó Paula—. Por cierto, estaba buscándote hace un momento.

—Supongo que debo marcharme —suspiró él echando una última mirada a Ruth.

Paula cogió a la gata de los brazos de su hermana y le dio un beso en la cabeza.

—¿No es perfecta?

—Lo es —le confirmó Ruth.

—¿Vas a decirme que hacíais Javier y tú aquí?

—Ya te lo he dicho, vinimos a ver a Maya —volvió a mentir.

—No logras engañarme —le dijo su hermana con mirada escrutadora

—Pues vas a tener que conformarte con esa explicación. Además, está casado.

—Lo sé, y con una mujer muy desagradable, por cierto.

—Despídeme de José. Se ha hecho tarde y estoy cansada. Ha

sido una fiesta increíble y me lo he pasado muy bien —dijo cogiendo su bolso.

—¿No vas a despedirte de Joaquín?

—No estoy interesada en él . Sé que es un hombre muy maravilloso, pero no hay química entre nosotros.

—Te llamaré mañana —se despidió su hermana sorprendiéndola de nuevo al no insistir en su relación con Joaquín.

Caminó deprisa hasta el coche y se metió dentro dispuesta a marcharse a casa para meterse en la cama. Había sido una velada llena de tensiones y estaba cansada de fingir que estaba disfrutando de la velada cuando sentía el corazón destrozado. Suspiró ruidosamente y se tragó las lágrimas que estaban a punto de brotar en sus ojos.

Necesitaba un poco de aire fresco y bajó la ventanilla, fue entonces cuando vio a Javier y a Carla subiéndose a un taxi. Los imaginó llegando a su casa y compartiendo la misma cama en la que tantas veces habían estado juntos.

Tenía que olvidarse de él, pero, tal vez, ya era demasiado tarde.

CAPITULO 43

SABRÁS QUE ANDAR ES UN SENCILLO VAIVÉN

—¡Ruth! ¡Abre la puerta! —gritó Paula al tiempo que llamaba al timbre y golpeaba la puerta con los nudillos.

Ruth dormía profundamente, al menos hasta que su hermana comenzó a montar aquel escándalo. La noche anterior había llegado tarde de la fiesta de Paula y no consiguió quedarse dormida hasta el amanecer.

—¡Abre! Sé que estas ahí —insistió su hermana.

Ruth se incorporó en la cama con la intención de levantarse, pero la cabeza parecía que le iba a estallar y sentía el cuerpo demasiado pesado como para moverse, por lo que tardó una eternidad en ponerse en pie y llegar hasta la puerta de entrada.

—Llevó media hora llamando —la regañó Paula—. Tus vecinos van a pensar que estoy loca.

—¿Y se equivocan? —pregunto Ruth.

Paula no respondió y se dirigió a la cocina donde comenzó a abrir y a cerrar armarios intensificando el dolor de cabeza de Ruth.

—Ve a darte una ducha mientras preparo café —ordenó Paula—. Si es que consigo encontrarlo.

—Antes quiero saber qué estás haciendo aquí a estas horas —preguntó Ruth—. Por cierto, ¿puedes decirme que estás buscando?

—Estoy buscando el café. Aún no he desayunado, pero a juzgar por tu aspecto tú lo necesitas más que yo.

—Lo que yo necesito es dormir.

—Ya dormirás más tarde. ¿Vas a decirme dónde escondes el café?

Ruth hizo un gesto de fastidio y después le mostró a su hermana la cafetera Nespresso y las capsulas de café que había junto a ella.

—¿Lo ves? No escondo nada, es que tú no sabes buscar.

—De eso hablaremos después —respondió Paula de forma enigmática.

Ruth la apartó de la cafetera, la encendió y esperó a que se calentara. Después introdujo una capsula de café y el olor inundó de inmediato la cocina recomfortándola. Hasta Paula pareció tranquilizarse y se sentó junto a la mesa.

Frente a frente, sosteniendo en las manos una humeante taza de café recién hecho, se tomaron unos minutos para saborearlo antes de comenzar a hablar .

—José me ha contado que has estado viendo a Javier —le dijo de pronto Paula—. He tenido que enterarme de algo así por mi marido porque mi hermana no confía lo suficientemente en mí.

—¿Tú me hablas de confianza? —saltó Ruth de su asiento—. Porque yo he tenido que enterarme por tu marido de que no podéis tener hijos.

—¡Voy a matarle! —exclamó Paula cabreada al sentirse traicionada

—Avísame cuando vayas a hacerlo. Te acompañaré —ironizó Ruth.

—Está bien, estamos en paz —concluyó su hermana.

—Pues yo creo que no lo estamos. Mi relación con Javier ha sido algo pasajero y desde el principio ambos tuvimos claro que no llegaría a nada. Tu problema, en cambio, es realmente importante. ¿Cuándo

pensabas contármelo? Si es que has llegado a pensarlo, claro.

—Cuando dejara de doler —respondió Paula con los ojos brillantes.

—No es un dolor de muelas. No se cura con antibiótico o con una endodoncia.

—¿Te crees que no lo sé? Me cuesta hablar de ello. Puedo vivir sin tener hijos. No puedo echar de menos algo que nunca he tenido, pero pienso en José y todo se me hace muy cuesta arriba —le confesó Paula—. Tiene treinta y ocho años, está completamente sano y podría tener hijos con cualquier otra mujer.

—¿Por qué siempre piensas que todos estamos equivocados excepto tú? —le preguntó Ruth sorprendida por sus palabras—. José te quiere a ti y solo piensa en hacerte feliz. No deberías pensar ese tipo de cosas y deberías aprender a confiar en los demás.

—¿Cómo tú confías en mí? —inquirió su hermana—. Sé lo unidas que estáis Úrsula y tú y tengo celos de vuestra relación.

—¿Por qué tienes celos? Tú eres mi hermana. Te quiero y me encantaría que tuviéramos una relación más estrecha, pero siempre me estas juzgando y nada de lo que hago te parece correcto.

—Eso no es cierto. Valoro mucho tu trabajo y admiro tu esfuerzo y determinación —se sinceró Paula—. Lo que pasa es que... siempre he tenido envidia de ti.

—¿Bromeas? —le preguntó Ruth sorprendida—. Tú siempre has sido la niña de mamá y la hija perfecta. La que sacaba buenas notas, obedecía siempre y jamás les daba un disgusto a nuestros padres.

—Y tú siempre has sido muy independiente y a pesar de las presiones de mamá y también las mías, has hecho en cada momento lo que creías que debías hacer. Nunca te has rendido, al contrario,

has seguido caminando hacia adelante contra viento y marea.

—No ha sido fácil —reconoció Ruth.

—Lamento haberme comportado como una arpía —dijo Paula—. Y sobre todo, siento que no hayamos mantenido antes esta conversación. Hemos perdido tanto tiempo que... —la voz de Paula tembló y una lágrima asomó a sus ojos.

—Tienes razón. Deberíamos haber hablado hace tiempo, pero aún no es tarde —la consoló Ruth.

—Estaba tan empeñada en encontrarte un marido... Quería que fueses feliz, pero tú ya lo eres.

—Lo soy —afirmó Ruth tomando la mano de su hermana entre las suyas—. Siempre he hecho lo que más me gustaba, aunque ahora no me encuentre en mi mejor momento.

—¿Es por Javier? Porque él no merece que estés mal por su causa. Se ha comportado como un ser despreciable contigo ocultándote que estaba casado—opinó Paula.

—No soporto las mentiras, pero en su defensa he de decir que él nunca me hizo ninguna promesa.

—Jamás le habría invitado a mi cumpleaños si hubiese sabido lo que estaba ocurriendo. Deberías habérmelo contado.

—Tienes razón. Deberíamos aparcarnos nuestras diferencias y confiar la una en la otra —dijo Ruth con sinceridad.

—Prometo que a partir de ahora no volveré a presionarte jamás y confiaré plenamente en ti —pronunció Paula solemnemente.

—Y yo prometo que confiaré en ti y seré puntual a nuestras citas —bromeó Ruth haciendo reír a su hermana.

CAPITULO 44

CAMINARÉ

El trabajo seguía aumentando y Ruth agradecía que Pilar hubiese pasado a formar parte de su equipo. Su experiencia, su serenidad y la cálida sonrisa con la que acompañaba cada una de sus palabras, habían conquistado desde el principio a los clientes de la clínica y había sabido ganarse la confianza de los animales.

Entre ambas, con la ayuda de Sonia, eran capaces de sacar adelante todo el trabajo y por primera vez desde que iniciara su andadura empresarial el balance arrojaba un saldo positivo.

Decidió celebrar la noticia comprando algunos collares antiparasitarios para los perros que estaban en el albergue de Rescatados. Era época de garrapatas y pulgas y cada día llegaba algún perro nuevo al albergue. Sabía lo mucho que necesitaban aquellos collares, pero a Úrsula le diría que habían sido donados por la marca, de lo contrario jamás permitiría que afrontara el pago sola. Ella, mejor que nadie, sabía lo mucho que había tenido que trabajar para conseguir un sueldo que le permitiera llegar a final de mes.

Aquel había sido un día muy duro. Gracias a la denuncia de una asociación el SEPRONA había desalojado una finca con más de cincuenta perros que vivían en unas lamentables condiciones de abandono. La finca era propiedad de un cazador que apenas se preocupaba de alimentarlos y que los tenía hacinados en pequeños cubículos, muchos de ellos atados a una cadena, y en pésimas condiciones higiénico-sanitarias. Casi la mitad de los perros tuvieron

que ser trasladados de urgencia a varias clínicas veterinarias debido a su estado crítico de salud, aunque para otros habían llegado tarde y sus cuerpos yacían muertos en avanzado estado de putrefacción. El hedor era insoportable. Olía a miedo, a muerte y a suciedad y los perros ladraban desesperados.

Eran muchas las asociaciones que se habían desplazado hasta la finca para ayudar y llevarse a los perros a sus albergues. Ruth acompañó a Úrsula para echar una mano y lo que vieron allí era imposible de describir con palabras. Los perros estaban hambrientos y sedientos, tenían pulgas y garrapatas, muchos de ellos tenían heridas y algunos estaban tan débiles que no sabían si lograrían sobrevivir.

La situación se repetía una y otra vez y, sin embargo, aquel hombre seguía en la calle y si llegaban a condenarle le impondrían una multa absurda o una pena de cárcel que jamás llegaría a cumplir. Afortunadamente, la noticia se difundió con rapidez en las redes sociales y eran muchas las personas dispuestas a ayudar.

Úrsula y Ruth se llevaron a tres de aquellos perros a la clínica veterinaria y una vez testados, vacunados y desparasitados fueron trasladados a casas de acogida.

Ruth se sentía triste, pero satisfecha. Estaban siendo unos días muy duros tras su encuentro con Javier en el cumpleaños de Paula, pero su hermana la estaba ayudando mucho. Desde que ambas se sinceraron su relación había dado un giro de 180° y Ruth supo, por fin, lo que era tener una hermana en el sentido más amplio de la palabra.

En lugar de rehuir sus llamadas, se sorprendió atendiéndolas de buena gana. Eran dos personas muy diferentes, pero juntas estaban

encontrando su propio espacio y la manera de comunicarse y estaban dispuestas a aprovechar aquella nueva oportunidad que la vida les ofrecía.

Su madre seguía en la playa porque la temperatura era mucho más suave que en Madrid y tenía muchas amistades con las que salía y hacía diferentes actividades que la mantenían entretenida durante todo el día. Le gustaría haberla echado de menos, pero no era así. Su madre le gustaba más cuando estaba lejos, divirtiéndose con sus amistades en lugar de llamándola a todas horas para sermonearla hasta el aburrimiento.

¿Lograría, alguna vez, llegar a un entendimiento con su madre igual al que había alcanzado con su hermana?

No lo sabía, pero le habría encantado poder contar con ella en momentos tan duros como los que estaba atravesando y también para compartir los momentos más dulces.

Quizá, algún día, lo consiguieran. De momento todo seguía igual entre ellas.

CAPITULO 45

LOS ERRANTES

Llegó tarde a casa dispuesta a tomar una ducha y meterse en la cama. Últimamente no dormía bien y cuando se metía en la cama aún podía oler el aroma del perfume de Javier impregnado en la almohada, aunque había cambiado las sabanas montones de veces.

Subió el último tramo de las escaleras del portal a duras penas y cuando llegó a la puerta de su piso no pudo creer lo que veían sus ojos.

—¿Tú otra vez? —preguntó Ruth a Javier reversionando su habitual pregunta.

Javier estaba sentado en el suelo delante de la puerta de su casa y no tenía buen aspecto, pero no estaba dispuesta a ablandarse ni a sentir pena por él, así que se cruzó de brazos frente a él esperando a que se levantara, aunque él no parecía dispuesto a moverse de allí.

—Estoy cansada y no hay nada que me apetezca menos que esperar aquí de pie a que me dejes entrar en mi propia casa.

Javier soltó una sonora carcajada y movió la cabeza de un lado a otro. La situación parecía estar divirtiéndole mucho, aunque a ella no le hacía ninguna gracia.

—¡Levántate! —le ordenó tendiéndole la mano para ayudarlo. Él la aceptó y tiró de ella haciéndola caer en su regazo.

Ruth luchó por liberarse de sus brazos, pero a pesar de estar en buena forma él la sacaba más de diez centímetros de altura y veinte kilogramos de peso y nada pudo hacer.

—¡Suéltame! —forcejeó—. Esto no tiene ninguna gracia.

—Llevo horas esperándote.

—Eso te pasa por no llamar antes de venir.

—¿Has estado con él?

—¿Qué? —Ruth no salía de su asombro. Él la había engañado ocultándole que estaba casado, la había humillado presentándose en casa de su hermana con su mujer y aún tenía la caradura de ir a su casa a pedirle explicaciones sobre su vida.

—Quiero saber si has estado con Joaquín.

—Deja que me levante —le pidió ella.

Javier la soltó por fin e inmediatamente después se levantó para ayudarla. Estaba cansada y lo que menos deseaba aquella noche era enfrentarse a él y mantener una conversación que no les llevaría a ninguna parte.

Entró en su casa seguida de él y en cuanto llegaron al salón, Javier continuó con el interrogatorio.

—¿No vas a decirme de dónde vienes?

—Te lo diré si es lo que quieres, pero antes quiero que sepas que no tienes ningún derecho sobre mí —estalló ella—. Me he pasado la mayor parte del día ayudando a desalojar una finca donde un malnacido tenía a más de cincuenta perros hacinados en unas condiciones lamentables. Estoy física y moralmente agotada y no necesito que nadie me sermonee en este momento.

—Lo siento, no debería...

—No deberías estar aquí, ni volver a llamarme nunca más. Fuese lo que fuese lo que hubo entre nosotros se ha acabado y quiero tener la certeza de que es así y que tú también la tengas para que podamos continuar con nuestras vidas.

—Tenemos pendiente una conversación y no voy a moverme de aquí hasta que hayamos hablado —le dijo él sentándose en uno de los sillones—. Las cosas no han salido tal y como las había planeado y sé que he cometido algunos errores, pero creo que merezco que escuches lo que tengo que decirte.

—No hay nada que decir.

Ruth sabía que no conseguiría que se marchara hasta que hubiese hablado, pero tampoco estaba dispuesta a escucharle, así que se sentó frente al televisor y lo encendió subiendo el volumen. Sin embargo, él comenzó a hablar a pesar de todo.

—Carla y yo nos casamos hace tres años. Las cosas no nos iban demasiado bien y cuando me ofrecieron el puesto de director en Madrid decidí aceptarlo sabiendo que ella no se vendría conmigo. Tal y como pensaba ella se negó a acompañarme y durante estos últimos meses solo hemos hablado por teléfono un par de veces de lo concerniente a nuestro divorcio. Los dos estábamos de acuerdo, pero hace unas semanas alguien que dijo ser su abogado me llamó y me dijo que Carla había cambiado de opinión —explico él.

Ruth fingió que estaba muy concentrada en un programa de televisión, pero en realidad le resultaba muy difícil no estar atenta a cada una de sus palabras.

—Decidí que lo mejor era ir a verla y por eso me fui a Barcelona. Quería saber qué le había hecho cambiar de opinión —dijo Javier quitándole el mando del televisor para apagarlo.

—¿Pero qué...?

—Esto es importante, Ruth —la interrumpió él—. Me sentí atraído por ti nada más verte y aunque hasta hace poco no quise admitir lo que esta relación significaba para mí, en cuanto fui capaz de

sincerarme conmigo mismo quise solucionar mis problemas y divorciarme de Carla.

—¿Por qué no me dijiste que estabas casado?

—Los dos estuvimos de acuerdo en iniciar una relación sin compromiso —respondió el encogiéndose de hombros.

—Pero yo tenía derecho a saber que estabas casado y a decidir por mí misma.

—Me equivoqué y cuando quise arreglarlo resultó ser más complicado de lo que pensaba.

—No lo entiendo —dijo ella poniéndose en pie—. No entiendo el motivo por el que Carla regresó contigo de Barcelona y mucho menos que la llevaras a casa de mi hermana.

—Me dijo que no pensaba divorciarse y que quería venir a Madrid. Pensé que en cuanto llegara aquí y viera que estaba sola regresaría junto a sus amigos y su familia. Carla no soporta estar separada de los suyos mucho tiempo —le explicó él—. No sabía cómo deshacerme de ella y quería hablar contigo, así que...

—Así que la llevaste a casa de Paula —terminó ella la frase—. ¿Cómo pudiste hacerme eso? ¿Sabes lo humillada que me sentí al veros allí juntos?

—Carla sabe lo nuestro.

—¿Cómo dices?

—Tenía que contárselo. Quería dejarle claro que no existía la menor oportunidad de que ella y yo volviéramos a estar juntos.

—¿Me estás diciendo que ella sabe que nosotros...? ¡Oh Dios! — Ruth se sentó nuevamente en el sillón ocultando su rostro entre las manos— Pero tú se la presentaste a todo el mundo. Les dijiste a todos que era tu mujer.

—Carla es bastante retorcida y no quería que pudiera hacer nada que te pusiera en evidencia.

—Yo no he hecho nada malo. Soy una mujer libre, soltera y sin compromiso, y puedo acostarme con quien me dé la gana.

—Lo sé, pero para Carla eres la culpable de nuestro divorcio —le dijo él.

—Pero si acabas de decirme que hace meses que pensabais divorciaros. —replicó ella.

—Así era hasta que cambió de opinión y ahora te culpa de lo sucedido.

—Esa mujer está completamente loca. Tú y yo ni siquiera nos conocíamos hasta que llegaste a Madrid —observó Ruth—. ¿Y sabes qué? Que no quiero estar en medio de todo esto.

—Supongo que necesitas tiempo para pensar —dijo el poniéndose en pie.

—Sí, será mejor que te marches.

Le vio desaparecer en el pasillo y no hizo nada para evitar que se marchase. Estaba hecha un auténtico lío y necesitaba tiempo para procesar toda la información que él acababa de darle.

CAPITULO 46

SIN QUE SEPAS DE MÍ

Su cabeza no daba para más. Necesitaba tomarse un respiro y alejarse de todo, pero de momento lo más lejos que podía marcharse era al albergue de Rescatados a ver a los perros, a los gatos y a Úrsula.

Cogió los collares antiparasitarios y puso rumbo al albergue. Si los perros no eran capaces de levantarla el ánimo nadie lo haría.

Saludó uno a uno a todos los que quisieron acercarse ella y después se dirigió a la gatera. Allí encontró a los cachorros que esa misma mañana alguien había tirado a la basura en una bolsa de plástico como si sus vidas no valiesen nada. Afortunadamente, los cinco habían logrado sobrevivir, estaban completamente sanos y Úrsula estaba esperando a que pasaran a recogerlos para llevárselos a una casa de acogida. Eran demasiado pequeños, necesitaban muchas atenciones y el albergue no era el lugar adecuado para ellos.

Mientras reponían el agua y ponían la comida a los animales, las dos amigas hablaron de la visita inesperada de Javier, de la conversación que ambos habían mantenido y de lo confusa que se sentía desde entonces. Úrsula la escuchó con atención y Ruth se sintió mucho mejor después de desahogarse con su amiga.

—Todos nos equivocamos alguna vez y tú mejor que nadie entiendes que merecemos una segunda oportunidad —le dijo Úrsula señalando a los perros que seguían cada uno de sus pasos.

—Ellos nunca han hecho nada malo. Están aquí porque algún

maldito malnacido decidió deshacerse de ellos sin motivo. No puedes compararlos con Javier y sus mentiras.

—Está bien, tal vez no he estado muy atinada en la comparación, pero Javier no te mintió solo te ocultó la verdad.

—Eso es un eufemismo —se quejó Ruth—. ¿Y desde cuando eres la madre Teresa de Calcuta?

—Lamento interrumpir esta conversación tan interesante, pero Úrsula tiene razón, todos nos equivocamos alguna vez —intervino Raúl, que hasta aquel momento no había abierto la boca—. A veces ocultamos la verdad creyendo que de ese modo no haremos daño innecesariamente a alguien a quien queremos y lo que conseguimos es justo el efecto contrario.

—Tal vez esté equivocada, pero no estoy dispuesta a tener que aguantar a la loca de su mujer. Primero estuvo de acuerdo con el divorcio, después cambió de opinión y ahora resulta que yo soy la culpable de todo.

—Olvídate de su mujer —le dijo Úrsula—. Él te ha dicho que va a divorciarse y lo hará tanto si ella está de acuerdo como si no lo está.

—Le pondrá todas las trabas posibles para impedirselo —se lamentó Ruth.

—Juan también se negó a concederme el divorcio, pero eso no importa, no es necesario estar de acuerdo.

—Estoy hecha un lío...

—Cálmate y piensa en todo lo que te dijo ayer. Tomate tu tiempo y no pienses más en su mujer. Al final encontraras la respuesta que estás buscando —le aseguró su amiga.

Las palabras de Úrsula no consiguieron levantarle el ánimo, pero le dieron mucho en lo que pensar. Quizá estaba siendo demasiado

dura con Javier, pero se sentía decepcionada y dolida y no creía que aquel comienzo de su relación fuese esperanzador.

Delante de la puerta de su casa encontró un ramo de rosas blancas. Nunca se había molestado en conocer el significado de los colores de las rosas y por eso no sabía que podía significar aquel color, pero era precioso. Había al menos veinticinco flores envueltas en tela de tul color rojo rodeado de un lazo de color verde agua. Entre los delicados pétalos había una tarjeta y se debatió entre la necesidad de leerla y la de tirarla a la basura junto a las flores.

Tras varios minutos de manosear el sobre, terminó abriéndolo para después leerlo con avidez.

“Seguiré insistiendo y esperando hasta que aceptes volver a cenar conmigo”

Joaquín

Nuevamente se sintió decepcionada. Desde que vio las flores pensó que se las había enviado Javier y no Joaquín, ni siquiera se le había ocurrido que pudiera tratarse de este último. Tiró la nota a la basura y cogió el teléfono para llamar a Joaquín. Tenían algo pendiente y había llegado el momento de resolverlo de una vez.

—Gracias por las flores, pero no deberías haberte molestado.

—No ha sido ninguna molestia y lo que decía la nota es totalmente cierto. No voy a rendirme —le dijo él con vehemencia.

—Deberías emplear tus esfuerzos en alguien que lo merezca.

—¿Por qué dices eso? Creo que tú mereces eso y mucho más.

—No es verdad —respondió ella sintiéndose culpable—. Yo... yo... estoy enamorada de otra persona y me he portado muy mal contigo, especialmente la otra noche en casa de Paula, utilizándote como lo hice.

—¿Quieres decir que lo que pretendías era darle celos a esa otra persona?

—Lo siento muchísimo —se disculpó Ruth—, fue un comportamiento infantil e irracional.

—Si tienes que recurrir a esas artimañas para que un hombre se dé cuenta de lo mucho que vales, es que ese hombre no te merece.

—Es posible que tengas razón —reconoció ella—. Supongo que estarás pensando que soy una persona horrible.

—En absoluto —negó él—. Y si finalmente decides olvidarte de ese hombre, espero que me llames.

—¿Bromeas? —Ruth no podía creer lo que Joaquín estaba diciendo.

—No, no estoy bromeando, hablo completamente en serio. Eres una de esas personas que merecen la pena y no suelo equivocarme.

—Gracias Joaquín. Yo también creo que mereces la pena.

—Eso es lo que siempre dice mi madre —bromeo él—. ¿Me llamaras si cambias de opinión?

—Lo haré —le prometió ella.

Ruth colgó el teléfono confusa tras la conversación que acababa de mantener con Joaquín porque había resultado fácil y cómoda al contrario de lo que pensó que sucedería. Él había sabido encajar su rechazo de forma elegante y generosa y eso la hizo sentirse peor persona de lo que ya se sentía.

Deseó que su relación con Javier también fuese algo sencillo, pero de momento sus deseos no iban a cumplirse.

¿Se estaría equivocando de hombre?

CAPITULO 47

UNA TARDE DE SOL

Era un día muy especial. Úrsula había organizado una manifestación en pleno centro de Madrid para visibilizar el problema del abandono en España. La idea se había ido gestando durante meses, pero los últimos días habían sido una auténtica locura.

Su amiga había vuelto a contactar con todas las asociaciones protectoras de animales que habían sido invitadas a participar para confirmar su asistencia y ultimar los detalles, y Ruth la había visto tan agobiada que se había ofrecido a echarle una mano. Finalmente, muchas asociaciones se habían adherido al proyecto y esperaban poder llenar la Plaza de Sol de perros, globos y camisetas de color naranja.

Llegado el momento todo el mundo estaba expectante y nervioso mientras caminaban junto a los perros por las distintas calles para confluir en Sol. Cada uno de los grupos que se habían configurado iba por una calle y todos llevaban uno o dos perros y varios globos de color naranja llenos de helio con el hastag #adoptaunperro.

Úrsula iba a la cabeza de una de las columnas y mediante un grupo de whatsapp estaba en contacto con los responsables de las demás columnas para sincronizar cada uno de los movimientos y confluir al mismo tiempo en el centro de la plaza provocando así una marea naranja.

Ruth llevaba a Damián y a Jon, dos invisibles que llevaban demasiado tiempo esperando encontrar un hogar, y el resto de los

voluntarios llevaban cada uno a uno o dos perros del albergue.

Habían elegido el mes de julio porque el verano era siempre una de esas épocas escasas de noticias y sabían que los medios de comunicación se fijarían más en ellos. Todo estaba planificado al detalle y esperaban causar un gran revuelo. Era un acto meramente simbólico, pero con mucho significado y un verdadero paso al frente para visibilizar un problema que cada año dejaba en España a más de 140.000 perros y gatos abandonados.

Úrsula esperaba que después de aquello ese tipo de actuaciones se extendieran por el resto de España y que una marea naranja ocupara las plazas de todas las ciudades.

El único problema era el calor. Los termómetros marcaban 35°C a las ocho de la tarde, hora a la que habían esperado para que el sol calentara menos, y ni los perros ni ellos sufrieran un golpe de calor.

El grupo de Úrsula bajaba por la calle Carretas y en aquel momento se detenían para esperar a que el resto de las columnas llegasen al lugar acordado. Cuando todos estuvieron listos su amiga levantó la mano indicándoles que comenzaran a andar y juntos avanzaron despacio para reunirse en el centro de la plaza.

El momento fue muy emocionante. Varios grupos de personas con camisetas y globos naranjas caminaron de forma solemne llenando un lugar emblemático y atrayendo la mirada de todos cuantos paseaban por el lugar.

Pocos minutos después todas las miradas estaban puestas en ellos. Varias cámaras de televisión grababan aquel momento histórico. Los turistas y paseantes sacaban sus teléfonos móviles para sacar fotografías y esperaban, curiosos, lo que fuese a ocurrir.

Cuando todos llegaron al centro de la plaza, Úrsula y los

coordinadores de cada grupo levantaron la mano. Era la señal que esperaban para soltar los globos y todos la atendieron de inmediato. La coordinación era muy importante en aquel acto y si querían que todo saliese perfecto debían estar concentrados y atender las señales pactadas.

Los globos con el lema #adoptaunperro comenzaron a ascender hacia el cielo, que poco después se vistió de naranja al igual que sus portadores. Todo el mundo alzó la vista siguiendo el recorrido ascendente de los globos y Ruth se sintió emocionada y conmovida por aquello. Había al menos mil personas allí reunidas, cada una con uno o dos perros, y no pudo evitar sonreír, especialmente cuando todos arrancaron en un aplauso unánime, incluidas muchas de las personas que estaban allí de paso.

Pero aún no había llegado el momento más emotivo. La sorpresa final les había costado meses de trabajo y búsqueda. Habían estado a punto de darse por vencidos, pero finalmente habían logrado su objetivo.

La música se alzó procedente del centro de la manifestación. Todos rodearon a los músicos que habían permanecido en silencio esperando su momento y no dejaron a nadie indiferente cuando de sus guitarras e instrumentos de percusión salieron las primeras notas de una canción que habían compuesto para aquel acto. Todos eran uno y sus voces se elevaron en el aire, igual que los globos, entonando el que a partir de entonces sería su himno.

Vio como un par de lágrimas escapaban de los ojos de Úrsula y sintió que el corazón le iba a estallar por la profundidad y belleza de aquel momento.

No había sido fácil convencer a tanta gente para acudir allí

aquella tarde de un sábado del mes de julio. Las asociaciones tenían mucho trabajo que realizaban voluntarios, personas que tenían su propia vida, sus propios problemas y trabajos que les permitían pagar las facturas. Pero lo habían conseguido. Úrsula lo había conseguido y supo que sus lágrimas eran de emoción, de alegría, de alivio y de gratitud.

Terminada la canción volvieron a aplaudir con fuerza. Hacía mucho calor y el asfalto desprendía fuego, pero había merecido la pena.

Mucha gente comenzó a acercarse a ellos y fue el momento que aprovecharon para repartir la publicidad de las distintas asociaciones participantes y contar sus proyectos. Tal vez no conseguirían que todos adoptaran un perro o un gato, pero seguramente muchas de aquellas personas comenzarían su camino hacia la concienciación sobre el problema y las televisiones les dedicarían los minutos que, tal vez, no habrían conseguido en otras fechas.

Había sido un éxito, Ruth estaba segura de ello y miró a su amiga con una enorme sonrisa.

CAPITULO 48

A SAN FERNANDO, UN RATITO A PIE Y OTRO CAMINANDO

Ruth había quedado con su hermana para comer. Llegaba un poco tarde, como siempre, aunque esperaba que esta vez Paula no la sermoneara como lo había hecho en otras muchas ocasiones.

La vio nada más entrar en el restaurante. Estaba sentada a una mesa junto a la ventana. Era imposible no verla, porque a pesar de llevar un sencillo vestido blanco y negro parecía una importante mujer de negocios o una rica heredera. Todo en ella destilaba clase y elegancia, desde su postura hasta su peinado, pasando por la ropa y los complementos.

—Lamento el retraso —se disculpó.

—No te preocupes, ya sé que cada paciente lleva su tiempo, mi médico siempre dice lo mismo —la tranquilizó una sonriente Paula.

—Cuánta razón tiene tu médico —respondió ella aliviada.

Su hermana parecía una mujer nueva y Ruth se sintió muy satisfecha con el cambio que había experimentado en tan corto espacio de tiempo.

Pidieron la comida y durante dos horas hablaron de muchas cosas. Era increíble poder estar las dos juntas en la misma habitación sin que saltaran chispas y poder hablar de las cosas cotidianas como dos viejas amigas.

—¿Cuándo os vais de vacaciones? —preguntó Ruth.

—La semana que viene iniciaremos el crucero por el Caribe y pasaremos una semana en la Riviera Maya. Después iremos a la

casa que alquilamos cada año en Marbella. ¿Por qué no vienes a pasar unos días?

—Ni siquiera he hablado aún de las vacaciones con Pilar y Sonia, así que no tengo ni idea de lo que voy a hacer —le explicó Ruth—. Además, es la primera vez en cinco años que voy a tomarme unos días de descanso y me gustaría estar sola.

—La casa de Marbella tiene una pequeña vivienda en el jardín totalmente equipada. Podrías quedarte allí todo el tiempo que quisieras. Prometo no molestarte —le ofreció Paula.

—Te lo agradezco y te aseguré que lo pensaré, pero no te prometo nada.

—¿Has vuelto a tener noticias de Javier? —cambió de tema Paula.

—No, pero es mucho mejor así.

—¿Estás segura?

—No he pensado mucho en Javier últimamente —mintió Ruth—. Ni siquiera sé si Carla sigue aquí o ha vuelto a Barcelona.

—Carla ha vuelto a Barcelona —le aseguró su hermana—, José me lo ha dicho. Estuvo hablando con Javier hace un par de días y él se lo contó. Además, le aseguró que sigue adelante con el divorcio.

—Él me dijo que lo haría y supongo que en eso no mintió.

—¿Por qué no le llamas un día de estos? Deberíais hablar y aclarar las cosas.

—Tal vez lo haga —murmuró Ruth entre dientes de forma poco convincente.

Paula, consciente de que el tema incomodaba a su hermana, cambió de tema y se pasó la siguiente meda hora hablando de Maya y de los planes que había hecho para ella.

Cuando regresó a la clínica habló con Pilar y Sonia de las vacaciones y en menos de diez minutos se habían puesto de acuerdo. Ruth se iría un par de semanas en Julio y Pilar y Sonia se marcharían el mes de agosto completo. Agosto era un mes tranquilo, la mayoría de sus clientes se marchaban de vacaciones y sería suficiente con una sola persona para atenderlos a todos.

Satisfecha por haber alcanzado un acuerdo de forma tan rápida y sencilla, Ruth se marchó a casa dispuesta a hacer planes para las vacaciones.

Navegó por internet y se debatió entre un maravilloso viaje a Gales, un tranquilo crucero por el Mediterráneo o los diferentes y atractivos destinos dentro de España, y nuevamente surgieron las dudas. Se imaginó caminando por las infinitas playas de Cádiz, buceando en las cálidas aguas del Mediterráneo, recorriendo los maravillosos pueblos de Castilla y León o los verdes prados del norte.

Finalmente se decidió por Cantabria. Allí había pasado muchos veranos con su familia y alquiló una casita en un pequeño pueblo cerca de la Playa de Oyambre, que siempre había sido su favorita. Pasaría dos semanas alejada de todo lo que la rodeaba y tendría tiempo para poner en orden sus pensamientos y relajarse.

Se durmió pensando en lo que iba a meter en la maleta y esa noche soñó que estaba en la playa. Pudo oler la sal del agua, escuchar el viento y el vaivén de las olas y sentir como su cuerpo se relajaba, al fin, y se hundía en la arena caliente por el sol.

CAPITULO 49

EN UNA PLAYA CALMA

La casa había sido años atrás una ermita, pero fue comprada por una empresa y rehabilitada como vivienda. Estaba situada en un valle y Ruth contempló maravillada el intenso color verde de la hierba que crecía por todas partes y que contrastaba con el cielo más azul que había visto en años. Junto a la casa había un prado donde pastaban apaciblemente varios caballos, que se acercaron hasta la valla cuando ella se detuvo a admirarlos y aceptaron sus caricias de buen grado.

La casita era pequeña y muy coqueta. Tenía dos plantas y disponía de todas las comodidades, incluida una chimenea en el salón.

En la planta baja había una cocina muy bien equipada que se abría hacia un salón donde dos cómodos sillones situados junto a la chimenea presidían la estancia. También había una mesa con cuatro sillas y un pequeño aseo a la entrada. En la planta superior había dos dormitorios, uno de ellos con cama de matrimonio y baño, y otro más pequeño con dos camas de forja separadas por una mesilla que parecía muy antigua. La planta superior disponía de balcones y ventanas en el techo a través de las cuales se podía ver el cielo y por las que la luz entraba inundando cada una de las estancias.

El jardín era la mejor parte. Estaba situado en la parte trasera de la casa y desde él se podían ver las montañas, los verdes prados y un atardecer que sin duda sería impresionante. Tenía un pequeño

porche bajo el cual había una mesa de madera y cuatro cómodas sillas, y hasta había una barbacoa al fondo.

Le pareció un lugar cálido y confortable para relajarse unos días y en un par de horas había deshecho las maletas y hecho la compra en una pequeña tienda que había en el pueblo.

En la agencia le habían regalado una botella de vino y decidió servirse una copa y salir al jardín. Se sentó en una de las sillas bajo el porche y contempló extasiada todo lo que la rodeaba. Sintió la suave brisa del atardecer acariciando su rostro y el olor de la hierba fresca inundando sus fosas nasales. Era maravilloso poder relajarse al fin en un lugar como aquel, dejar la mente en blanco y tomarse un respiro.

Comenzaba a refrescar y un escalofrío recorrió su cuerpo, pero se respiraba tanta paz en aquel rincón que decidió quedarse un rato más disfrutando de las vistas.

Estableció una rutina desde el primer día. Cada mañana se levantaba, desayunaba y se preparaba una mochila con comida y agua. Después salía dispuesta a visitar los pueblos de los alrededores y descubrir cada uno de sus rincones. Conocía bien esa zona de la geografía española, pero le gustó redescubrirla, fotografiarla con su cámara y disfrutar de la soledad y libertad de movimientos haciendo lo que quería y cuando quería.

Por la tarde, ataviada con un bikini y una toalla, se marchaba a la playa de Oyambre, daba un paseo por la orilla mientras el agua mojaba sus pies descalzos e incluso se atrevió a darse algún baño en las frías aguas del Cantábrico.

Durante los primeros días no habló con nadie. Antes de marcharse dejó claro a todo el mundo que necesitaba estar sola y que únicamente se comunicaría por email de vez en cuando. Sin

embargo, cuando por fin abrió el correo electrónico, descubrió varios correos de su hermana y también de Úrsula, de Marisol, de Cris y, por supuesto, de Pilar y Sonia.

Paula le contaba que José y ella habían llegado a la Riviera Maya y que echaba de menos a Maya, que se había quedado en casa al cuidado de Inés. Le sorprendió que su hermana, a la que siempre había considerado una persona muy superficial y egoísta, se hubiera encariñado de Maya en tan poco tiempo. Pero sabía que los animales conseguían cosas de las que los humanos no eran capaces.

Leyó el resto de los correos, pero solo respondió a Paula. Al día siguiente llamaría a la clínica para hablar con Pilar, pero sus amigas tendrían que esperar a su regreso.

La semana transcurrió deprisa y cuando quiso darse cuenta volvía a ser lunes y solo quedaban siete días de vacaciones, por lo que se propuso disfrutarlos al máximo y exprimir cada segundo de su estancia en aquel lugar. La lluvia, sin embargo, la obligó a volver a casa pronto aquel día. Iba bien equipada con botas, chubasquero e incluso paraguas, pero la lluvia era tan intensa que resultaba incomoda y tuvo que detener el coche a un lado de la carretera por la falta de visibilidad.

Cuando la lluvia fue más débil, decidió regresar y dedicar el resto del día a leer un libro junto a la chimenea mientras tomaba una taza de café. Los planes habían cambiado, pero le parecieron igualmente perfectos.

Detuvo el coche junto a la verja de la casa y se fijó en el que había aparcado delante del suyo porque le resultó familiar. No pudo evitar que el corazón se le acelerara y que mil preguntas se formaran en su mente. Volvió la cabeza hacia la casa, vio la alta e imponente

figura junto a la puerta de entrada y parpadeó varias veces esperando que al abrir los ojos hubiera desaparecido para siempre.

CAPITULO 50

SALDREMOS A LA LLUVIA

Salió del coche y abrió el paraguas, pero la lluvia volvía a caer con fuerza y unos pocos segundos fueron suficientes para empaparla.

Corrió hacia la puerta de entrada y la abrió permitiendo la entrada del hombre que la esperaba bajo la lluvia. No sabía por qué Javier estaba allí, pero tenía el pelo y la ropa completamente mojados y pensó que no era el momento de preguntar, sino de actuar.

—Será mejor que te seques cuanto antes —le ordenó tendiéndole una toalla que cogió del aseo—. Aunque creo que lo mejor será que te cambies de ropa.

—¿No vas a preguntarme que estoy haciendo aquí? —preguntó él aceptando la toalla y frotándose el pelo.

—Me he cansado de hacerte siempre la misma pregunta y supongo que me lo contarás de todas formas —repuso ella—. ¿Por qué no te cambias mientras preparo café?

Javier salió a buscar la maleta al coche y después subió a cambiarse a la planta superior. Mientras le esperaba, preparó café y encendió la chimenea. La temperatura en el exterior había bajado unos cuantos grados y cuando la leña comenzó a arder impregnó el ambiente con el olor a madera y lo llenó de calidez.

Seguía lloviendo, pero verlo a través de la ventana de aquel lugar en el que se sentía cómoda y segura la reconfortó.

Cuando Javier bajó, con la ropa seca y el pelo aún mojado, admiró sus largas y fuertes piernas ocultas bajo los pantalones

vaqueros y los musculosos brazos que dejaban a la vista la camiseta de color negro que se había puesto. Ruth suspiró sabiendo que sería muy complicado pasar la noche bajo el mismo techo que aquel hombre que aún la erizaba la piel con un solo roce y no caer en la tentación.

Sirvió el café y lo llevó al salón, junto a la chimenea, donde Javier observaba las llamas en silencio.

—Tómate el café, te hará entrar en calor —le dijo tendiéndole una taza.

—Gracias —aceptó él, y sus manos se rozaron solo un segundo haciéndoles recordar a ambos todas las veces que habían estado juntos y lo que habían sentido.

—Supongo que ha llegado el momento de hacer la pregunta —dijo Ruth sentándose en uno de los sillones—. ¿Qué estás haciendo aquí y cómo me has encontrado?

—He venido hasta aquí porque quería verte y Úrsula me dio la dirección de este lugar.

—¿Úrsula?

—Llamé a Paula, ella se negó a decirme dónde estabas, pero me facilitó el número de teléfono de tú amiga y me dijo que le preguntara a ella —le explico Javier sentándose frente a ella.

—Buena jugada —dijo Ruth en voz alta.

—¿A qué te refieres?

—Es una larga historia.

—¿Estás enfadada? —preguntó él.

—No, no estoy enfadada. Solo un poco sorprendida.

—No deberías estar sorprendida, te he echado de menos estas últimas semanas y necesitaba verte —le confesó él.

—Supongo que yo también te he echado de menos —reconoció ella encogiéndose de hombros—. Estos últimos días he estado pensando en todo lo sucedido y me he dado cuenta de que muchas veces hacemos las cosas más complicadas de lo que realmente son.

—He tenido tiempo de arrepentirme un millón de veces por permitir que Carla me acompañara a casa de tu hermana. Fue estúpido por mi parte y entiendo perfectamente que te sintieras humillada —le dijo él—. Aunque no perdiste la ocasión de vengarte.

—No me siento orgullosa de aquello. Utilicé a Joaquín para que te sintieras celoso y me comporté como una adolescente.

—Supongo que también soy el culpable de eso —se lamentó él—. Carla se marchó un par de días después y ahora solo nos comunicamos a través de los abogados. No me lo está poniendo fácil, pero tarde o temprano llegaremos a un acuerdo.

—¿Crees que ella volverá? —Ese era el mayor temor de Ruth y el principal motivo por el que se había alejado de él.

—No, no lo creo. Sabe que nuestro matrimonio está acabado y no es capaz de estar demasiado tiempo alejada de su familia. Ese es uno de los motivos por los que fracasó nuestro matrimonio, aunque no el único.

—Desde que estoy aquí veo las cosas de un modo diferente. Todo parece más sencillo contemplándolo desde la distancia. Supongo que necesitaba unas vacaciones para alejarme de todo —le dijo ella poniéndose en pie para echar un tronco de leña al fuego, que comenzaba a debilitarse—. Puedes quedarte si quieres, pero no se qué pasará cuando regresemos.

Javier se levantó y se acercó a ella. Colocó las manos alrededor de su cintura y posó los labios en su cuello haciéndola estremecer de

placer y deseo. En cuanto la tocó, recordó todas las veces que habían estado juntos antes y anheló volver a sentirse entre sus brazos.

Él la hizo girar y cuando estuvieron frente a frente se miraron a los ojos descubriendo lo mucho que se habían echado de menos. Ruth admiró sus labios y los rozó con los dedos intentando que su forma, su color y su tacto se quedaran para siempre grabados en su memoria.

Javier le acarició el rostro, beso sus ojos, sus mejillas y sus labios y le soltó el pelo permitiendo que se derramara sobre sus hombros.

Habían estado juntos en muchas ocasiones, pero aquel día todo parecía distinto. Se miraban como si fuese la primera vez que se vieran y a diferencia de todas las veces anteriores ninguno de los dos parecía tener prisa. Se desnudaron lentamente el uno al otro, acariciando y besando cada porción de sus cuerpos hasta quedar completamente desnudos.

Ruth recorrió con su lengua cada centímetro de la piel de él, deteniéndose en cada curva, en cada pliegue y admirando la belleza de su cuerpo.

El primer beso de aquel atardecer fue el más tierno e intenso de todos cuantos habían compartido hasta el momento. Ella abrió la boca recibiendo su lengua y, lentamente, la atrapó con la suya convirtiendo un simple beso en el momento más perfecto y mágico de aquellas vacaciones.

Había echado de menos su sabor, pero no supo cuánto hasta que sus lenguas se entrelazaron y convirtieron aquel beso en una promesa de todo lo que estaba por llegar.

Ruth sintió como los músculos de su cuerpo se relajaban y volvían a tensarse bajo las expertas manos de él. Bajo la luz de las

llamas miró sus ojos y tuvo la certeza de que él era el hombre de su vida. Mientras él recorría su cuerpo con la mirada, se estremeció bajo el intenso azul de sus ojos, sintiendo que aquella tarde, por primera vez, compartían mucho más que sus cuerpos.

—Te quiero —le susurró él al oído, y cada una de las silabas de aquellas palabras sonaron a promesa y a futuro.

—Yo también te quiero —respondió ella, feliz porque por fin se sentía libre.

CAPITULO 51

LO QUIERO TODO

Los días que pasaron en aquel lugar fueron los mejores de todos los que habían compartido desde que iniciaron una relación.

Pasearon por los bosques del Saja, se bañaron en las frías aguas del Cantábrico, vieron el amanecer en la montaña y el atardecer en la playa. Y cada noche, al llegar a casa, compartían la cena en el porche y hacían el amor al abrigo de un cielo estrellado.

Tras la tormentosa relación que habían mantenido hasta aquel momento, a Ruth le gustó la sencillez con la que allí, lejos de todo, transcurrían sus vidas. Aquella semana no hablaron del futuro y tampoco del pasado, concentrándose únicamente en disfrutar lo que la vida les ofrecía cada día. Ruth descubrió a un hombre sensible, inteligente y comprometido, se enamoró de su fina ironía y disfrutó enormemente de sus conversaciones y de cada una de las noches que durmieron juntos. Pero el tiempo se agotaba. Había que regresar a la ciudad y enfrentarse a la realidad, al vaivén de los días, al trabajo, la familia, los amigos, los problemas, los compromisos, al divorcio de Javier y a Carla, que aún estando lejos, seguía siendo un motivo de profunda preocupación para ella.

Cuando la semana llegó a su fin Javier y Ruth deseaban poder parar el tiempo y congelarlo en algún punto como si se tratara de una fotografía, pero aquello era imposible y ambos lo sabían.

—Quedémonos un poco más —le propuso él mientras ella intentaba cerrar la maleta sin demasiado éxito.

—No puedo. Tengo que volver al trabajo.

—¿No puedes tomarte unos días más de vacaciones? —le pidió con cara de niño bueno.

—No, tengo que volver para que Sonia y Pilar puedan marcharse.

—Voy a echarte de menos —le susurró al oído.

—No es el fin del mundo —le dijo intentando tranquilizarle a él y a ella misma—. Vivimos en la misma ciudad y podemos vernos siempre que queramos.

—¿Siempre que queramos? —preguntó él visiblemente molesto por su respuesta mientras la apartaba hacia un lado para ayudarla a cerrar la maleta.

—Eso es exactamente lo que he dicho.

—Desearía verte cada día y compartir contigo cada noche. Siempre que queramos no es suficiente para mí —se quejó él.

—¿Qué es lo que intentas decirme? —preguntó sintiendo que la boca se le secaba y el corazón comenzaba a latirle desbocado.

—Quiero que vivamos juntos.

Ruth se sentó sobre la cama intentando asimilar sus palabras. Antes de conocer la existencia de Carla había imaginado muchas veces un futuro junto a Javier, pero después algo había cambiado y en aquel momento no se sentía preparada para dar aquel paso. No quería precipitarse ni dar un paso en falso. Todo lo que había sucedido entre ellos la había enseñado a ser más cautelosa y a partir de aquel momento pensaría detenidamente las cosas antes de actuar.

—¿No vas a responder nada? —Él se sentó a su lado y le retiró el pelo de la cara.

—Creo que es algo precipitado —respondió ella—. Hemos

pasado unos días increíbles y desearía que no acabaran nunca, pero no sé si estoy preparada para ese tipo de compromiso.

—Quiero estar contigo, Ruth, y creía que tú querías lo mismo — Javier parecía decepcionado por su respuesta y aunque lo lamentaba por él, no iba a dar ningún paso más hasta sentirse completamente segura.

—Creo que esta vez debemos ir más despacio. Las cosas no han sido fáciles entre nosotros hasta ahora —le dijo mirándole a los ojos con tristeza—. Quiero que nos conozcamos y hagamos un millón de cosas juntos. Y te quiero a ti y puedo asegurarte que eso no va a cambiar.

—Está bien. Lo haremos como tú quieras y me aseguraré de que cada día sepas que lo que siento por ti es completamente real y sincero —le prometió él—, pero esta vez no será una relación sin compromiso y con fecha de caducidad.

—Ja, ja, ja —rió ella—. Me parece perfecto, así no volveré a verte acompañado de voluptuosas rubias y exuberantes morenas.

—¿Estás celosa? —preguntó él empujándola sobre la cama y sosteniendo sus manos por encima de su cabeza.

—¡Pues claro que no! Te recuerdo que yo también he hecho mis pinitos.

—¿Te parece correcto poner en riesgo el trabajo de Joaquín? Te recuerdo que soy el director de la empresa en la que trabaja y la persona que toma las decisiones.

—No hablas en serio. Eres demasiado inteligente para hacer algo tan mezquino e infantil.

—Sí, supongo que tienes razón.

Sus labios se unieron en un beso largo y apasionado y ella le

rodeó con los brazos apretándole contra su cuerpo. Su deseo por él no había disminuido en absoluto a pesar de que durante los últimos días dedicaron buena parte del tiempo a saciar su apetito sexual.

—Si te pegas a mí de ese modo no tendré más remedio que tomarlo como una indirecta —bromeó él.

—¿Quieres que sea más directa?

Javier soltó una ruidosa y profunda carcajada que inundó la habitación y que sonó a música celestial en los oídos de ella. Aún disponían de un poco de tiempo antes de abandonar la casa y decidieron aprovecharlo de la manera más placentera que conocían.

CAPITULO 52

SOMBRA DE LA SOMBRA DE TU SOMBRERO

Llevaba dos semanas sola en el trabajo y cada vez echaba más de menos a Pilar y a Sonia. Cuando regresó de las vacaciones se sintió gratamente sorprendida por el trabajo que ambas habían realizado en su ausencia. Encontró el material perfectamente limpio y ordenado, los expedientes actualizados, la agenda organizada y cada una de las habitaciones limpias y relucientes.

Se felicitó por su suerte al haber encontrado a dos personas tan eficientes, que amaban su trabajo y disfrutaban de él tanto como lo hacía ella.

Años atrás había pensado que su profesión era vocacional y aunque así era en la mayoría de los casos, a lo largo del camino se encontró con personas que no cumplían ese requisito que ella consideraba fundamental. Afortunadamente, Pilar y Sonia pertenecían al grupo mayoritario.

Paula estaba en la casa que ella y José habían alquilado en la playa. Cada día le enviaba fotografías de Maya. La pequeña había crecido en las últimas semanas y parecía sentirse feliz junto a su hermana.

Úrsula y Raúl ya habían regresado de las vacaciones y aquella noche habían quedado para cenar y ponerse al día tras más de un mes lejos la una de la otra. Raúl y Javier no habían sido invitados en aquella ocasión, tenían muchas cosas que contarse y no lo harían con total libertad si ellos estaban presentes, pues seguramente serían

parte importante de esa conversación.

A las ocho y media de la tarde Ruth despidió a su último paciente y se dispuso a marcharse. Limpió la mesa de exploraciones, se quitó los guantes y se lavó las manos concienzudamente. Después se cambió de ropa y cerró su despacho. Había sido un día bastante tranquilo, como solían ser todos los días del mes de agosto, y tras una jornada bastante aburrida nada le apetecía más que relajarse en la cocina de Úrsula mientras cocinaban algo delicioso y compartían una botella de vino.

Abrió la puerta y contuvo la respiración al encontrarse frente a frente con Carla, la mujer de Javier y la protagonista principal de sus peores pesadillas.

—Tenemos que hablar —dijo Carla sin molestarse en saludar.

—Vayamos dentro —Ruth abrió la puerta para dejarla pasar y la condujo hacia su despacho.

—Solo quiero que sepas que tarde o temprano Javier te dejará tirada, igual que ha hecho con todas las mujeres con las que se ha acostado a lo largo de nuestro matrimonio —sus palabras destilaban veneno y Ruth casi esperaba ver como una lengua viperina salía de su boca—. ¿Pensabas que tú eras la única? —preguntó al ver la cara de sorpresa de Ruth.

—No voy a responder a esa pregunta —contestó.

—Volverá conmigo —le aseguró Carla—. Siempre lo ha hecho.

—Eso es algo que deberías hablar con él. Si has venido aquí buscando pelea he de decirte que te has equivocado de persona y de lugar.

—Reconozco que tienes mucha más clase que las otras zorras con las que se ha acostado mi marido —dijo Carla—, pero tú eres tan

puta como ellas.

Ruth abrió la boca dispuesta a defenderse de los insultos de aquella mujer, pero lo pensó mejor y decidió callarse. Confiaba plenamente en Javier. Sabía que hasta hacía poco la incertidumbre había sido la principal protagonista de su relación, pero las cosas habían cambiado y ahora confiaba plenamente en él.

—Será mejor que te vayas —la invitó Ruth abriendo la puerta de su despacho.

—¿Te crees demasiado buena para hablar conmigo? —inquirió Carla.

—Simplemente no deseo hablar contigo.

—Está bien, me iré, pero recuerda lo que te he dicho. Javier volverá conmigo.

Carla abandonó la clínica con la cabeza alta y Ruth la vio alejarse con el corazón encogido por el miedo. Todo en ella destilaba odio y su actitud indicaba que era una mujer acostumbrada a salirse con la suya.

Javier y ella estaban enamorados, pero no sabía si sus sentimientos hacia él soportarían la tensión que Carla generaría entre ellos.

Decidió llamar a Úrsula y cancelar su cita. Tenía que hablar con Javier y contarle la inesperada visita que había recibido. Marcó el número de teléfono de su amiga y esta la atendió enseguida.

—¡Qué casualidad! —exclamó Úrsula—. Estaba cogiendo el teléfono para llamarte.

—¿Ha ocurrido algo?

—Acabo de recibir un aviso. Alguien ha visto a una perra en la carretera de Toledo. No han sabido decirme si está viva o muerta y

hay dos cachorros junto a ella.

—Envíame la ubicación. Voy inmediatamente para allá.

—No sé lo que vamos a encontrarnos —le advirtió Úrsula—.

Quizá cuando lleguemos...

—Mantengamos la esperanza hasta el final —la interrumpió Ruth—. No hay tiempo que perder.

Colgó el teléfono y esperó en el coche a que su amiga le enviara la ubicación exacta. Cuando recibió el mensaje, arrancó el coche y puso rumbo hacia el lugar indicado.

CAPITULO 53

UN AÑO Y OTRO AÑO

La escena que se encontró era posiblemente la más dramática que había visto nunca antes. El cuerpo inerte de una hembra mestiza de Rottweiler yacía en la cuneta, junto a ella dos cachorros de apenas dos meses apoyaban sus cabecitas sobre el cuerpo de la que debía ser su madre.

Úrsula, que había llegado antes que ella, contemplaba la escena sin moverse. Parecía seriamente afectada por lo que sus ojos veían y estaba completamente paralizada.

Ruth se agachó junto al cuerpo y aunque aún estaba caliente pudo comprobar que no respiraba y que era demasiado tarde para ella. Cogió a los cachorros entre sus brazos y poniéndose en pie le tendió uno a su amiga, pero esta no se movió.

Los cachorros temblaban de miedo. Probablemente tenían hambre y estaban sedientos tras un día de tanto calor. Había que atenderlos de inmediato y zarandeó a su amiga en busca de alguna reacción.

—Tenemos que darles agua, no sabemos cuánto tiempo llevan sin ingerir líquido— le dijo a Úrsula, pero esta seguía sin moverse y comenzó a preocuparse seriamente por ella.

Su amiga se había enfrentado a situaciones como aquella muchas veces a lo largo de su vida. Hacia tan solo unas semanas que asistieron juntas al rescate de más de cincuenta perros que vivían en condiciones lamentables y a lo largo de su vida se había

peleado con cazadores, criadores, políticos y todo tipo de personas que maltrataban animales. Pero en aquel momento parecía estar más afectada que nunca.

—Tenemos que hacernos cargo de estos cachorros —susurró Ruth.

—Es... horrible —oyó murmurar a Úrsula—. Cada vez me resulta más insoportable ver estas cosas. No sé... no sé si voy a poder continuar.... —Su voz temblaba y todo indicaba que estaba a punto de comenzar a llorar.

—Sé lo difícil que es luchar cada día y chocar constantemente contra los mismos muros, pero todo lo que haces es por ellos. Nos necesitan y no podemos rendirnos —le dijo cogiendo como pudo una de sus manos y colocando en ella a uno de los cachorros—. Hay muchas personas luchando, pero no nos podemos permitir perder a ninguna.

—¿Qué tipo de persona abandonaría a dos cachorros después de atropellar a su madre? ¿A qué nos enfrentamos? —estalló Úrsula, y abrazó al pequeñín que sostenía entre sus brazos—. ¿Sabes cuantas lágrimas he derramado a lo largo de mi vida por culpa de tanto malnacido? A veces creo que no podré continuar.

—No podrías tener la conciencia tranquila si mirases hacia otro lado —le aseguró Ruth—. Además, somos demasiado egoístas y estamos completamente enganchadas. Cuando creas que no puedes más debes recordar la satisfacción que sientes cada vez que encuentras una familia para ellos y la cantidad de sonrisas que les debes.

—Pero yo también tengo una vida, una familia y amigos a los que he dejado tirados un millón de veces. Citas canceladas a última hora,

retrasos injustificados al trabajo, gripes que han terminado siendo una neumonía, vacaciones canceladas,.... —Úrsula suspiró y miró a su amiga.

—Y cientos de perros y gatos rescatados que han encontrado una segunda oportunidad gracias a ti— continuó diciendo Ruth.

Ruth vio como las lágrimas caían por el rostro de su amiga. Sabía cómo se sentía y entendía cada una de sus palabras, pero era una de las personas más fuertes que conocía y estaba segura de que con un poco de apoyo y tocando las teclas adecuadas, volvería a ser la de siempre.

—¿Por qué siempre dices lo que necesito oír? —le preguntó Úrsula limpiándose las lagrimas con el dorso de la mano.

—Lo aprendí de ti —respondió ella con sinceridad.

—Vamos. Tengo agua en el coche y también un trasportín y algunas mantas.

—¿Mantas? Hace demasiado calor para las mantas —dijo Ruth siguiendo a su amiga hasta el coche.

Después de dar agua a los cachorros y acomodarlos en el trasportín volvieron hasta donde estaba el cuerpo de la madre. Ver su cuerpo inerte tirado en la cuneta de la carretera era una visión dura y dolorosa, pero poco más podían hacer por ella.

—Me la llevaré a la clínica —dijo Ruth—. No podemos dejarla aquí. Mañana llamaré a un crematorio para animales domésticos. Son gente seria y de confianza.

—Eso es un detalle muy bonito, Ruth —opinó su amiga con la voz entrecortada de nuevo.

—Vamos, no llores. Es lo único que podemos hacer por ella. Eso y buscar una familia para sus dos pequeños, pero de eso te

encargarás tú, ¿verdad?

—Por supuesto —le aseguró Úrsula—. Y te pagaré la mitad de lo que cobre esa empresa.

Ruth y Úrsula cogieron el cuerpo de la perrita y lo metieron en el maletero del coche envuelto en una manta.

—¿Estarás bien? —preguntó Ruth aún preocupada por su amiga.

—Sí, he llamado a Raúl cuando venía hacia aquí y le he pedido que me espere en casa. No estaré sola y él siempre consigue animarme.

—En ese caso me voy. Aún tengo algo más que hacer antes de volver a casa— dijo pensando en Carla y en su inesperada visita.

Las dos amigas se despidieron y Ruth puso rumbo a la clínica veterinaria para dejar a la perra. Al día siguiente llamaría a la empresa para que la incineraran y pediría que le devolvieran las cenizas para guardarlas como recuerdo de aquella noche.

Después volvió al coche y puso rumbo a casa de Javier. Tenía que contarle cuanto antes la visita de Carla.

CAPITULO 54

EL CLUB DE LOS AMANTES DESAIRADOS

Tuvo que llamar tres veces a la puerta antes de que Javier fuese a abrirla. A pesar de que desde el regreso de las vacaciones se veían cada día y pasaban cada noche juntos, verle le producía un cosquilleo indescriptible en el estómago. Llevaba el torso desnudo, iba descalzo y únicamente unos pantalones vaqueros cubrían su cuerpo. Pensó en arrancárselos y dejar para más tarde lo que había ido a contarle, pero se regañó mentalmente y sacudió la cabeza esperando poder sacudirse también la visión de sus cuerpos enredados para recuperar el control.

Aquello debería esperar, era más importante hablarle de la visita de su mujer y de la conversación que habían mantenido unas horas antes.

—Tengo que contarte algo —le dijo Ruth desechando sus pensamientos..

—Creía que habías ido a casa de Úrsula.

—Sí, pero ha sucedido algo y....Te lo contaré todo más tarde —le dijo intentando traspasar la puerta.

Javier, sin embargo, le cortó el paso y Ruth tuvo el presentimiento de que algo no iba bien.

—¿Qué sucede? ¿No me vas a dejar pasar? —le preguntó sorprendida.

—Ahora no es buen momento.

—¿Quién es, cariño? —La voz de Carla le llegó con nitidez y miró

a Javier desconcertada.

—Puedo explicártelo —dijo él al ver su cara de confusión.

—No, no es necesario, ella ya se ha encargado de explicámelo todo.

Ruth dio media vuelta y bajó corriendo las escaleras sin esperar el ascensor. Notaba que le faltaba la respiración y necesitaba salir de allí cuanto antes.

—¡Ruth!—gritó él—. ¡Vuelve, por favor!

Pero ella ya no le escuchaba. Corría escaleras abajo y al llegar la calle se apoyó en la pared y respiró hondo varias veces. Cuando logró recuperar la respiración, condujo hasta su casa mientras el teléfono sonaba una y otra vez. Abrió la ventanilla del coche dispuesta a tirarlo para librarse así de aquel insoportable sonido, pero había demasiada información importante en aquel aparato y simplemente lo apagó.

Descolgó el teléfono de casa y habría desconectado el timbre de la puerta si hubiese sabido cómo hacerlo. Estaba enfadada, decepcionada, desconcertada y no tenía ganas de hablar con nadie. No sabía lo que pensar acerca de todo aquello y la imagen de Javier medio desnudo y la voz de Carla llamándole cariño, se repetían en su cabeza torturándola.

¿Qué explicación podía tener todo aquello?

Se metió en la cama y como ya era habitual, la rabia y la incertidumbre no la dejaron dormir en toda la noche.

Se levantó antes del amanecer, se puso una camiseta, unos leggins, sus zapatillas de running y salió a correr. A pesar de la falta de sueño había demasiada rabia en su interior y correr siempre le

había hecho sentir bien. Tuvo que parar mil veces para recuperar el aliento debido a la falta de entrenamiento, llevaba meses sin practicar, pero no se rindió y una hora más tarde llegó a casa completamente agotada por el ejercicio.

Se marchó pronto a la clínica y lo primero que hizo fue ponerse en contacto con la empresa que debía recoger a la perra que la noche anterior Úrsula y ella habían encontrado muerta en la autovía de Toledo. La bautizó con el nombre de Rania porque le recordaba a una perra que sus abuelos tenían cuando era pequeña, y se sintió mucho mejor cumpliendo aquella promesa que la noche anterior le hiciera a su amiga y a sí misma.

Rania había sido abandonada y después atropellada. Su vida no había tenido importancia para aquellos que le habían causado un daño irreparable, pero para Úrsula y para ella era importante y merecía que sus restos fuesen tratados con respeto.

Más tarde, Raúl llevó a la clínica a los dos cachorros para examinarlos. Eran dos machos y la noche anterior Úrsula y él habían decidido llamarlos Golfo y Ángel. Ruth sintió un nudo en la garganta al oír el nombre de Golfo. Hacía tiempo que su amiga había sufrido un duro golpe al no poder salvar a un perro del mismo nombre al que unos niños habían golpeado hasta dejarlo moribundo. Aquel cachorro tenía toda la vida por delante y era una manera de hacer un homenaje a aquel otro por el que Úrsula había luchado hasta el final. Los dos estaban sanos y Ruth procedió a vacunarlos y desparasitarlos. Eran preciosos y muy buenos, y estaba segura de que pronto encontrarían un hogar.

—Han comido bien —le dijo Raúl—. Úrsula les dio de comer nada más llegar a casa. Estaban muertos de hambre. Después se pusieron

a jugar con Santi y Ulrich y hasta Darty se rindió al encanto de los pequeños.

—Nadie puede resistirse a los encantos de un cachorro —afirmó ella— ¿Cómo está Úrsula?

—Ayer estaba bastante deprimida, pero se ha levantado un poco más animada esta mañana.

—Está sometida a demasiada presión. Es una mujer fuerte, pero a veces los más fuertes también pueden caer.

—No creo que sea capaz de desengancharte de esto nunca y haga lo que haga yo estaré a su lado —le dijo él.

—Úrsula tiene mucha suerte de haberte encontrado —opinó ella.

—No, yo soy el afortunado. Nunca pensé que alguien fuese a cambiar mi vida como lo ha hecho ella. Además, es la primera vez que mi madre da el visto bueno a una mujer con la que salgo y mi hermana pequeña la adora. —Parecía sentirse muy orgulloso de su amiga y Ruth se alegró por ella— Mi madre y mi hermana cuidaran de los cachorros hasta que encuentren un hogar. Aunque, sinceramente, creo que en cuanto los vean no serán capaces de separarse de ellos.

—Esa es una noticia estupenda y no sabes lo feliz que me siento porque Úrsula haya encontrado una familia. No tiene hermanos y no se lleva demasiado bien con su madre.

—Tú eres su familia —le dijo él—. Es una de las cosas que me dejó claras desde el primer momento.

—Me gustas, Raúl. Eres una persona muy sensible e inteligente y también el hombre que mi mejor amiga se merece.

—Gracias, tu opinión sobre mi es importante.

—No me estarás haciendo la pelota para ganar puntos, ¿verdad?

—Ja, ja, ja —rio él—. No, no lo hago. Y ahora voy a llevarme a

estos dos, seguro que ya tienen hambre.

Ruth se despidió de Raúl y de los pequeños Golfo y Ángel y se alegró al pensar en la suerte que tenía su amiga por tener a aquel hombre en su vida.

CAPITULO 55

ESTOY ALEGRE

Selva era una cachorrita preciosa y Ruth se enamoró de ella nada más verla. Fue un auténtico flechazo. Miró sus ojos de color ámbar, profundos y limpios, y sintió que su corazón le pertenecería para siempre.

Eli, una voluntaria de la Protectora ARPA, la llevó a la clínica después de que alguien la abandonara en la puerta del albergue con una de las patas traseras rotas.

Solo tenía dos meses y alguien la había dejado allí sola, con su patita envuelta en un cartón atado con una cuerda. A pesar de todo, ella intentaba caminar y aquella luchadora de mirada dulce la conquistó desde el primer instante.

Habían sido muchas las veces que había oído decir que eran ellos lo que adoptaban a las personas y aquel día, cuando sus miradas se encontraron, entendió de inmediato aquella frase. Selva acababa de adoptarla.

Las radiografías mostraron tres fracturas en la pata posterior derecha y la pequeña debería ser intervenida lo antes posible. Le hizo una analítica completa y le envió a Curra las radiografías para que les echase un vistazo y le diera su opinión. Su amiga confirmó su diagnóstico y se ofreció a realizar la cirugía en cuanto tuviese los resultados de los análisis.

—Voy a quedarme con ella —le dijo Ruth a Eli.

—¿Estás segura? —preguntó la voluntaria sorprendida por la

rapidez con la que había tomado la decisión.

—Sí, estoy segura. Quiero quedarme con ella. Me haré cargo de la cirugía y firmaré el contrato de adopción cuando lo tengas preparado.

—¡Es una noticia fantástica! Cuando venía hacia aquí estaba preguntándome cómo íbamos a pagarte la factura y sé que te parecerá egoísta, pero es un alivio saber que estará en buenas manos.

—No te preocupes, lo entiendo —la tranquilizó Ruth—. Llevo mucho tiempo queriendo compartir mi vida con alguno de estos peludos, pero siempre he tenido poco tiempo y demasiado trabajo. Ahora somos tres veterinarias en la clínica y dispongo de más tiempo libre. Además, Selva podrá acompañarme allí donde vaya.

—Mis compañeras van a alucinar con la noticia.

—Te aseguro que yo soy quien sale ganando.

Selva fue operada por Curra unos días más tarde. Confiaba plenamente en su amiga porque estaba acostumbrada a operar lesiones como aquella cada día y sabía que haría todo lo posible para que la pequeña volviera a caminar con normalidad.

La operación salió bien y cuando Selva despertó de la anestesia Ruth la trasladó a su casa. Días atrás había comprado todo lo necesario para atender sus necesidades, incluida una amplia cama que colocó junto a la suya para poder vigilar a su nueva amiga las veinticuatro horas del día.

Selva era una mestiza de Alaskan Malamute y seguramente sería una perra de gran tamaño, así que compró una cama para ella lo suficientemente grande y mullida. La pequeña se adaptó rápidamente a su nuevo hogar y a pesar de la cirugía nunca se quejaba y estaba

siempre dispuesta a jugar.

—Esos ojos son... ¡Ahhhh! —exclamó Úrsula en cuanto vio a la pequeña—. No encuentro palabras para definir lo que siento al mirarlos.

—Ya te lo dije, me miró y me conquistó por completo —le explicó Ruth de nuevo.

—Lo entiendo.

—Me paso la vida cuidando de ellos y sabía que llegaría el día en que volvería a adoptar. Creo que el momento ha llegado.

—Va a ser enorme —opinó Úrsula mirando sus patas.

—Va a ser la mestiza más grande y guapa del mundo —sonrió Ruth acariciando a Selva.

—Pronto le presentaremos a Santi, Ulrich y Darty.

—Y daremos largos paseos por el campo —acabó la frase Ruth.

—Se recuperará pronto y lo celebraremos llevándola a algún lugar especial.

—Por supuesto, es una perrita fuerte y muy luchadora, y pronto podremos hacer un montón de cosas junto a ella.

—¿Has vuelto a saber algo de Javier? —pregunto su amiga cambiando de tema abruptamente.

—¿Qué? —La pregunta pilló a Ruth por sorpresa y miró a su amiga con los ojos muy abiertos.

—¡No te hagas la tonta! Hablamos de Javier, ese hombre que te ha robado el corazón y al que tratas como si fuese tu peor enemigo.

—Ja, ja, ja —rió Ruth—. Tiene gracia.

—No tiene gracia —se quejó Úrsula.

—Sí la tiene. Desde que estas con Raúl te has vuelto un poco blanda.

—¿No será que tú estás siendo demasiado dura? —inquirió su amiga—. Eres muy orgullosa y cabezota.

—¡No soy orgullosa! —negó Ruth con rotundidad sacudiendo la cabeza de un lado a otro—. Carla no piensa rendirse y no estoy dispuesta a tener una relación llena de sobresaltos.

—Ella no tiene nada que hacer y tú no deberías haberte rendido tan rápido. Deberías haber escuchado las explicaciones de Javier.

—Estaba medio desnudo y ella le llamó cariño —le recordó Ruth a su amiga.

—¿Es que no ves el juego sucio de Carla? Ella sabía que estabas escuchando —dijo Úrsula negando con la cabeza con incredulidad.

—No ha vuelto a llamarme.

—Pues llámale tú.

—No lo sé, tengo que pensarlo.

—Deberías pensar menos y actuar más.

CAPITULO 56

SI TE VIENES CONMIGO

—¡Abre la puerta! —gritó Javier haciendo que su corazón le diera un salto en el pecho—. No voy a marcharme, así que será mejor que me dejes entrar.

—Puedes quedarte si quieres, pero será ahí fuera porque no voy a dejarte entrar —le repitió ella desde el otro lado de la puerta mientras luchaba contra sus sentimientos.

—No voy a rendirme.

—Los vecinos terminarán llamando a la policía —le advirtió ella.

Ruth empezaba a estar cansada de la situación. Le había pedido un millón de veces que se marchara, pero él seguía allí, golpeando la puerta y pidiéndole que le dejara entrar. Nunca le había visto tan alterado y tan dispuesto a cumplir su palabra.

—¿Qué es este escándalo? —preguntó su vecino, un anciano de más de ochenta años para el que cualquier cosa era motivo de queja.

—¡A usted no le importa! —le espetó Javier fuera de sí.

—Los jóvenes de ahora no tienen respeto por nadie —se quejó el anciano—. Llamaré a la policía si no se marcha inmediatamente.

—Hágalo, pero no voy a moverme de aquí —le desafió Javier.

Ruth abrió la puerta, las cosas empezaban a ponerse feas y sabía que el anciano cumpliría su palabra si no acababa con aquello.

—Lo siento —se disculpó Ruth—. No es necesario que llame a la policía.

—Pues acabe con esto de una vez o lo haré yo —le gritó su

vecino cerrando la puerta de un portazo.

Javier se había salido con la suya y había logrado entrar a su casa, algo que no la hacía sentir precisamente contenta. Había intentado olvidarse de él y aunque era un reto complicado, día a día iba encontrándose más animada e incluso había accedido a cenar con Juanjo unos días más tarde. Sin embargo, aquella visita significaba para ella un nuevo paso hacia atrás.

La siguió hasta el salón y enseguida reparó en Selva, que le miraba desde su cama moviendo el rabo. Javier se acercó a ella para acariciarla y la perra le lamió las manos, la cara y hasta se puso patas arriba permitiendo que la acariciara.

—¿A quién tenemos aquí? —preguntó Javier.

—Se llama Selva y la he adoptado. Hace pocos días que ha sido intervenida y aún está convaleciente, pero se pondrá bien.

—¡Hola, Selva! —la saludó él con su voz profunda y suave—. Eres una chica con suerte. Has conseguido que Ruth te adopte y te deje vivir con ella. Tal vez, podrías contarme tu secreto.

—¿Qué demonios estás diciendo? —le preguntó sin dar crédito a las cosas que le estaba diciendo a Selva.

—Acabas de oírlo.

—Selva no te contará su secreto, porque no hay ningún secreto, a menos que conozcas palabras tales como sinceridad, honestidad y lealtad.

Javier se levantó para enfrentarse a Ruth. Parecía bastante enfadado y ella se preparó para iniciar una nueva batalla dialéctica.

—Quizá tú tampoco conoces el significado de algunas palabras, como por ejemplo confianza, compromiso y fidelidad.

—¿Te atreves a hablarme de fidelidad? Tú jamás me has

encontrado medio desnuda en compañía de otro hombre que me llamase cariño —le dijo ella poniendo especial énfasis en la última palabra.

—Todo eso tiene una explicación bastante sencilla, aunque quizás ya lo sabes y lo que pasa es que tienes miedo de enfrentarte a tus sentimientos y de asumir compromisos.

—¿Por qué iba a tener miedo? Si fuese tan cobarde como dices jamás habría reconocido que estoy enamorada de ti —le dijo ella cogiendo a Selva entre sus brazos y sentándose en uno de los sillones.

—¿Cuál es el problema? —preguntó él sentándose frente a ella—. Carla se presentó en mi casa sin avisar, estaba en la ducha y antes de abrir la puerta me puse unos pantalones. ¿Acaso eso es un crimen? —le explicó él—. Ya te dije que era una mujer bastante retorcida. En cuanto te oyó hablar me llamó cariño sabiendo perfectamente el daño que eso haría a nuestra relación. Eso es todo lo que pasó.

—Antes de ir a tu casa me hizo una visita en la clínica —le contó Ruth—. Me dijo que yo no era la primera mujer con la que habías estado a lo largo de tu matrimonio y también que siempre vuelves a su lado.

—Supongo que eso no me sorprende demasiado viniendo de Carla —le dijo el muy serio—,pero si me sorprende el hecho de que tú la creyeras.

—¡No la creí! —exclamó ella—. Y en cualquier caso no me importó si lo que dijo era o no era verdad, porque confiaba en ti y en lo que sentías por mí. Por eso fui a verte, quería contarte su visita y decirte que confiaba en ti.

—Si me creías entonces, ¿cómo es que cambiaste de opinión tan rápidamente?

—No me dejaste entrar en tu casa —le espetó ella—. Saliste medio desnudo a recibirme, me dijiste que era mal momento y entonces descubrí que ella estaba allí contigo. ¿Qué querías que pensara?

—No quería involucrarte en nuestros problemas. Intentaba protegerte.

—Pero yo ya estoy involucrada en todo esto, ¿es que no te das cuenta?

—Tienes razón —reconoció él bajando la vista hacia el suelo.

—Fui a verte en cuanto pude porque quería que supieras que estaba a tu lado y que no me importaba lo que hubieses hecho antes de conocernos —repitió ella.

—Nunca estuve con otra mujer mientras Carla y yo estuvimos viviendo juntos —le confesó él—. Después solo he estado contigo.

—¿Quieres que crea que todas esas mujeres con las que te vi en todas partes eran solo amigas? —preguntó ella con incredulidad.

—Desde que Carla y yo no separamos y vine a Madrid solo he estado contigo —le repitió él completamente serio.

—No puedo creerte —negó ella, pero al mirarle a los ojos supo que no estaba mintiendo—. Es verdad, ¿no?

—Nunca te he mentado.

—¡Vale, te creo! Pero Carla siempre estará ahí y no sé si estoy preparada para enfrentarme a algo así.

—Ella solo se interpondrá entre nosotros si se lo permitimos.

—¿Cómo se supone que vamos a impedirselo?

—Confianza el uno en el otro —dijo él estirando la mano para

acariciar a Selva, que se lo agradeció con un lametón—. Parece que a ella le gusto.

—A Selva le gusta todo el mundo y parece que tú le gustas a todas las mujeres de este mundo —le dijo retirando la mano de él de la cabeza de Selva y haciéndole reír.

—Solo quiero gustarte a ti —dijo él zalamero— y que puedas confiar en mí y darme una nueva oportunidad. Con ella lo has hecho —dijo señalando a la perrita.

—Porque ella es toda inocencia y amor. No deberías compararte con un perro, nadie debería hacerlo —Ruth se puso en pie y dejó a Selva en el suelo.

La perrita se recuperaba muy bien y ya podía permanecer un rato levantada y hasta tenía ganas de jugar.

Javier se levantó también y se acercó a ella. Cogió un mechón de su pelo y lo colocó detrás de su oreja provocándole un estremecimiento que la sacudió todo el cuerpo. Después la agarró por la barbilla para obligarla a mirarle a los ojos.

—Sabes que te quiero —murmuro él muy cerca de sus labios— y sé que tú me quieres. Es imposible que alguien se interponga entre nosotros.

—Lo siento, pero no quiero seguir hablando de esto —se escabulló ella—. Te llamaré, lo prometo, pero ahora...

Él se marchó sin despedirse, no intentó besarla, pero anheló sentir los labios de él sobre los suyos y se preguntó si sería capaz de renunciar a todas las emociones y sentimientos que él despertaba en ella.

CAPITULO 57

CABALGAR LA ETERNIDAD

Selva jugaba con una pelota mientras ella se cambiaba de ropa y encendía el ordenador. Aún era pronto, pero apenas había podido dormir y se había levantado al amanecer.

El motivo de su falta de sueño había sido nuevamente Javier y la charla que habían mantenido la noche anterior. Durante horas, repasó mentalmente cada una de las palabras que él había dicho y eso no le había dejado demasiado tiempo para descansar.

Sabía que él tenía razón en algunas de las cosas que había dicho. Tal vez estaba asustada y no era capaz de enfrentarse a sus sentimientos y comprometerse. Y de nuevo estaba Carla y su insistencia en acabar con lo que había entre ellos.

¿Qué pasaría si se arriesgaba y su relación fracasaba? ¿Qué ocurriría si decidía no arriesgarse y más adelante se arrepentía? ¿Hasta dónde sería capaz de llegar Carla para separarlos?

Hiciera lo que hiciera era demasiado tarde. Demasiado tarde para no amarle y demasiado tarde para dejar de hacerlo.

El timbre de la puerta sonó y fue a abrir. Encontrarse nuevamente a Carla tras la puerta no fue una sorpresa y suspiró ruidosamente ante el hecho de tener que volver a enfrentarse a ella.

—Desearía que dejaras de aparecer por aquí sin avisar —le dijo caminando hacia su despacho.

—Espero que hayas estado pensando en lo que te dije — comenzó decir Carla—. Para Javier yo siempre estaré antes que tú y

también después de ti. —Y concluyó la frase con una enorme sonrisa que Ruth deseó poder borrarle de la cara de un guantazo.

—Deberías retirarte mientras te quede un ápice de dignidad antes de que todo esto se te vaya de las manos y hagas un ridículo espantoso —le dijo entrando de lleno en la batalla—. Tú oportunidad con Javier pasó hace tiempo.

—¿Eso es lo que él te ha dicho? —Carla soltó una carcajada que puso a Ruth los pelos de punta.

—No importa lo que me haya dicho a mí, sino lo que te ha dicho a ti.

—Te equivocas de nuevo. Para Javier solo eres un capricho y como todos los caprichos serás algo pasajero. Él jamás tendría una relación seria con alguien como tú.

—¿Con alguien como yo? —repitió Ruth estupefacta.

—¡Mírate! —Carla la señaló con el dedo índice moviéndolo arriba y abajo— Eres una vulgar veterinaria que jamás podría ofrecer a un hombre como él la vida y la posición social a las que está acostumbrado. Yo, sin embargo, procedo de una buena familia y ese es uno de los motivos por los que se casó conmigo.

—No deberías sentirte orgullosa. Desconozco los motivos por los que Javier y tú os casasteis y, créeme, no me importan en absoluto. Estamos juntos porque nos amamos y respetamos y no por nuestro trabajo o posición social.

Ruth se agachó para coger a Selva que se había levantado de su cama y se había colocado junto a sus piernas. Los perros tenían un sentido especial para detectar los estados de ánimo y estaba segura de que la perrita se había colocado junto a ella para apoyarla.

—¡Aparta a ese bicho de mí! —gritó Carla con cara de asco—.

Soy alérgica a los perros.

—El único bicho que hay aquí eres tú —le espetó Ruth con rabia.

—Tú y tus insultos no lograreis amedrentarme.

—En ese caso he de decirte que con tus malas artes no conseguirás entrometerte en mi relación con Javier —le dijo abrazando a Selva y notando el calor del cuerpo de la pequeña contra el suyo.

Selva había sobrevivido a todas las malas experiencias a las que había tenido que enfrentarse a lo largo de su corta vida. Era una luchadora que había elegido no rendirse y su fuerza y determinación eran una inspiración para ella.

—Javier y yo estamos juntos en esto —repitió Ruth—. No vamos a rendirnos y no permitiremos que ni tú ni nadie destruya nuestra relación. Deberías marcharte y dejarnos en paz, pero si decides no hacerlo tendrás que enfrentarte a los dos.

—Ya lo has oído —la voz de Javier le llegó alta y clara desde la puerta y Ruth sintió que era su día de suerte—. Estamos juntos en esto y seguiremos juntos aunque te niegues a aceptarlo.

—Pero ella no puede darte la vida que te mereces —dijo Carla cambiando el tono de voz de suficiencia que había mantenido hasta aquel momento por otro más comedido.

—¿Qué vida es esa que yo merezco según tú? —preguntó Javier poniéndose al lado de Ruth y acariciando a Selva.

—Lo sabes perfectamente, un tipo de vida que una mujer vulgar como ella nunca podrá darte.

—Ja, ja, ja. —La carcajada de Javier sorprendió a Carla, que no esperaba algo así— Ruth me ha dado más en estos últimos meses de lo que cualquier persona podría desear en toda su vida —le dijo a

Carla abrazando a Ruth y a Selva.

—¿Eso es lo que crees? He pasado los últimos años de mi vida apoyándote en tu carrera profesional. Si no hubiese sido por mí y por mi familia ahora no serías nadie, ¿es así como me lo vas a pagar?

—¿De verdad crees lo que estás diciendo? —preguntó Javier—. No voy a decir lo que pienso de ti y de tu familia porque sería tan mezquino como lo estas siendo tú, pero...

—¿Me has llamado mezquina? —Carla le interrumpió y volvió a recuperar su tono de prepotencia—. ¿También tú vas a insultarme?

—Carla, ya hemos hablado un millón de veces de todo esto. No voy a volver contigo y parecías estar de acuerdo conmigo hasta hace poco —le recordó Javier.

—Podría aceptar que nuestro matrimonio no funcionara, pero no aceptaré que me dejes por una zorra —escupió Carla.

—No voy a permitirte un insulto más —le advirtió él—. Íbamos a divorciarnos antes de que conociera a Ruth.

—No pensaba divorciarme. Solo quería que te asustaras y te dieras cuenta de tu error.

—¿Me estás diciendo que todo era mentira? —Javier soltó a Ruth y dio una vuelta sobre sí mismo dándole la espalda a Carla.

—Pensé que si te dejaba venir a Madrid terminarías volviendo a mi lado.

—Sabes que nuestro matrimonio no funciona desde hace mucho tiempo —dijo Javier volviéndose de nuevo hacia ella.

—El matrimonio es para toda la vida —dijo Carla.

—No puedo imaginar nada peor que estar el resto de mi vida contigo.

—Estoy dispuesta a luchar hasta el final —dijo Carla levantando

el mentón y mirándolos a ambos con odio.

—Es demasiado tarde —dijo Javier en un último intento de hacerla entrar en razón.

Carla no respondió, se giró hacia la puerta y se marchó nuevamente con la cabeza alta y una actitud que dejaba claro que no pensaba rendirse.

CAPITULO 58

CONTIGO ME QUEDARÍA

—Entonces, ¿estamos juntos en esto? —le preguntó Javier cuando Carla se hubo marchado.

—Supongo que sí —respondió ella—. He intentado alejarme de ti un millón de veces, pero ya es demasiado tarde.

—¿Demasiado tarde? —Javier cogió a Selva de sus brazos y la dejó en el suelo para poder abrazarla.

—Desde el principio fue demasiado tarde para dejar de amarte —le confesó ella.

Javier la estrechó entre sus brazos y la besó. Sus besos siempre la hacían olvidar todo lo demás y luchó contra el deseo que la sacudía de pies a cabeza para mantener la calma que aquel momento requería.

—Yo siento exactamente lo mismo —le susurró él al oído— Nada más verte pensé que eras una mujer fascinante, preciosa y con agallas. Y deseé besarte desde el mismo instante en que te conocí —le dijo rozándole los labios con los suyos—. Acariciar tu pelo —susurró llevándose uno de sus rizos hacia la nariz para aspirar su aroma—. Perderme en tu cuerpo —murmuró bajando las manos hacia sus senos—. Y la noche que pensé que sería la más larga y aburrida de mi vida se convirtió en la más trascendental e importante. Aquella noche te conocí.

—Pero ella...

—Carla no puede hacernos daño —la interrumpió él—. A menos

que te preocupe que el divorcio se retrase.

—No, eso no me importa.

—En ese caso ya no tienes ningún motivo para seguir negándote a que vivamos juntos.

—Quiero hacerlo, pero... yo...

—¿Qué te lo impide? —preguntó él mirándole a los ojos.

—Ya no se trata solo de mí, ahora también está Selva —La excusa era muy torpe y lo sabía.

—Ja, ja, ja —rió él—. Creo que podré soportarlo. Siempre que me prometas que por la noche serás solo mía.

—Odio las fiestas de mi hermana y, en realidad, cualquier fiesta. Y ponerme estúpidos vestidos y zapatos con los que caminar es una penitencia.

—¿Algo más? —preguntó él divertido.

—Trabajo muchas horas y dedico gran parte de mi tiempo libre a colaborar con protectoras, así que, paso poco tiempo en casa y, a pesar de ello, nunca me parece que hago lo suficiente.

—Creo que eso no será un problema. Lo entiendo y lo respeto —le aseguró Javier.

—Lo será cuando te dejé tirado en mitad de una cena o cuando olvide un aniversario o llegue a casa tarde, cubierta de barro, de pelos y agotada —enumeró ella.

—Me gusta lo del barro, nunca lo he probado —le dijo él con voz sugerente—. Y si es necesario me haré voluntario, adoptaré un perro o sacaré a pasear a Selva y nos haremos compañía mutuamente. Haré lo que quieras siempre que regreses a mi lado.

Las palabras de Javier le llegaron directas al corazón. Había conocido a muchos hombres a lo largo de su vida y todos ellos habían

visto con malos ojos que dedicara tanto tiempo al activismo. Javier le había demostrado que era diferente y también lo era todo lo que le hacía sentir.

Hasta aquel momento las cosas entre ellos no habían sido fáciles, pero la vida, ella lo sabía, nunca lo era. Estaba acostumbrada a luchar contra viento y marea y lo hacía cada día, en su trabajo, con su familia y contra la situación de abandono que vivían miles de animales.

No sería sencillo, pero merecía la pena y los argumentos se le acababan.

—Puedo hacerte un hueco en mi armario siempre que traigas contigo esos vaqueros que te hacen un culito tan mono y que solo puedo pensar en arrancarte cuando los llevas puestos —bromeó ella.

—Los llevaré puestos siempre —le dijo él sonriendo—, pero a cambio tendrás que comprar más conjuntos de ropa interior como ese que me vuelve loco.

—Lo lluevo puesto —le dijo ella con voz sugerente.

Ruth llevaba la ropa de trabajo y Javier, curioso, le levantó la camiseta y contempló el sencillo sujetador de encaje blanco que contrastaba contra su piel morena y suave.

Sintió como sus pezones se erguían y como el resto de su cuerpo reaccionaba en bloque al sentir el simple roce de sus dedos sobre la piel.

Le arrancó la corbata y desabrochó los botones de su camisa con celeridad. Era tarde y los clientes no tardarían en llegar, pero como siempre le sucedía cuando estaba con él había perdido la noción del tiempo y del lugar donde se encontraban.

Admiró su pecho fuerte y lo acarició suavemente, trazando un

camino descendente que le llevó hasta el inicio de su cintura. Levantó la vista y se fijó de nuevo en aquellos ojos que desde el primer momento la habían cautivado, en su nariz recta y perfecta y en sus labios de apariencia jugosa y tacto cálido. Amaba a aquel hombre y cada una de las emociones que despertaba en ella con solo mirarla.

Desabrochó sus pantalones deleitándose en su mirada, que contemplaba cada uno de sus movimientos con expectación y deseo.

Javier, sin embargo, parecía tener prisa y le quitó los pantalones con premura. En lo único que podía pensar era en estar dentro de ella y en cuanto la tuvo desnuda ante él la tumbó sobre la mesa del despacho y se colocó entre sus piernas. Ruth le rodeó con ellas, le apretó contra su sexo y él aceptó la invitación colándose en su interior inmediatamente.

Javier atrapó sus labios y los separó con su lengua penetrando en su boca. Sus dedos aleteaban sobre su piel, rozándola, acariciándola y arrancándole suspiros y gemidos de placer que quedaban amortiguados por sus besos. Aquel sería otro de esos encuentros rápidos e intensos de los que ambos disfrutaban plenamente y que después repetirían en la intimidad de su cama lentamente.

Ruth sintió que su corazón se aceleraba y su respiración se agitaba. Estaba muy cerca de alcanzar un orgasmo y le apretó más fuerte contra su cuerpo, profundizando en el beso que aún compartían. Su cuerpo tembló y también lo hizo él de Javier, que en aquel momento dejó de besarla y la miró a los ojos.

—Te quiero —le dijo él mientras se vaciaba en su interior y Ruth sintió que nada podía ser más perfecto que aquel momento.

Por primera vez se sintió liberada y no triste. Tuvo la certeza de

que a partir de aquel día estarían juntos y lucharían por conservar aquella relación que había comenzado de forma tormentosa.

Habría peleas y problemas, pero ambos eran dos luchadores que amaban los retos y la aventura y, sin duda, su vida juntos jamás sería aburrida.

EPILOGO

ES MEJOR SENTIR

SEIS MESES DESPUES

Paula tenía una notable barriga y el bebé no dejaba de darle patadas desde había un rato. Ruth, emocionada, colocó la mano en su vientre y sintió como su sobrina se movía.

A pesar de lo que habían dicho los médicos, Paula se había quedado embarazada. Al principio nadie podía creer lo que estaba sucediendo, pero una visita al ginecólogo confirmó lo que solo era una sospecha y que su hermana, una vez más, había conseguido lo que quería.

Paula estaba más feliz de lo que Ruth recordaba haberla visto nunca y José, que siempre se había desvivido por hacerla feliz, se había volcado completamente en ella y en el bebé que estaba en camino, y atendía sus caprichos con celeridad y con una sonrisa.

Su hermana se comportaba como una auténtica tirana con aquel hombre que se había entregado en cuerpo y alma a ella desde que se conocieran y aunque Ruth la regañaba por ello, Paula sonreía y se encogía de hombros comportándose como una princesa caprichosa.

Maya dormía en el regazo de Paula con la cabeza apoyada en su enorme barriga. A su lado estaba Clark, un bebe felino que su hermana había adoptado unas semanas atrás y que se había adaptado perfectamente a su nueva vida. Y para completar el cuadro, Selva yacía al lado de sus dos amigas y de vez en cuando movía las patas como si estuviera inmersa en una larga carrera.

Ruth contemplaba aquella escena fascinada y cogió el teléfono móvil para inmortalizar un momento que más adelante recordarían con cariño y nostalgia.

—¡Estoy horrorosa! —se quejó Paula.

—Estás preciosa —le aseguró Ruth.

Y era cierto. Su hermana, que siempre estaba excesivamente delgada, había cogido peso en el embarazo y todo su cuerpo se había rellenado. Tenía el pelo más brillante que nunca y la piel de su cara resplandecía de un modo que ni la crema más cara y exclusiva habría podido conseguir.

Ruth fotografió a Paula sentada en el sillón con Maya y Clark sobre ella y Selva, que había crecido considerablemente, a un lado. Su hermana llevaba una blusa blanca y una falda vaquera y estaba guapísima bajo la luz del ventanal que había justo a su espalda.

José llegó en aquel momento con una bandeja en la que llevaba todo tipo de dulces y que había sido el último antojo de su mujer, y ella sonrió abalanzándose sobre la comida.

El timbre de la puerta sonó en aquel momento y Selva bajó del sillón y trotó por el pasillo llegando la primera a la puerta.

Eran Javier, Úrsula y Raúl, y Selva se deshizo en lametones y carantoñas.

La perrita tenía debilidad por Javier, que se la llevaba a correr cada mañana y después la dejaba jugar en una zona canina con otros perros. Se había ganado su fidelidad eterna con aquellas cosas y cuando él estaba presente Ruth no podía rivalizar de ninguna manera. Ella también estaba loca por Javier, así que entendía perfectamente a Selva y su ciega devoción por él.

Selva también quería a Úrsula y a Raúl. Le encantaba visitarlos

en su casa, allí Santi, Ulrich y Darty jugaban con ella en el jardín o en los largos paseos que daban por el campo. Hasta Darty había caído rendido a los pies de la pequeña a pesar de que le mordisqueaba las orejas y le robaba las galletas y la comida. Sin embargo, siempre dormía a su lado y la seguía a todas partes como si fuese su sombra.

Hubo saludos y besos y después, para no perder la costumbre, Paula volvió a recuperar su papel de anfitriona y puso orden.

—¡Todos a la mesa! —ordenó elevando la voz—. La comida está lista.

Nadie se atrevió a llevarle la contraria y todos pasaron al comedor para ocupar su lugar en la mesa, que había sido previamente designado por Paula.

Era el último domingo del mes de febrero y para no perder la costumbre, Paula había organizado una comida familiar. Pero las cosas habían cambiado en los últimos meses y ahora Javier también formaba parte de la pequeña familia, al igual que Úrsula y Raúl, a quienes su hermana decidió incluir en aquellas reuniones sabiendo lo importantes que ambos eran para Ruth.

El timbre de un teléfono les interrumpió y aunque Paula lanzó a los presentes una de aquellas miradas que hacían temblar a cualquiera, Úrsula se disculpó y fue a buscar su teléfono.

—Estábamos mejor cuando no había tanta tecnología —opinó Paula.

—Ja, ja, ja —rio Ruth—. Y lo dices tú, la reina de Facebook y Whatsapp.

—Sí, pero hay un momento para cada cosa y la hora de la comida es sagrada.

Úrsula apareció poco después. Estaba blanca y parecía nerviosa.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó Raúl preocupado.

—La Guardia Civil está desalojando un criadero ilegal de perros. Lo siento, pero tengo que irme —se disculpó.

—Voy contigo —dijo Ruth poniéndose en pie.

—No podéis marcharos así —opinó Paula—. Siempre hacéis lo mismo. Hemos quedado para comer y eso es lo que vamos a hacer. Después podéis iros si queréis.

—Paula, no podemos quedarnos —le dijo Ruth—. Lo siento, pero esto es urgente.

Javier sacó las llaves del coche de su bolsillo y se las entregó a Ruth.

—Será mejor que vayáis en mi coche, el tuyo va a dejarte tirada en cualquier momento —le dijo él con una sonrisa—. Tened cuidado y cuando lleguéis enviarnos la dirección, Raúl y yo iremos a buscaros más tarde.

—Gracias —le dijo ella—. Eres el mejor.

—Puedo ir con vosotras si queréis —se ofreció Raúl.

—No, es mejor que os quedéis, comáis algo y vayáis más tarde —le dijo Úrsula.

—¡Vosotros animarlas! —regañó Paula a Javier y a Raúl llevándose las manos a la tripa.

—Venga cariño, sabes que es lo que deben hacer —la calmó José.

Úrsula y Ruth se marcharon y antes de subirse al coche de Javier cogieron el maletín que Ruth llevaba siempre en el maletero. No sabían lo que iban a encontrarse, pero todas las precauciones eran pocas.

Mientras hubiera personas capaces de abandonar, maltratar y

comerciar con los animales como si fuesen cosas en lugar de seres vivos capaces de sentir, ellas seguirían luchando por sus derechos e intentando ser la voz de los invisibles, salvando a aquellos que, sin duda, lo merecían más que nadie.

Listado de canciones

- Sobre tus pasos. Manolo García. ©2004 BMG Music Spain, S.A.
- En un estanque de libélulas. Manolo García. ©2004 BMG Music Spain, S.A.
- Prefiero el trapecio. Manolo García. ©1998 BMG Ariola, S.A.
- Alma de papel. Manolo García. ©2011 Sony Music Entertainment España.
- Morder el polvo. Manolo García. ©2008 Sony BMG Music Entertainment España, S.L.
- Combustión. Manolo García. ©2005 Sony BMG Music Entertainment España, S.L.
- Los cítricos amantes. Manolo García. ©2008 Sony BMG Music Entertainment España, S.L.
- Estamos ahí. Manolo García. ©2011 Sony Music Entertainment España.
- Cierro la noche. Manolo García. ©2008 Sony BMG Music Entertainment España, S.L.
- En los desiertos por habitar. Manolo García. ©2001 BMG Music Spain, S.A.
- Rosa de Alejandría. Manolo García. ©2001 BMG Music Spain, S.A.
- Como quien da un refresco. Manolo García. ©1998 BMG Ariola, S.A.
- Solo un poco. Autor: Manolo García. ©2004 BMG Music Spain, S.A.
- Ardió mi memoria. Autor: Manolo García. ©2004 BMG Music Spain, S.A.
- Zapatero. Manolo García. ©1998 BMG Ariola, S.A.

- Con los hombres azules. Manolo García. ©2005 Sony Music Entertainment España.
- Por respirar. Manolo García. ©2001 BMG Music Spain, S.A.
- Suave, suave. Manolo García. ©2001 BMG Music Spain, S.A.
- Serena Barca. Manolo García. ©2004 BMG Music Spain, S.A.
- Nunca el tiempo es perdido. Manolo García. ©2001 BMG Music Spain, S.A.
- Junto a ti. Manolo García. ©2011 Sony Music Entertainment España.
- Del bosque de tu alegría. Manolo García. © 1998 BMG Ariola, S.A.
- Sueño 28. Manolo García. ©2008 Sony BMG Music Entertainment España, S.L.
- No estés triste. Manolo García. ©2008 Sony BMG Music Entertainment España, S.L.
- Lo que me diste cuando nada pedí. Manolo García. ©2011 Sony Music Entertainment España.
- Prendí la flor. Manolo García. ©2001 BMG Music Spain, S.A.
- La media vuelta. Manolo García. © 2005 Sony BMG Music Entertainment España, S.A.
- Carbón y ramas secas. Manolo García. © 1998 BMG Ariola, S.A.
- Sobre el oscuro abismo en que te meces. Manolo García. ©1998 BMG Ariola, S.A.
- Somos levedad. Manolo García. ©2001 BMG Music Spain, S.A.
- Provincia de Rio Negro. Manolo García. ©2008 Sony BMG Music Entertainment España, S.L.
- Alegre como una mosca ante un pastel de bodas. Manolo García. ©2001 BMG Music Spain, S.A.
- La sombra de una palmera. Manolo García. © 1998 BMG Ariola,

S.A.

—Me he sentado a esperar. Manolo García. ©2008 Sony BMG Music Entertainment España, S.L.

—Compasión y silencio. Manolo García. ©2011 Sony Music Entertainment España.

—Todos amamos desesperadamente. Manolo García. ©2011 Sony Music Entertainment España.

—Busco cielos. Manolo García. ©2014 Sony Music Entertainment España, S.L.

—Éramos. Manolo García. ©2004 BMG Music Spain, S.A.

—Subo escalas, bajo escalas. Manolo García. ©2014 Sony Music Entertainment España, S.L.

—Mientras observo al afilador. Manolo García. ©2001 BMG Music Spain, S.A.

—Creyentes bajo torres de alta tensión. Manolo García. ©2011 Sony Music Entertainment España.

—Pájaros de barro. Manolo García. ©1998 BMG Ariola, S.A.

—Sabrás que andar es un sencillo vaivén. Manolo García. ©2008 Sony BMG Music Entertainment España, S.L.

—Caminaré. Manolo García. ©2014 Sony Music Entertainment España, S.L.

—Los errantes. Manolo García. ©2011 Sony Music Entertainment España.

—Sin que sepas de mí. Manolo García. ©2001 BMG Music Spain, S.A.

—Una tarde de sol. Manolo García. ©2004 BMG Music Spain, S.A.

—A San Fernando, un ratito a pie y otro caminando. Manolo García. ©1998 BMG Ariola, S.A.

- En una playa calma. Manolo García. ©2004 BMG Music Spain, S.A.
- Saldremos a la lluvia. Manolo García. ©2008 Sony BMG Music Entertainment España, S.L.
- Lo quiero todo. Manolo García. ©2011 Sony Music Entertainment España.
- Sombra de la sombra de tu sombrero. Manolo García. ©2011 Sony Music Entertainment España.
- Un año y otro año. Manolo García. ©2011 Sony Music Entertainment España.
- El club de los amantes desairados. Manolo García. ©2014 Sony Music Entertainment España, S.L.
- Estoy alegre. Manolo García. ©2011 Sony Music Entertainment España.
- Si te vienes conmigo. Manolo García. ©2004 BMG Music Spain, S.A.
- Cabalgar la eternidad. Manolo García. ©2011 Sony Music Entertainment España.
- Contigo me quedaría. Manolo García. ©2008 Sony BMG Music Entertainment España, S.L.
- Es mejor sentir. Manolo García. ©2014 Sony Music Entertainment España, S.L.
- Say Something. Ian Axel&Chad. 2014 Epic Records.
- Someone Like you. Adele&Dan Wilson. ©2011 XL Records LTD.
- These words. Jill Andrews. ©2012 Liam Records.

Agradecimientos

Cuando decidí escribir este libro le pedí ayuda a Ruth Manzanares, fundadora de la Asociación Protectora de Animales Mas Vida, porque sabía que ella tenía muchos conocimientos veterinarios y también la suficiente paciencia para responder a todas mis preguntas y aclarar mis dudas. Y así fue. No solo me echó una mano en esa parte, sino que fue la primera persona que se prestó a leer esta novela y es la primera persona a la que quiero agradecer la ayuda prestada. Gracias, Ruth, serías una excelente profesora si quisieras.

En segundo lugar, quiero dar las gracias a cada una de las Asociaciones que me han abierto sus puertas estén o no presentes en esta novela que escribí hace ya un año. Me habría gustado hacer una mención a cada una y también un guiño a cada una de las personas que he conocido a lo largo de este año y medio, pero era muy complicado y creo que de un modo u otro todas y todos están presentes. Así que, gracias a todos los voluntarios de ANAA, AIBA, ARPA, AXLA, DOGANZO, HOOPE, MAS VIDA, RIVANIMAL, LA MADRILEÑA, TXIKAS DE ETXAURI Y VILLA PEPA. Y especialmente gracias a Vanessa, Tania, Jorge, Justo, Antonio, Marisol, Cris, Leticia, Raúl, Eli, Belén, Perfe, Francis, Sonia, Curra, Yadira, Brilly,... Gracias por todo el tiempo de vuestras vidas que dedicáis a los más invisibles.

En tercer lugar quiero dar las gracias a todas esas personas que forman el grupo de chat cuyo apoyo es impagable, especialmente a Iris, con quien comparto secretos, miedos y muchas risas, a Patry y Pili porque fueron las primeras personas en reseñar mi primera

novela, a las maravillosas Rocío, Paula, Emi, Maika, Neus, Noelia, Tamara, Verónica, Izaskun, Elena, las Cármenes, Dacar, Celines, Eva,... . Millones de gracias por estar cada día a mi lado.

Gracias también a mi amiga Encarna Magín, una persona muy especial a quien espero conocer personalmente algún día, a Ángela Drei, que me acompaña cada día en toda esta locura y a todas las escritoras que me han aconsejado en esta corta pero intensa carrera de fondo.

Por último, millones de gracias a todos los lectores, a quienes respeto y de quienes he obtenido el mismo respeto y montones de cariño.